

'UN THRILLER QUE HARÁ  
LATIR TU CORAZÓN'

NADIE  
IMAGINABA LO  
QUE IBA A  
PASAR HASTA  
QUE LLEGÓ ÉL

# DOCE MILLAS

RAY BOLÍVAR

Doce Millas

Autor

Ray Bolívar Sosa

## Nota Legal

Reservados todos los derechos. Queda prohibido reproducir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado sin el permiso del autor.

Copyright © 2016 Ray Bolívar Sosa  
[www.ray-bolivar-sosa.es](http://www.ray-bolivar-sosa.es) Copyright  
Todos los derechos reservados. Año  
2016.

1ª edición

ASIN: B01JEC5CM0



## Agradecimientos

A mi madre, por confiar tantas veces y de maneras tan variadas a lo largo de estos treinta y ocho años. A mi familia y amigos. Siguen siendo un refugio constante que no me canso de visitar.

A todas las personas que me han ayudado a ser mejor persona. A Gema, por su constancia y apoyo. Nunca pensé encontrar una persona como tú.

## Dedicatoria

A la Virgen de la Caridad del Cobre.

Tan real en los momentos difíciles.

## Índice

[El origen](#)

[El paso](#)

[El hombre de la florecita tatuada en el culo](#)

[Frank](#)

[La morgue](#)

[Dervis](#)

[Henry](#)

[Audry Brooke](#)

[Flan O Brien](#)

[Ben](#)

[La revancha](#)

[Audry](#)

El camino

La huida

La llamada

Epílogo

El autor

Servicios

Bono descuento de 50€



# El origen

La ciudad de Ginburk está situada al este de Pigeon Forge, entre Laurel y Gatlinburg, en el condado de Sevier, Tennesse. En 1978 constaba de treinta mil habitantes y la principal actividad económica era la agricultura.

Por aquel entonces el PIB per cápita ascendía a doce mil dólares. Si tenemos en cuenta que el PIB per cápita nacional era de ocho mil trescientos dólares, no es difícil llegar a la conclusión de que la

ciudad atravesaba un período de esplendor, que se mantuvo durante varios años.

Hasta finales de los años ochenta, los pobladores de Ginburk se dedicaban principalmente al cultivo de trigo y la explotación ganadera, pero la sobreexplotación del suelo y el abuso de fertilizantes industriales, provocaron el deterioro de las tierras más fértiles de la región, con el subsiguiente perjuicio.

Hacia el año mil novecientos noventa la mayoría de las tierras eran improductivas, y los agricultores, incapaces de devolver sus créditos, quebraron. Al menos un ocho por ciento de ellos decidieron probar suerte en

sectores productivos más rentables. Incluso, hubo quienes emigraron a otras regiones.

Pero la mayoría sufrió un duro varapalo. No querían abandonar sus tierras. Estos agricultores fueron los que sufrieron con mayor dureza la crisis que sobrevino durante los siguientes años.

No fue hasta finales de la década de los noventa, con la llegada al poder del alcalde M. C. Foster, cuando la economía de la ciudad volvió a dinamizarse.

Foster era un hombre inteligente y con estudios que propuso realizar prospecciones a gran escala en toda la región, con la esperanza de encontrar

recursos que permitieran un desarrollo sostenible y, al mismo tiempo, les sacara de la pobreza.

Era una decisión desesperada que ni siquiera fue necesario consultar con los votantes. De hecho, nadie esperaba que bajo el suelo hubiera algo con valor. Pero se equivocaban.

A mediados de año, un grupo empresarial chino interesado en realizar prospecciones en la zona contactó con la oficina de Foster. Una semana después tuvieron una reunión a puerta cerrada y, al cabo de quince días, firmaban un acuerdo de concesión por un período de cien años.

Siete meses, dos semanas y un día

más tarde, Foster recibió un fax de Unix Industrias en el que se confirmaba la existencia de Grafeno, un mineral utilizado para crear componentes electrónicos.

La carta era escueta. Indicaba que las reservas eran abundantes. Pedía, además, la tramitación acelerada de los permisos pertinentes para el inicio de la explotación a gran escala, y valoraba en unos tres mil los puestos de trabajo que se crearían durante su mandato. Aquella noche Foster no durmió.

# El paso

-Entiendo que se hartaron, ¿verdad Frank? –dijo Bloomsky mientras sostenía un bocadillo de jamón y queso que estaba a punto de engullir. Era muy temprano aún. Apenas las seis de la mañana. En una hora finalizaría su turno y podrían irse a dormir. Como cada noche, estaban desayunando en un pequeño bar de carretera llamado El Paso.

Los últimos años había sido así. Durante dos noches seguidas los policías tomaban café en El Paso, justo antes de proseguir su camino a la comisaría. Después descansaban cuarenta y ocho horas. Al tercer día estaban otra vez de vuelta. Frank solía decir que sus vidas estaban en la carretera, porque la mayor parte del tiempo transcurría en ella; y llevaba razón.

- Claro que se hartaron –dijo Frank, después de beberse el café de un tirón–. Nadie puede aguantar así mucho tiempo. Imagina que estás sin comida, perdido en medio de la nada. Tu jefe dice que tienes que seguir caminando a treinta

grados bajo cero. ¡Por favor, es cosa de locos!

- La verdad es que no suena bien – dijo Bloosmky mientras negaba con la cabeza.

- Suena fatal –añadió Frank–. Y claro, así fue como terminó la cosa, fatal.

- Al menos se salvaron algunos – dijo Bloomsky. La puerta del establecimiento se abrió. Los dos policías se volvieron a mirar quién era. Echaron un vistazo y siguieron con su conversación. El recién llegado tomó asiento en un extremo de la barra. Pidió una taza de café.

El camarero se apresuró a servirle.



Los dos policías siguieron como si nada. Finalmente se hizo el silencio.

Frank parecía ocioso. Estaba cansado y tenía ganas de irse a casa. No había sido una noche especialmente agitada, aunque, de un tiempo a esta parte, la ciudad se había visto envuelta en una ola de crímenes que superaba, en magnitud y alcance, a la de cualquier otro período de la historia de Ginburk; hecho que, además, tenía muy irritados a los policías; y en especial a los habitantes de la ciudad, quienes se habían vuelto suspicaces, desconfiaban de los desconocidos y, al menor indicio de sospecha, acudían a la policía.

No era extraño recibir, en un día,

treinta o cuarenta llamadas con denuncias sobre comportamientos sospechosos. Por otro lado, la prensa escrita también contribuía a mantener el estado de alarma con historias sobre asesinos en serie y casos sin resolver. La lección que extraían de todo esto era sencilla: la policía de Ginburk era lerda.

Otros editoriales seguían una línea distinta. Ponían el foco en criminales conocidos y, a veces, incluso, se atrevían a alabar de forma velada su destreza. Daba la impresión, si uno se dejaba guiar por los periódicos, de que la ciudad era una tierra sin ley donde se había instaurado el mal.

A los policías, esto no les hacía ni

puñetera gracia. Frank, como el resto de sus compañeros, estaba cansado y molesto. Llevaban semanas trabajando horas extras y la situación seguía igual, o parecida.

Corrían rumores de que el clan de los Vostov, una de las bandas criminales mejor organizadas del Este, se había asentado en Ginburk, provocando un efecto llamada que los delincuentes no habían dudado en aprovechar.

Por supuesto que estos no eran más que rumores, pero debido a ellos habían tenido lugar varios incidentes. El más importante ocurrió cuando un anciano casi mata de un disparo a un joven bielorruso, pasado de tragos, por

merodear en su jardín.

Estos hechos resultaban frustrantes para todos. Frank, en particular, solía llevarlo mal, pero se había prometido manejar su ira de manera razonable. Eso significaba mantenerse alerta, y no dar por hecho que un desconocido con acento extranjero era un asesino, aunque este desconocido entrara a un bar de carretera a las seis de la mañana, con un aspecto, cuando menos, curioso.

Tanto él como Bloomsky se habían fijado en sus ropas. Ninguno dijo nada. Bloomsky había terminado el bocadillo. Estaban listos para hacer la última ronda, pero seguían allí, sin moverse. Hasta que Frank se levantó. Joe vino a

cobrarles. Se despidieron con un apretón de manos. Estaban a punto de salir cuando el desconocido se dirigió a ellos.

- ¿Ya se van, señores? –El extraño comportamiento de aquel hombre no tomó a Bloomsky por sorpresa. Instintivamente puso la mano sobre la funda de la pistola. Frank había abierto la puerta para salir, pero se detuvo. Acto seguido dejó la puerta y se encaminó hacia el recién llegado. Bloomsky iba detrás de él.

- ¿Perdona? –El desconocido había empezado a fumar. No miraba a ningún punto en concreto. Estaba de espaldas a ellos. Parecía calmado, aunque la mano

que sostenía el cigarro temblaba.

- ¿Acaso no me escucharon? –dijo sin darse la vuelta. Tenía acento extranjero. Frank no perdió un segundo. Se abalanzó sobre él y lo redujo en menos de un minuto. Bloomsy lo ayudó a esposarlo. El desconocido no ofreció resistencia. Parecía disfrutar de la función.

- ¿Cómo te llamas? –dijo Frank.

- Peter.

- ¿Apellido? Dime tu apellido.

- Stuar.

- ¡Bien, Stuar!, ¿cuál es tu problema?

–Peter lo miró con gesto amenazante. Los walkies de los policías empezaron a transmitir un mensaje.

- Patrulla Z247, ¿me recibe?,  
patrulla Z247. –Bloomsy contestó:

- Aquí patrulla Z247, lo recibo.

- Diríjase a la interestatal doce, a la  
altura del kilómetro ciento cuarenta.  
Repito, diríjase... –Bloomsy lo dejó  
trasmitir el mensaje. Cuando hubo  
terminado contestó:

- Llegaremos en menos de cinco  
minutos, repito, en menos de cinco  
minutos. ¿De qué se trata?

- Inspeccione el lugar y preserve la  
escena. Los peritos ya están en camino.  
Cambio y corto.

- Recibido, central.

Tardaron menos de cinco minutos en  
ver el hito que marcaba el kilómetro

ciento cuarenta. Dejaron al sospechoso en el auto y fueron a inspeccionar.

El Sol comenzaba a deshacer las sombras de la noche. Soplabla una brisa agradable. El hito ciento cuarenta quedaba en un extremo de la colina. Fungía como una especie de mirador. La gente iba allí a divertirse. Los más jóvenes encendían hogueras y pasaban horas discutiendo de política y de sexo. Otros se detenían sólo para admirar el paisaje.

La vista de la ciudad hizo que los recuerdos de Frank volvieran a aflorar. Le gustaba aquel sitio. Había vivido allí desde pequeño y estaba orgulloso de ello.



Bloomsky, en cambio, se había alejado en dirección opuesta, hacia el interior de la colina. El lugar estaba lleno de cientos de pisadas, como si la noche anterior hubiera desfilado un regimiento de infantería.

Encontró un rastro de sangre a pocos metros de la carretera. Aunque estaba amaneciendo, tuvo que auxiliarse de la linterna. El rastro se perdía entre las rocas. Quedó pensativo unos instantes. Podía tratarse de cualquier cosa: un corte accidental en la mano, un animal herido... Dio un pequeño rodeo y descendió por el camino que se internaba en el bosque. Anduvo veinte o treinta pasos. El bosque se encontraba

en silencio.

No existía siquiera el más leve indicio de que hubiera un peligro al acecho. Aun así, Bloomsky empezó a sentirse incómodo. La vegetación se hizo tupida. El silencio fue roto por el murmullo de un insecto que pasó a su lado en dirección contraria. El ruido de una rama al quebrarse llamó su atención. Giró la cabeza demasiado aprisa. No había nadie.

Volvió a escuchar el sonido de un insecto. Esta vez eran más. Sonaba como un enjambre. Decidió sacar su arma. Avanzó con lentitud escudriñando cada rincón. En menos de un minuto estuvo delante del enjambre. Ahora solo tenía

que apartar las ramas de los árboles, y eso fue lo que hizo. Con lentitud apartó la rama principal, hasta encontrarse frente a un lobo que devoraba los restos de un cadáver desnudo.

El animal siguió moviendo la mandíbula sin apartar ni un segundo los ojos de Bloomsky. Eso era todo lo que hacía, masticar y gruñir mientras cientos de moscas luchaban por tomar parte en el banquete.

El ruido del disparo alteró la tranquilidad de aquella mañana. Frank echó a correr en busca de su compañero, pero antes de internarse en el bosque lo vio salir al descampado.

- ¿Estás bien? –preguntó Frank sin

resuello.

-¡No vas a creerte lo que hay ahí dentro! –dijo Bloomsky. –¡Es una carnicería! ¡A qué puto animal se le ocurre hacer algo así!

- ¡Bloomsky, tienes que calmarte! – El policía quería seguir andando hasta el coche patrulla. Frank lo obligó a detenerse. Los dos estaban nerviosos, pero Bloomsky parecía fuera de sí. Frank consiguió que lo mirase a los ojos.

- ¡Escúchame por una vez en la vida, por Dios! ¡Esto va a pasar, ¿me entiendes?, te juro que va a pasar! – Bloomsky lo miraba en silencio. Tenía el rostro congestionado. Como si la ira y

el fracaso de los últimos años se hubieran acumulado en su cara y no encontrarán la forma de salir.

- ¡Respira hondo! –El policía obedeció–. ¡Otra vez! ¡Hazlo otra vez! ¡No pares, no quiero que pares! –Bloomsky seguía sus instrucciones–. ¡Sigue respirando! ¡Ahora escucha, sea lo que sea lo que hayas visto, ya pasó!, ¿comprendes? ¡Lo vamos a agarrar! ¡Vamos a coger al hijo de puta que lo hizo! –Las facciones de Bloomsky comenzaron a relajarse. Aun así, Bloomsky miraba a su compañero con intensidad, como si quisiera decirle algo y no se atreviera, o le faltaran las fuerzas.

- ¿Cómo te sientes? –Bloomsy bajó la cabeza. Frank insistió.

- ¿Cómo estás?

- Mejor.

- ¿Seguro?

- Sí, seguro –la voz de Bloomsy sonaba entrecortada.

- ¿Dónde está el cadáver?

- Sigue el camino que entra al bosque –hizo una pausa para tomar aire–, a unos treinta metros.

- De acuerdo, espérame en el coche.

Los demás están a punto de llegar.

Frank siguió el camino que conducía al bosque. De repente se detuvo, como si otra realidad, la verdadera, lo hubiera golpeado en pleno rostro. Su corazón

empezó a latir deprisa. El silencio fue roto por un disparo. Quedó helado. Acto seguido echó a correr. Desanduvo el camino tan rápido como pudo. Llegó al descampado a tiempo para ver a Bloosmky dar el tiro de gracia al sospechoso.

Lo había sacado del coche. Ahora yacía en el suelo inerte. Bloosmky se volvió. Pudo ver sus ojos llenos de rabia y odio. Dos coches patrulla y una ambulancia llegaron. Bloosmky sonrió a Frank antes de volarse la tapa de los sesos.

Había amanecido. Frank se quedó de pie ante los cadáveres. Sin saber qué hacer. Algunos compañeros fueron a

auxiliar a los heridos, pero ya era demasiado tarde. Bloomsky siempre hacía las cosas bien.



# El hombre de la florecita tatuada en el culo

- ¡Nunca haces caso cuando hablo, y eso te pasará factura! ¡Cuando dije que las cosas iban a ponerse calientes es porque sabía que iban a ponerse calientes! ¡No hay que ser un adivino para darse cuenta! ¡Primero los chinos encuentran esas minas! ¡Luego llegan los

rusos y los árabes! ¿Te das cuenta?, ¡los árabes! ¡Después los chicos de aquí se ponen nerviosos y enseguida empiezan los problemas!

El teniente Sean Parker miró a su ayudante buscar rastros de huellas mientras hablaba sin parar. Luego echó un vistazo al cielo. Acto seguido, a su reloj. Eran las diez de la mañana. El calor comenzaba a ser insoportable. Llevaban desde las ocho recopilando pruebas. Dos de los asesinatos estaban claros y eran una pena, pero el tercero... El tercero era una verdadera desgracia.

Los peritos encontraron el cadáver, en trozos dispersos, en un radio de unos sesenta metros. A saber los trozos que

faltaban y los animales que se habían alimentado de él. Ahora estaban peinando la zona con la esperanza de recuperar el resto del cuerpo.

Analizar los restos era un verdadero reto. No había ropa ni documentación. Algunas partes del cuerpo aparecieron trituradas, como si las hubieran pasado por una máquina de moler carne.

El lugar seleccionado para abandonar el cadáver era muy concurrido. Podían seguir cientos de pistas falsas y trabajar durante meses en ellas hasta descartarlas por completo y luego quedar en la nada.

A lo lejos sonó un silbato de la policía. Significaba que habían

encontrado un trozo del cuerpo. Luego se oyeron dos pitidos seguidos, y después nada. Los policías hablaban a través del walkie. Sean prestó atención a lo que decían antes de responder.

- Encontramos dos falanges de un pie y vísceras dispersas.

- Buen trabajo, chicos. Sigamos buscando.

- A la orden, teniente.

Dios mío, aquello era de locos. El teléfono de Sean empezó a sonar. Mierda, era su jefe.

- Buenos días, Sean –el teniente se alejó unos pasos.

- Buenos días, capitán.

- ¿Tienes alguna buena noticia? –

Durante unos instantes Sean no supo qué responder.

- Llevo un par de horas investigando. No hemos avanzado mucho.

- ¿Quieres decir que es muy pronto?

- Sí.

- Ya sé que es pronto. Lo que quiero saber es cómo lo ves.

- Pues creo que es un asunto feo.

- ¿Cómo de feo?

- De lo más feo que hayamos visto nunca.

- ¿Eso qué significa?

- Son profesionales.

- Así que crimen organizado —dijo Carter, como si hablara consigo mismo—.

¡Un momento! –agregó. Sean se mantuvo a la espera. Al cabo de un minuto, el jefe se puso de nuevo al habla.

- Está bien, sigan trabajando. Cuando tengas algo quiero ser el primero en saberlo. ¿Entendido?

- Entendido, Carter.

- Ah, una última cosa. Estarás al tanto de los rumores que hay en la ciudad sobre los rusos.

- Algo escuché.

- Chico listo. Bien, esos rumores son simples comentarios de la gente, habladurías. No hay que darles la menor importancia. ¿Comprendes?

- Sí. No hay que darle importancia a los comentarios de la gente.

- ¡No! –Dijo Carter–. ¡Hay que evitar a toda costa que la gente asocie este asesinato con los rumores que hay en la ciudad! ¡Por Dios santo, por qué siempre tengo que darles las cosas machacadas! –Carter dejó escapar un resoplido–. ¿Entiendes ahora?

- Entiendo.

- Estupendo –colgó. Sean todavía se mantuvo unos segundos con el teléfono pegado a la oreja. Había algo raro en todo aquello que no conseguía descifrar. Carter era un jefe responsable y capacitado, pero nunca antes, en los años que llevaba bajo sus órdenes, lo había visto preocuparse tanto por un asesinato.

Por otra parte, ¿cómo diablos pretendía que no trascendieran los detalles de este caso, si tenían a más de la mitad del departamento en medio del campo rastreando huesos y vísceras humanas?

El caso en sí mismo era una rareza. Lo mejor era que ni siquiera tenían noticias de la cabeza y sabe Dios si aparecería. Lo único claro que tenían hasta ahora era que se trataba de un hombre de raza negra con una florecita tatuada en el culo.

Se limpió el sudor del rostro con el pañuelo. Todo estaba patas arriba y era muy probable que las cosas se pusieran peor. Apostaría lo que fuera a que en un



par de años el índice de criminalidad aumentaría, como en las grandes urbes. Entonces ya nada tendría sentido, absolutamente nada.

Estaba asistiendo a la muerte de la ciudad que lo vio nacer, a la desaparición de un sitio que dentro de poco dejaría de ser una pequeña ciudad con sabor a pueblo para convertirse en un hormiguero de gente con ansias de hacer fortuna a cualquier precio.

Volvió a mirar al cielo; luego recorrió con la mirada la extensión de campo que debían revisar. Era un espacio considerable: quizás una o dos hectáreas de tierra. No estaba seguro, pues dependía de muchos factores.

De lo único que estaba seguro era de una cosa: nadie iba a marcharse de allí sin hurgar en aquel terreno palmo a palmo. No iba a conformarse con un simple no; esta vez quería respuestas, y estas iban a aparecer, costara lo que costara. Volvió a limpiarse el sudor de la frente. El calor comenzaba a irritarlo.

Anduvo unos instantes sin rumbo fijo. De pronto, en medio de la reflexión sobre las pistas que debía seguir, volvió a pensar en Bloomsky y lo invadió una profunda tristeza. Bloomsky fue un buen amigo y un policía honesto. Lo que había ocurrido aquella mañana era una tragedia, una verdadera tragedia.

Frank debía estar hecho pedazos.

Parecía como si de golpe le hubieran caído diez años. Era de esperar que sucediera algo así, aunque nunca pensó que tuviera este final. No quería estar en los zapatos del que avisara a la viuda. Aquello era lamentable, sí que lo era.

Iba a reanudar su tarea, cuando se fijó en Perkins. Se encontraba lejos, a unos cien o doscientos metros. Como siempre, estaba acompañado de Dervis, su mejor amigo. Ambos conversaban animadamente. Dios sabrá de qué, pensó Sean.

Dervis levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Sean. Aquello no le hizo ni puñetera gracia.

- Oye, Perking, ¿sabes quién supervisa nuestro trabajo? –Perking parecía sorprendido.

- ¿Quién?

- Nada más y nada menos que nuestro teniente.

- ¡Tenemos la negra, que no cae un rayo y lo parte en dos! –Dijo entre dientes. Luego se levantó del todo e hizo un saludo al investigador jefe.

Sean contestó con un ligero ademán de su brazo y siguió su trabajo. Definitivamente iba a tener un problema con aquellos chicos, solo era cuestión de tiempo. Todos lo sabían, pero se guardaba absoluto silencio sobre el tema; y eso sólo significaba una cosa,

miedo.

Dervis volvió a las labores de rastreo. Se mantuvo un minuto callado, pero al siguiente comenzó a hablar.

- Oye, Perkins, ¿qué te parece si le damos un susto?

- ¿Qué tipo de susto? –Dijo Perkins, sin dejar de trabajar.

- Uno bueno, de esos que no se olvidan.

- ¿Vamos a meterle un palo por el culo?

–Dervis estalló en una carcajada.

- A veces tienes unas ocurrencias... –

Perkins continuó:

- Si va a cagarse en los pantalones y lo voy a ver llorar como una puta, cuenta conmigo.

- ¿Le tienes ganas?

- ¡Todavía no lo sabes! Oye, Dervis,  
—dijo Perkins después de un rato—. Estaba pensando que si la cosa va de palos por el culo podríamos incluir a alguien más en la sorpresa.

- ¿Ah, sí? ¿A quién?

- ¡A alguien que le encanten los palos por el culo! —Dervis miró a Perkins y este sonrió—. ¿No te lo imaginas?

- Tienes un cerebro muy cachondo, Perkins. Estás podrido, tío. —Perkins se echó a reír.

Ninguno había dicho nombres, pero se referían al difunto Bloomsky.

- ¿Qué te gustaría hacerle? —Preguntó Perkins.

La conversación fue interrumpida por Sean. Se dirigía a ellos a través del walkie.

- Dervis, habla el teniente Sean –los dos policías se miraron–. ¿Cómo va el trabajo?, cambio.

Dervis abrió el canal de comunicación de su walkie:

- De momento todo bien, estamos avanzando en el área. Cambio.

- ¿Tienen alguna novedad?, cambio.

- No, de momento no. Cambio.

- Manténganme informado si encuentran algo, cambio.

- Así lo haremos, cambio y corto.

Sean se mantuvo unos instantes más observándolos, hasta que empezó a

caminar en dirección a otro grupo de policías. En cuanto notaron que su jefe no los observaba, los policías comenzaron a hablar.

- ¡Maldito idiota! –dijo Perkins enfadado—. ¡Todavía hay lameculos que lo defienden!

- Tranquilízate, hombre –Dervis miró a su compañero—. Es lo mejor que puedes hacer.

- ¡Que me tranquilice, dices! ¿No ves que no para de meterse con nosotros? –Dervis estaba de pie. Seguía mirando a Sean, que tras darles la espalda continuaba alejándose de ellos.

- Lo mejor es que mantengas la



calma. La ira no te servirá de nada.

Finalmente, Dervis se dio la vuelta. Su expresión había cambiado radicalmente.

- ¡Dervis, esto tiene que cambiar, tiene que cambiar! ¡Estoy cansado de oír lo mismo! ¡Siempre decimos lo mismo, pero al final nada cambia, mierda!

Perkins miraba a Dervis iracundo, como si quisiera destruir con sus manos todo aquello que se interpusiera entre él y el objeto de su ira. Su camisa empezó a llenarse de gotas de sudor.

Dervis trató de suavizar el ambiente.  
- La culpa no es suya. Él es sólo un instrumento más. La culpa es del sistema.

- ¿El sistema?

- Sí, el sistema.

- ¡Pero qué dices, el sistema está bien, ¿entiendes?, está bien! ¡Voy a decirte lo que veo; y creo que deberías ver lo mismo! ¡El sistema está bien, tan bien como tú o como yo, porque los dos, tú y yo, nacimos en él, crecimos en él y estamos bien! ¡Así que no es culpa del sistema, es culpa de las jodidas manzanas podridas que tiene el sistema!

Dervis no dijo nada. Se limitó a seguir rastreando la zona. No había cosa en el mundo que enfadara más a Perkins que el silencio. Cuando hablaba, entendía que los demás debían contestarle de inmediato. Pero, sobre

todo, cuando emitía un juicio y lo argumentaba, deseaba escuchar cuanto antes lo que opinaba la otra parte, ya fuera bueno o malo.

Durante un rato ninguno de los dos dijo nada. Perkin's miraba a Dervis con los brazos cruzados. Se mordió los labios. A lo lejos vio a Louis hacerle señas. Louis era un sargento de primera que llevaba varios meses en el cuerpo. En poco tiempo se habían convertido en buenos amigos, lo cual significaba que sus ideas sobre los negros y los maricas eran muy parecidas. Perkin's decidió ignorarlo.

Un coche patrulla llegó al puesto de mando. Era Frank. Su turno había

terminado esa mañana, pero aún llevaba puesto el uniforme. Lo primero que hizo fue preguntar por Sean.

- Está en el campo –dijo su asistente–. ¿Ves a ese de allá? –Frank asintió–. Pues ahí lo tienes. Espéralo, no tardará en volver. Puedes sentarte allí – señaló un grupo de sillas que habían colocado alrededor de una mesa protegida por una carpa.

Franky se sentó en una de las sillas. Se quitó la gorra y la puso sobre sus piernas. Alguien había dejado un walkie encendido encima de la mesa, así que podía escuchar los mensajes que transmitían sus compañeros. Aunque, a decir verdad, estaba absorto en sus

pensamientos.

La visita a la casa de Bloomsky había sido demoledora. Nunca antes en su vida se había enfrentado a una situación tan embarazosa. Aún estaba nervioso. Atinaba únicamente a rezar en silencio. Aunque no tenía por costumbre hacerlo, era lo único que le permitía seguir en pie soportando el dolor.

Rezaba a su manera, como rezan las personas que no tienen hábito religioso; más que en una oración de consuelo, parecía enfrascado en un diálogo intenso y profundo con Dios en el que le pedía perdón una y otra vez, de diferentes maneras.

Mientras rezaba, volvía a evocar lo

ocurrido; y de nuevo la vergüenza lo obligaba a bajar la cabeza. Era la primera vez en su vida que se reconocía frágil, y eso era preocupante, pero sobre todo vergonzoso.

Desde antes de llegar a la casa de Bloomsby, la intensidad de aquel malestar había comenzado a anunciarse de diversas maneras. Sin embargo, no tuvo la confirmación definitiva hasta bajarse del coche y caminar hasta la puerta de entrada. Sintió entonces cómo su vida comenzaba a escurrirse para siempre y no tuvo más remedio que aceptarlo.

Cuando Estela abrió la puerta se encontró a un Frank desecho, con la cara

descompuesta y los dedos temblorosos. Estela comprendió de inmediato que era una mala noticia. Pero no una mala noticia de esas en que el portador intenta consolar al doliente con palmadas en la espalda, sino una muy mala, tan mala que ni siquiera el emisor sabe de qué manera va a darla.

Así que cuando Estela vio a Frank en ese estado de nervios, sin saber qué hacer con sus manos, las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos porque sabía, estaba segura, que había ocurrido una desgracia.

Aun así invitó a pasar a Frank. Aquella casa le traía recuerdos. Demasiados recuerdos, pensó Frank

mientras seguía a la dueña hasta la sala principal. Estela le ofreció sentarse. Él declinó la invitación con cortesía.

- Prefiero quedarme de pie.

- Entonces ya somos dos –dijo ella plantada en medio del salón; sin quitarle un minuto los ojos de encima, como si quisiera beberse cada una de sus palabras.

- Ha pasado mucho tiempo, Frank. Mucho tiempo. –Su voz sonaba rota y cansada, como si viniera de un lugar oculto y profundo que sólo ella conocía.

- Lo que voy a decirte es muy duro. –Los ojos de la mujer se abrieron como platos y reprimió un gesto de dolor que vino a cruzarle el rostro, pero mantuvo



la boca cerrada. Frank miraba al suelo, como si la fuerza y el valor fueran a llegarle del centro de la tierra.

- Estela, Bloomsky hizo algo muy cruel esta madrugada y ya no está con nosotros –las palabras salieron de su boca como sables.

Estela dio un paso atrás, luego otro, hasta que una silla de mimbre se interpuso en su camino. Se dejó caer en ella con la mirada atónita. Durante unos instantes, Frank temió por la vida de la mujer. Abría y cerraba la boca como si le costara trabajo respirar. Así estuvo unos instantes, hasta que por fin rompió a llorar.

El suyo era un dolor extraño y

salvaje, lleno de ira, rencor y rabia. Frank no lo supo hasta que ella lo señaló con el dedo, dueña de una convicción en sus palabras que nunca antes había visto.

- ¡Crees que puedes venir a mi casa y decirme esto! –Acto seguido se levantó—. ¡Crees que puedes venir y quitarme a mi marido como si fuera una puta; así, sin más! –Estela avanzaba deprisa. Frank hacía grandes esfuerzos para mantenerla lejos de sí.

- ¡No esta vez! ¡No te lo voy a permitir, Frank, no te lo voy a permitir! ¡Juro por Dios que no pienso permitirlo! ¡Maldito hijo de puta! –dijo antes de empezar a golpearlo—. ¡Te odio, te odio! –gritaba una y otra vez mientras trataba

de herir el rostro de Frank con las uñas.

Durante el forcejeo, Estela cayó al suelo. No pudo volver a levantarse. Tenía el rostro congestionado. Le faltaba el aire. Aun así, con el resto de sus fuerzas trató de arañar a Frank, pero este se había puesto a buen recaudo. En cuanto Estela se dio cuenta de que el policía estaba fuera de su alcance, empezó a gritar.

La conmoción impedía a Frank moverse. Estaba en medio del salón, a menos de dos metros de Estela. El viento agitaba las cortinas, con estampados de flores, que adornaban las ventanas. Entonces, Frank se llevó la mano a la funda de la pistola con

lentitud, como si no fuera él quien controlara su cuerpo.

Al menos, así se sentía extraño y ajeno a la mirada de odio de Estela, que no le quitaba los ojos de encima ni un segundo. Ahora la mujer guardaba silencio, expectante; y, aunque estaba exhausta, su actitud no era menos agresiva.

Ahí estaba él, con el arma en la mano, lleno de remordimientos. Rememorando lo ocurrido. Primero la apuntó a la cabeza. Estela adoptó una actitud retadora. Frank estaba a punto a disparar. Sentía el mismo cosquilleo nervioso que antes de entrar en combate, seguido de un silencio opresivo, cortado

sólo por las respiraciones de ambos.

Entonces ocurrió un milagro. Frank puso el arma sobre su sien derecha. La cara de Estela se iluminó de repente. Incluso pudo distinguir una gota de sudor rodando por la frente del capitán.

Frank parecía decidido a apretar el gatillo, salvo por un pequeño detalle que no previó: la risa de Estela. Una risa cruel e impura que sonaba a demonio, a virgen demoniaca, y que encerraba en sí misma el poder de la vida y de la muerte.

Aquella risa burlona y sádica fue el peor puñetazo que la mujer podía encajarle. Lo persiguió fuera de la casa, mientras huía, y luego en el coche,

durante el viaje de regreso. Incluso ahora podía escucharla. Pero lo que aún retumbaba en sus oídos era la palabra cobarde; así lo llamó justo antes de echar a correr, cobarde.

- ¡No eres más que un cobarde, un cobarde! –gritó Estela mientras inundaba la casa con su risa. A medida que esto pasaba, Frank tenía la sensación de que su cuerpo cada vez era más y más pequeño, hasta convertirse en una cucaracha, una insignificante cucaracha.

Ahora venía de allí, venía de hablar con ella, y la sensación no había cambiado un ápice. Seguía sintiéndose como un insecto, carente de valor

alguno. Entonces prestó atención a la radio. Seguramente alguien se había dejado el canal abierto, porque la conversación que estaba escuchando no era oficial.

- ¡No me cabe en la cabeza, te juro que no me cabe en la cabeza! –Dervis miró a Perkins.

- ¿Por qué me miras así, tío? ¡Te cuesta mucho contestar, te cuesta mucho dar una jodida respuesta!

- No tengo nada que decir, Perkins. –Aquella fue la gota que colmó el vaso.

- ¿Cómo que no tienes nada que decir? ¡a quién vas a irle con esas!

- ¡Digo lo que pienso, Perkins!

- ¡Así que dices lo que piensas! –

Dervis se mantuvo en silencio. Sabía que cada segundo que transcurría sin contestar a Perking pesaba como una losa sobre él. Al final, Perking estalló:- ¡Cómo coño pueden admitir a un maricón en el cuerpo de policía! ¡Explícame eso; venga, explícamelo!

El Sol seguía ascendiendo en el firmamento. Aún no era mediodía. Tanto calor hacía sudar a los policías. Dervis comenzaba a estar incómodo.

- ¡Y qué coño quieres que diga! ¡No es mi culpa, no es mi maldita culpa que este país sea una mierda! -Parking lo agarró por la solapa.

- ¡Que no es el país, cojones; ya te lo



dije, es la gente, son escoria, hay que acabar con ellos!

- ¡Suéltame la camisa! –Dervis consiguió zafarse con un tirón. Quedaron enfrentados, detenidos uno frente al otro. A lo lejos, alguien les gritaba. Ninguno de los dos prestó atención—. ¡Si vuelves a tocarme, te vas a arrepentir! –Perkins iba a interrumpirlo, pero Dervis no lo dejó. -¡Cállate esa boca! ¡Hablas como los negros, como un jodido negro! –Escupió en el suelo—. ¡Nadie va a decirme lo que tengo que hacer! ¿Me escuchas? ¡Nadie!

Perkins estaba concentrado en los movimientos de Dervis; por eso, le pareció extraño que saliera despedido

hacia un lado. No pasó ni medio segundo cuando tuvo encima una mole de músculos que lo hizo encajarse en el suelo.

¡Pero, qué demonios era aquello! La acometida de su atacante lastimó bastante su espalda. Aquel capullo debía pesar lo menos noventa quilos, y sabía dónde hacerle daño. Intentó escapar del peso que lo aplastaba con un giro de cadera, pero un puñetazo en el riñón, y luego otro en pleno hígado, lo hicieron cambiar de idea. Un quejido de dolor escapó de sus labios.

Atinó sólo a cubrirse la cara con los brazos. Si no lo hubiera hecho tendría ahora una fiesta de puñetazos en su

rostro. Por suerte para él, Dervis acudió en su auxilio y, de una patada, quitó al agresor de encima de Perking. Los dos estaban recuperados y listos para caer sobre el atacante que, tras una voltereta, se había puesto de pie y ahora los miraba. Ambos quedaron estupefactos: era Frank.

Lo que vino a continuación fue uno de los momentos más tensos entre agentes, al menos que se tenga noticia, que había vivido el departamento de policía en muchos años. Dervis y Perking cayeron como uno solo sobre Frank, pero este sacó su arma tan rápido como un relámpago.

Tanto Dervis como Perking

quedaron inmóviles. Ninguno de los tres dijo nada. El silencio era total. El resto de los policías que corría en dirección a ellos también se detuvo, como si hubieran sido tocados por un rayo.

Al menos, doce agentes de policía habían escuchado la discusión de Dervis y Perkins a través de la radio. En cuanto vieron a Frank correr hacía ellos temieron lo peor; sin embargo, ninguno imaginó que fueran a llegar a este extremo. Los más cercanos a Frank intentaban disuadirlo, pero era en vano.

- Déjalos, Frank, no merecen la pena —gritó Terry, uno de los mejores amigos de Frank en el cuerpo—. Frank, Frank. Escucha lo que te digo, nadie quiere

hacerte daño, baja esa arma –Frank quitó el seguro de la pistola.

Prácticamente estaba rodeado, pero ninguno de los policías se atrevía a moverse. Ni siquiera los más audaces. Sabían que Frank era un policía cabal y eficiente, tan temerario o más que cualquiera.

- ¿Qué vas a ganar con la muerte de ellos? –siguió Terry. Frank se pasó la lengua por la comisura de los labios y cerró ligeramente el ojo derecho.

- No pienso ganarme el cielo, Terry; y será mejor que os larguéis, esto no es cosa vuestra.

- Pero sí mía –dijo Sean. Acababa de llegar. Estaba sin resuello, pero aun

así ordenó a los policías que se fueran—. ¡Todos, ahora mismo, a sus puestos! ¡Yo me encargo de esto! —Los policías que rodeaban a Frank no se movieron. Sean volvió a tomar aire— ¿Qué parte de lo que dije no entienden? ¡Largo de aquí! —Empezó a dar empujones a los policías congregados. ¡Largo, he dicho largo! —Sean no era un hombre especialmente corpulento, pero tenía muy mal carácter. Después del primer empujón, el resto de los policías se alejó con lentitud. Algunos se detuvieron a cierta distancia.

Sean estaba más recuperado de la carrera. Había tenido tiempo para evaluar la situación. Esta vez sus palabras causaron el efecto que deseaba.

- ¡Sargento Dave!

- ¡Diga, teniente!

- ¡Llévese a estos hombres de aquí, que se incorporen de inmediato a su trabajo, hay un crimen que resolver!

- ¡A la orden teniente!

- ¡Otra cosa! –Gritó Sean.

- ¡Sí, teniente!

- ¡Lo que pasa en el cuerpo, se queda en el cuerpo!

- ¡A la orden, teniente! –Dave obligó a sus compañeros a cumplir las órdenes. Los hombres se retiraron a regañadientes. La mayoría eran partidarios de Frank, pero no faltaban los que simpatizaban con Dervis y Perkins. A estos fue a los que más

trabajo costó convencer. Dave tuvo que encararse con Louis de mala manera, pero al final cumplió su trabajo con eficiencia.

Sean vio con alivio cómo los hombres se retiraban. Ante él quedaba lo más difícil. La situación no había cambiado un ápice. Frank seguía apuntando a Dervis y a Perkins, quienes parecían sembrados en el suelo. Ninguno de ellos se atrevía a moverse. Seguían el protocolo, evaluaban la situación.

Ninguno de los dos, ni siquiera Dervis, uno de los policías del departamento con mejor forma física, tenía la menor posibilidad de sobrevivir



al ataque de Frank. Incluso su propia vida corría peligro. Esto lo supo de inmediato. Frank se encontraba al límite de sus posibilidades. Un paso en falso podía desencadenar una tragedia.

Tragó saliva. El Sol se encontraba de espaldas a Frank, así que su posición estratégica era mucho mejor, lo que lo dejaba, tanto a él como a los otros dos agentes, en una situación comprometida, en cuanto a visibilidad o precisión. El ángulo de los pies y la tensión en los brazos denotaban determinación.

No hizo el menor movimiento, y tuvo mucho cuidado de mantenerse en el ángulo de visión de Frank. Sus primeras palabras salieron despacio, pero con

firmeza.

- ¡Dervis y Perkins, me tienen hartos los dos, son un jodido dolor de cabeza, un grano en el culo, y no crean, ni por un minuto, que me gustan los granos en el culo! ¡Si estuviera en mi mano, yo mismo les metía un balazo en el cuerpo; y qué a gusto me iba a quedar! ¡Es más, no sé qué cojones estoy haciendo aquí; debería irme y dejar que Frank termine lo que todo el jodido cuerpo de policía quiere hacer en este momento!

Sean hizo un pausa.

- ¿Qué dices Frank? ¿Por qué no le metemos una jodida bala en el cuerpo a este par de cabronazos? ¡Son pura mierda, nadie lo va a lamentar! –Frank

no contestó. Seguía concentrado, sin mover un músculo. El sudor se deslizaba por su frente.

Sean también comenzaba a sentir mucho calor y a ponerse nervioso. Aquella estrategia no había funcionado. Por primera vez pensó en la posibilidad de fallar. Dada la situación, podía fallar. Era un hombre como otro cualquiera, pero cómo había sido tan estúpido de meterse en un aprieto semejante. Los dos, Dervis y Perkins, seguían inmóviles. Sean, entonces, tuvo una idea.

- ¿Pero qué hacen, par de estúpidos? ¿No ven que están apuntándoles con un arma? ¡Suban los jodidos brazos!

¡Vamos, súbanlos! –Los hombres no se movieron. Sean esta vez fue autoritario—. ¡Hey, pedazos de mierda, si quieren salvar sus miserables vidas suban de una jodida vez los brazos! –Los policías no reaccionaron a su reclamo—.

- ¡Ahora! –gritó Sean. El teniente estaba tan tenso como el resto de sus compañeros, pero trataba de mantener la calma. Necesitaba una señal, una mínima señal, pero esta no llegaba. No había contado con el orgullo de aquel par de mierdas. Si la cosa seguía así, aquello iba a terminar mal, muy mal.

Sean hizo acopió de paciencia:

- ¡Malditos imbéciles! ¿Están sordos? ¡Suban los brazos! ¡Arriba! –

gritó, tratando de ser lo más convincente posible. Nada, tampoco funcionaba. El tiempo se estaba agotando. Si no era capaz de terminar con aquella situación, le tocaría a Frank decidir, y, sinceramente, no deseaba estar allí cuando aquello ocurriera.

La terquedad de los policías lo había puesto de mal humor. Entonces se le ocurrió una de esas ideas raras y excéntricas que lo había convertido en uno de los mejores agentes del cuerpo de policía.

Haciendo uso de todo su arrojo, se quitó un zapato con la peor cara que pudo mostrar y lo lanzó contra el cogote de Perkins. El zapato produjo un golpe

seco contra la cabeza del policía. Este se encogió de dolor.

- ¡Capullo de mierda, te dije que levantarás las manos! ¡Ahora! –volvió a gritar.

Perkins lo miró rojo de ira. Sean se arriesgó esta vez gesticulando:

- ¡O subes las manos o soy yo quien va a pegarte un tiro, cabrón, hijo de puta! ¡Arriba esas manos! ¡Quiero verlas, ya! –Perking titubeaba. Sean fue más allá y se llevó las manos a la funda de la pistola sin quitar los ojos de Frank, pero este ni siquiera se inmutó. Respiró aliviado. Era la señal que estaba esperando.

Perkins no era tan estúpido como

parecía, y antes de que Sean pudiera siquiera comenzar a sacar su arma, levantó poco a poco los brazos.

- ¡Tú también, capullo! –se dirigió a Dervis. Sin duda alguna, éste dudaba. Dervis tenía menos miedo que su compañero, pero cuando vio una posible salida a la situación comenzó a cooperar siguiendo las instrucciones del teniente–. -¡Arrodíllense! –los dos policías se miraron. Sean siguió con su plan–. ¡He dicho que se arrodillen! –Al igual que en la ocasión anterior, Perkins fue el primero en obedecer–. - ¡Ahora pidan disculpas! –Los dos policías miraron a Sean con cara de ni lo pienses, pero obedecieron. Primero

uno, luego el otro. Al principio, con un hilillo de voz. Durante ese tiempo, Frank no había movido un solo músculo de la cara, ni siquiera una ceja; sólo cuando los hombres pidieron disculpas, su rostro reflejó una micro expresión de satisfacción que Sean reconoció inmediatamente en las comisuras de los labios.

En ese momento comprendió que podía moverse, y fue lo que hizo, aunque sin apartar los ojos de Frank.

- ¡Las manos contra la cabeza! –dijo mientras sacaba las esposas. Dervis seguía con los brazos en alto. Sean lo esposó primero. Cuando terminó con él lo empujó al suelo. Dervis se revolcó



por la tierra, pero aun así seguía sin quitar los ojos de encima a Frank.

A Perkins, en cambio, se le notaba asustado y temeroso. Cuando Sean se acercó a él antepuso las manos a su rostro como si temiera una paliza.

- ¡Tranquilo, hijo, nadie va a pegarte! ¡Ya has tenido bastante por hoy, ¿verdad capitán? —Se dirigía a Frank—. Yo mismo te esposaría, pero me temo que no tengo esposas. Sin embargo, Frank haría muy bien en prestarme las suyas. No, ¡qué coño! Frank, ¿por qué no terminas esto tú mismo?

Aquel era el momento definitivo. Todo el trabajo realizado hasta entonces no serviría para nada si la reacción de

Frank no era la adecuada. Los hombres conflictivos estaban desactivados, uno en el suelo completamente indefenso y el otro de rodillas ante ellos.

Sean comenzó a notar el movimiento de policías a lo lejos. Esperaban, como él, que el incidente finalizara en breve. Frank todavía se mantuvo unos instantes en su posición. Luego bajó el arma con calma y anduvo hasta Perkins. Nadie esperaba que Frank golpeará a Perkins en la cabeza con la culata de la pistola.

No era un golpe de importancia, pero hizo a Perkins rodar por el suelo. Sin perder un segundo, esposó las manos del policía a la espalda.

- ¡Esto es para que sepas por qué a

algunos maricas los dejan entrar al cuerpo de policía! –dijo mientras apretaba al máximo las esposas, tanto que arrancó un quejido de dolor a Perkins. Al pasar junto a Dervis escupió al suelo. Se detuvo ante el teniente.

- ¿Qué pasará ahora? –Sean lo miró a los ojos.

- Los dos van a recibir una amonestación y tú vas a pedirte una baja médica. No quiero verte al menos durante tres meses –Frank miró a Dervis, y luego a Perkins.

- ¿Y eso servirá para algo?

- Espero que ayude.

- Pero no resolverá el problema.

- No.

- Ok, Sean –dijo Frank antes de echar a andar en dirección a su coche.

- Oye, Frank. ¿No olvidas algo? –El policía sacó la pistola de la funda y se la entregó a Sean.

- También necesito la placa.

- ¿Algo más?

- Las llaves de las esposas, Frank; no creerás que los tendremos así para siempre.

- No sería mala idea, Sean, no sería mala idea –dijo antes de entregar lo que le pedían y marcharse definitivamente. Sean esperó a que su coche se alejara en dirección a la ciudad. El auto dejó una estela de polvo que se fue disolviendo

lentamente. El walkie talkie de los policías comenzó a transmitir en ese instante.

- Agente Walmie a control, agente Walmie a control. Cambio –Sean fue el primer sorprendido. Abrió el canal de comunicación.

- Aquí control. Agente, ¿qué ocurre? Cambio.

- Tengo aquí delante lo que parece una prueba, cambio.

- ¿Qué tipo de prueba agente?, cambio.

- Un anillo, señor. He encontrado un anillo, cambio.

- Garantice la seguridad de la prueba, agente. Voy para allá, cambio.



# Frank

Al llegar a casa se tomó un Rozerem. No volvió a tener consciencia de la realidad hasta el día siguiente a las dos de la tarde.

Despertó con dolor de cabeza. Fue a la cocina a preparar café y puso la tele. Era la hora de las noticias. El caso del asesino que picaba a la gente en pedacitos seguía estancado. El periodista solicitaba la cooperación de los ciudadanos para encontrar a los

culpables.

El pitido de la cafetera lo hizo volver a la realidad. Apagó la vitrocerámica. Puso una taza de leche en el microondas y esperó medio minuto. Acto seguido mezcló el café con la leche y puso una cucharada de azúcar en la taza antes de volver al salón.

Vivía en un apartamento ubicado en el centro de la ciudad. Era pequeño. Medía unos sesenta metros sin incluir la terraza, donde a veces cenaba. Frank era un hombre sencillo. No tenía grandes vicios ni ambiciones. Vivía, eso sí, apartado de la gente. Sobre todo desde la separación de Marlene, su ex mujer, ocurrida un año antes. No le guardaba



rencor. El matrimonio había durado quince largos años.

El piso le había tocado en propiedad tras el reparto de bienes, después de un divorcio largo y conflictivo que se extendió durante varios meses. Sus amigos opinaban que el abogado de Marlene lo había desplumado, y en parte no les faltaba razón.

Frank, en cambio, opinaba que no era un precio excesivo a pagar por la felicidad. Según su razonamiento todo tenía un precio en la vida y él estaba dispuesto a pagar un justo tributo para ser feliz.

Dadas las circunstancias, tenía la certeza de que esta era la mejor manera

de hacer las cosas. Le había costado años reconocer su verdad, y un gran sacrificio personal.

No era una tarea fácil pasar por encima de las convenciones sociales en un sitio como Ginburk, donde todos se conocen; sin embargo, entendía que la carga que llevaba Marlene era tan pesada y dolorosa como la suya. Se conocían desde niños. En su adolescencia y juventud fueron al mismo instituto; juntos descubrieron el amor.

Su historia no era muy diferente a la de otras parejas que llevaban una vida plácida en una ciudad agradable rodeada de amigos y con el mundo literalmente a sus pies. Eran, lo que se

dice, un ejemplo a seguir para la gran comunidad; esa que está compuesta por ciudadanos de primera clase, gente de bien, artistas y profesionales a quienes les ha sonreído el éxito y cuya existencia rodean de todo aquello que puede resultarles tanto útil como beneficioso y que, por supuesto, no excluye el lujo.

Sin embargo, a Frank esto le resultaba tremendamente aburrido. Le cansaban las charlas de los sábados en las que tenían las mismas discusiones y opiniones sobre los temas de siempre, el amor, la política, el sexo, la vida y la muerte.

Los primeros años de su matrimonio fueron atractivos y no estuvieron exentos

de sorpresas y giros inesperados que, en parte, compensaron el profundo vacío que lo acompañaba.

Durante ese tiempo soportó con paciencia cada una de las celebraciones sociales a las que debía asistir arrastrado por Marlene. Fue cómplice de sus caprichos porque creía que aquello era la felicidad; y no se equivocaba, puesto que la felicidad acaba siendo un concepto hecho a la medida de cada persona, y aquel era el que había encontrado.

Tomó un sorbo de café con leche. Su vida había cambiado mucho en los últimos años; tanto que no se reconocía. La gente opinaba que estaba loco, pero a

él le importaba un cuerno la opinión de la gente.

Había tomado su decisión y afrontaría las consecuencias. Pero una cosa es enfrentarse a la sociedad acompañado del ser amado y otra muy diferente sufrir de forma repentina la muerte de este último.

¿Dónde quedaba todo el esfuerzo realizado para encontrarse a sí mismo? ¿Dónde estaba aquello por lo que había luchado durante años? La vida jugaba con él. ¿Acaso era una marioneta? ¿Un muñeco?

¿Qué sentido tenía enfrentarse a su propia vida, dar un vuelco a su existencia, planificar un futuro diferente

y lleno de incertidumbre, pero futuro al fin, para luego chocar de bruces con la realidad y comprender que nada es para siempre? O mejor dicho, que más nos vale vivir cada instante como si fuera el último, porque cada una de las cosas que tenemos nos pueden ser quitadas sin avisar.

Eso sin hablar del dolor, el profundo dolor que supone la pérdida de un gran amor. Era, sencillamente, absurdo.

El timbre del teléfono lo sacó de sus reflexiones. La verdad es que no tenía fuerzas para hablar con nadie. Pensaba quedarse en casa durante el tiempo que hiciera falta. No quería contestar. Aunque, pasados unos minutos, sintió

curiosidad. No pudo evitar mirar el número.

Sorprendido, contestó a la llamada. Tenía que ser muy importante para que su hermana rompiera el voto de silencio hecho varios meses atrás, cuando su ruptura con Marlene era inminente y los comentarios sobre su relación con Ricardo Bloomsky comenzaban a circular por la ciudad.

- Hola, Salma. No esperaba tu llamada –al otro lado del teléfono nadie contestó.

- ¡Perdona, Frank, perdona! –dijo Salma entre sollozos. Desde la primera frase, Frank fue consciente de que había ocurrido algo importante, así que prestó

atención a lo que su hermana tenía que decirle. En parte, se trataba de su entrenamiento como policía: durante años se había acostumbrado a olvidarse completamente de sí mismo cuando un ciudadano necesitaba su ayuda.

- ¿Qué ocurre? –dijo con tono frío.

- No sé por dónde empezar –Frank guardó silencio unos instantes. Salma no se decidía.

- ¿Qué ha pasado? –repitió Frank, apelando a un tono de voz más suave y dulce. Su hermana seguía llorando—. Tienes que calmarte, Salma. Si quieres que te ayude, necesito saber qué está pasando –sus palabras tuvieron el efecto deseado, porque después de un breve



silencio Salma comenzó a hablar:

- Es Audry –Frank se mordió las comisuras de los labios.

- ¿Qué pasa con la niña?

- ¡No está, Frank, no está! –La voz de Salma sonaba lejana y confusa, como si pendiera de un hilo muy fino que estuviera a punto de quebrarse.

- ¿Cómo que no está?

- ¡No ha vuelto. Tenía que estar aquí esta mañana a las siete y media y no ha vuelto!

- ¿Adónde fue anoche?

- Fue a trabajar a la gasolinera de Port Rock –dijo Salma, y según hablaba parecía que se agotaban sus palabras—. ¡Se lo dije, que no tenía que trabajar,

ella no tenía que trabajar!

- ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

- Ayer.

- ¿A qué hora?

- Sobre las ocho y media o así.

- ¿Notaste algo extraño en su comportamiento?

- No..., bueno sí.

- ¿Qué notaste?

- Lo de siempre. Le dije que volviera cuanto antes. No me gusta que ande por ahí sola. Pero no me hizo caso..., no me hizo caso.

- ¿Fuiste a la policía?

- ¡Sí! —Frank permaneció en silencio unos segundos. La mayoría de

las desapariciones suelen resolverse por sí solas durante las primeras setenta y dos horas. Lo más probable era que estuviera con sus amigos o, incluso, con su novio; pero esto no se lo dijo a su hermana, aunque intentó tranquilizarla a su manera.

- Necesitaré más información, pero sobre todo que te calmes. Saldré a buscarla en cuanto averigüe un par de cosas –Frank miró el reloj de pared. Eran las dos y cuarto—. Te llamo en unos quince minutos. Mientras tanto, busca los números de sus amigos.

- ¿Sólo eso?

- Por ahora sí.

- De acuerdo. Frank... –dijo Salma

antes de que su hermano colgara el teléfono.

- ¿Dime?

- Gracias.

- No hay de qué, Salma, no hay de qué –dijo antes de colgar.

Estaba a punto de entrar a ducharse cuando el teléfono volvió a sonar. No hizo caso. Al menos necesitaba quince o veinte minutos para despertarse. El chorro de agua lo reanimó lo suficiente.

Era lo que necesitaba. Una ducha que refrescara sus ideas y lo devolviera al mundo real. Más adelante tendría tiempo de llorar la muerte de Ricardo – se dijo–; ahora lo más importante era su sobrina.

El teléfono seguía sonando cuando salió del cuarto de baño. Lo sorprendió tanta insistencia. Debía ser urgente. Quizá Audry había aparecido y Salma lo estaba llamando para darle la noticia. Fue hasta el teléfono con esa idea, pero quedó sorprendido al reconocer el número de su hermano.

No tenía la menor intención de hablar con él; al menos, no ahora —pensó mientras se iba a la habitación—. Dos llamadas de sus hermanos en el mismo día eran un suceso increíble —se dijo.

Cuando salió de su casa eran las tres menos cuarto. La mayoría de la gente se encontraba a resguardo del sol. Por las calles circulaban quienes no tenían más

remedio que soportar el calor debido a su trabajo o a alguna gestión urgente que no podía esperar. Era el caso de Frank, quien dio un par de vueltas por la ciudad antes de detenerse frente a la comisaría.

Necesitaba organizar sus ideas antes de empezar a investigar. Tenía esperanzas de que la desaparición de Audry fuera una falsa alarma; lo más probable era que estuviera con sus amigos o con su novio disfrutando en algún hostel de las inmediaciones, o incluso camino a casa. A fin de cuentas, eran jóvenes.

El edificio de la comisaría tenía dos pisos. En la planta baja había oficinas divididas en cubículos donde trabajaban

media docena de investigadores a tiempo completo. Una vez pasada la recepción, uno se encontraba con un pequeño salón de actos y, luego, el departamento de homicidios.

Los jefes tenían sus despachos en la planta alta, donde también había un comedor con capacidad para veinte comensales. El espacio estaba bien distribuido y las oficinas contaban con suficientes medios técnicos, aunque en los últimos meses esta no era la sensación que tenían los policías.

Ginburk había pasado de ser un sitio tranquilo, prácticamente sin actividad delictiva, a figurar en el listado de las ciudades con mayor índice

de criminalidad. Como es lógico, esto sólo era un aspecto del problema. La explosión demográfica era un tema candente.

La inminente industrialización había propiciado que cientos de inmigrantes de disímiles nacionalidades encontraran en Ginburk la oportunidad que les negaba su propio país.

La inmigración más conflictiva era la proveniente de Latinoamérica. Las diferencias culturales eran muy marcadas. A veces, según el sentir popular, se daban determinadas situaciones en las que incluso los vecinos más antiguos de la ciudad se sentían extranjeros en su propio país.



La mayoría de las veces el desacuerdo no iba a más, pero a menudo surgían conflictos que terminaban en un feroz enfrentamiento.

El vandalismo era un fenómeno relativamente reciente; casi tanto como el incipiente odio que empezaba a asomar en muchos de los ciudadanos autóctonos, quienes, de la noche a la mañana, habían visto invadida su ciudad por un ejército de chinos, magrebíes, italianos, mexicanos, indios, peruanos, ecuatorianos..., sin contar la gran ola de emigrados del Este que había tenido lugar en los primeros meses del año, donde se contaban por cientos los jóvenes de Estonia, Lituania, Rumanía o

Uzbequistán, por citar tan solo las nacionalidades más numerosas.

Frank no era ajeno a este fenómeno, pero le otorgaba menos importancia que el resto de sus compañeros, quienes se encontraban copados de trabajo. Día sí y día también, tenían que enfrentarse a las pandillas, muchas veces sin la preparación técnica necesaria o los recursos psicológicos apropiados.

Más de un oficial había recibido advertencias de los delincuentes en su propia casa, hecho este que caldeaba mucho más el ambiente. Cada vez que aparecía una marca de odio dibujada en la puerta de un policía, significaba una amenaza que ponía en peligro su vida y

la de su familia.

La ciudad vivía en medio de un frágil equilibrio. Mantener el orden y la paz con los efectivos policiales que tenían en la actualidad era prácticamente imposible. Esa era la conclusión a la que había llegado Odelsen cuando tocaron a la puerta de su despacho.

- Adelante –dijo sin dilación. Frank abrió la puerta–. Hombre, tú por aquí – Odelsen se levantó de su silla. Se estrecharon la mano con cordialidad. Frank siempre se había sentido bien en compañía de Odelsen. Había sido su mentor en el cuerpo policial durante sus primeros años. Estaba agradecido por todo lo que le había enseñado, pero

además eran amigos.

- Siento tener que molestarte –dijo Franky–. Tengo una situación bastante compleja.

- ¿Qué ocurre?

- Es mi sobrina –Odelsen bajó la cabeza–. No ha vuelto a casa esta mañana después de una noche de guardia en la gasolinera de Port Rock. Su madre me llamó hace nada. Está muy nerviosa. No es el comportamiento habitual de la chica. Traté de tranquilizarla, pero la verdad es que no las tengo todas conmigo. Viendo lo que está pasando últimamente en la ciudad, prefiero iniciar una investigación cuanto antes – Odelsen frunció la ceja.

- ¿Qué edad tiene tu sobrina?

- Veintidós años –Odelsen dio un rodeo y fue a sentarse ante su mesa. Invitó a Frank a ocupar una silla.

- ¿Ya hablaron con el novio?

- El chico no sabe nada. Ayer tuvieron una pelea. Fue a verla a la gasolinera a eso de las cinco de la madrugada, pero no le abrió la puerta.

- Pero, ¿esta mañana alguien la ha visto?

- Su madre la estuvo llamando, pero no contestó al teléfono. Quizá ha habido un accidente del que no nos hayamos enterado –Odelsen movió la cabeza negativamente.

- Ya lo sabríamos. No ha habido

ningún accidente en esa zona. De hecho, hay una cosa que tengo que contarte. — Odelsen se levantó de la silla e hizo que Frank lo siguiera.

Al principio pensó que lo llevaría al departamento de homicidios, pero luego, cuando comenzó a descender las escaleras en dirección al sótano, empezó a encontrarse mal. Cuando estuvieron frente a la puerta de la morgue Odelsen puso una mano en su hombro.

- Quizá sea sólo una coincidencia, o puede que no. Lo que tengo que decirte no es fácil. Esta mañana ha llegado un cadáver de una chica más o menos con la edad de tu sobrina. Es muy posible que no sea ella, pero creo que lo mejor

es asegurarse. ¿Crees que podrás identificarla?

A Frank se le hizo un nudo en la boca del estómago. Odelsen se percató del terrible momento por el que estaba atravesando.

- Has oído lo que dije: no tiene por qué ser ella, pero creo que deberíamos salir de dudas. ¿No crees? –Frank asintió.

–Bien, pasemos entonces.





# La morgue

El depósito de cadáveres se encontraba en penumbra. Al final de salón había un despacho del que emanaba una luz tenue. Atravesaron la sala con pasos apresurados. Debía medir unos cincuenta metros de largo. Odelsen tocó a la puerta. Prosper, uno de los forenses de más experiencia, les invitó a pasar.

- Hola chicos –dijo Prosper cuando Odelsen abrió la puerta del despacho.

- Venimos a visitarte.

- Se agradece el esfuerzo –Prosper se levantó de su silla. Tras estrechar la mano a ambos se dirigió al salón–. Supongo que querrán ver a la chica.

- Así es –dijo Odelsen.

- La han traído esta mañana. La pobre estaba hecha una pena –Odelsen miró al forense antes de proseguir.

- Según parece, es posible que la víctima sea pariente de Frank.

- ¿Es él quien va a identificarla? – Odelsen asintió–. Lo lamento mucho –dijo Prosper–. Hoy en día la ciudad no es lo que era.

Se acercó a la cámara frigorífica y abrió uno de los depósitos. El cadáver

apareció ante ellos cubierto por una sabana.

- Antes de que la vean, debo advertirles que la joven recibió una gran paliza. Muchos de los golpes fueron en el rostro. ¿Están preparados? –Odelsen no obtuvo ninguna respuesta. El forense levantó la sábana. Ante ellos apareció el rostro desfigurado de una chica joven. Las facciones eran prácticamente irreconocibles.

- La paliza fue brutal –dijo el forense–. Recibió mucho daño en la zona frontal. Además, tanto el Esfenoides como el Malar están muy maltratados –y señaló con un bolígrafo la zona del rostro entre la frente y la

nariz.

Se detuvo ante el hundimiento del cráneo:

- Esto se hizo con un objeto contundente. Quizá una barra de hierro. La herida es mortal, pero tiene otras en varias partes del cuerpo que hubieran sido suficientes para acabar con su vida. Aunque no de manera inmediata.

Frank no daba crédito a lo que veía. La víctima tenía un gran parecido con su sobrina. Debido a la desfiguración, no estaba seguro de que fuera ella, pero tampoco podía afirmar lo contrario.

Jamás había visto algo así. En sus veinte años ejerciendo como policía, había tenido la posibilidad de estudiar

algunos de los casos más violentos del estado, e incluso de la nación, pero nunca nada como aquello.

Ante el inminente derrumbe de Frank, el inspector Odelsen hizo una seña a Prosper, quien guardó el cadáver. Frank parecía clavado en el suelo. Estuvo así unos segundos, hasta que Odelsen se dirigió a él:

- ¿Te encuentras bien? –Frank tardó unos instantes en responder.

- Estoy bien, Odelsen, estoy bien.

- ¿Logró identificar a la joven? – preguntó Prosper.

- Creo... –dijo Frank con voz entrecortada–, creo que es ella.

- ¿Estás seguro, Frank?

- No, no estoy seguro –Odelsen se hizo cargo de la situación.

- Gracias por enseñarnos a la víctima, Prosper. Cuando tengas el informe completo, por favor, déjalo en mi oficina.

- En unas horas lo tendrás –contestó el forense.

- Gracias, Prosper.

- Escucha, Frank –dijo Odelsen mientras subían las escaleras–. Entiendo que estás muy afectado, pero no debes perder de vista que es muy difícil reconocer a la muchacha en las condiciones que se encuentra. Según como yo lo veo, convendría que el padre o la madre la identificaran. Lo que

quiero decir es que puede que no sea ella. ¿Qué opinas? –Frank seguía en silencio. Odelsen detuvo a Frank en el pasillo:

- ¿Oye, cómo te encuentras? –La preocupación de Odelsen contrastaba con la actitud de Frank, quien daba la impresión de encontrarse ausente. Su aspecto ahora era el de un hombre a punto de ser vencido por la adversidad. Estaba atrapado entre la ira y la desesperación. Por fin se decidió a hablar:

- Estoy bien. Gracias por preocuparte –Odelsen le dio unas palmadas en la espalda.

- Frank, ¿puedes hacerme un favor?

- Lo que quieras.

- Todavía no des por sentado que la víctima es tu sobrina. Espera un poco más –Frank tenía la mirada perdida.

- Lo intentaré, Odelsen, lo intentaré.

- Oye, prometo encargarme personalmente de este caso, pero tenemos otros tres asesinatos pendientes de resolver, sin contar el del hombre picado en pedazos. Estamos hasta el cuello de trabajo, pero lo que hace relativamente fácil resolver este asunto es que tenemos a dos culpables. Parece que hay un tercero que consiguió escapar, pero aún no está confirmado.

La mirada que Frank dirigió a Odelsen parecía un arma cargada de



odio a punto de dispararse.

- ¿Puedo pedirte un favor?

- Tú dirás.

- Necesito tener acceso a la investigación.

- Frank, sabes que no puedo hacer eso –Odelsen intentó echar a andar, pero Frank le cerró el paso.

- Odelsen, nunca te he pedido nada en veinte años de servicio, nada. Ahora lo único que quiero, lo único que te pido es que por favor me des acceso a la investigación.

- ¿Qué vas a hacer con esa información?

- Voy a buscar pistas.

- ¿Estás seguro de que sólo quieres

encontrar pistas?

- Completamente –Odelsen lo pensó unos instantes.

- Está bien Frank, pero con una condición.

- ¿Cuál?

- Quiero que me mantengas informado de cualquier progreso que hagas. Y si, pongamos por caso, se confirma que hay un tercer asesino y lo encuentras antes que nosotros, quiero que me jures que no lo matarás.

Los dos hombres se miraron. El rostro de Odelsen expresaba determinación. Frank sabía que el inspector no iba a ceder ni un centímetro. A partir de este momento lo

único que podía hacer era aceptar sus reglas.

- Por mi parte, así lo haré.

- Es un trato Frank –Se dieron la mano.

- Será mejor que esperes aquí. Haré una copia del caso. Regreso en cinco minutos –Odelsen se alejó en dirección a su oficina. Frank le tenía verdadero aprecio.

El tiempo había demostrado que era un gran amigo. Jamás olvidaría ese gesto. Estaba absorto en sus reflexiones cuando casi choca con Dervis. La sorpresa fue mutua, porque tampoco él lo había reconocido.

Quedaron uno frente al otro. A

escasa distancia. Una pareja de agentes que entraba a comisaría en ese momento saludó a Frank. Dervis aprovechó para esfumarse.

Frank sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Apenas había pasado un día desde el incidente del campo. Todavía miraba a Dervis cuando Kevin Nash volvió a dirigirse a él.

- Frank. Frank –dijo por segunda vez–. Nos tenías preocupado. No se habla de otra cosa en la comisaría. Nos han contado lo de tu sobrina. Es una tragedia, y queríamos darte el pésame – Frank estaba asombrado. Tanto Nash como su compañero Albert formaban parte de su círculo de amigos. Los dos

estaban plantados delante de él dándole el pésame por su sobrina. Pero, ¡cómo era posible! Apenas había identificado el cadáver hacía unos minutos.

- ¿Cómo lo saben?

- Nos han informado hace una hora –

Dijo Nash.

- ¿De qué les han informado? –

Kevin miró a su compañero y luego a Frank.

- Hace como una hora nos mandaron a buscar a tu hermana.

- ¿Para qué?

- Para identificar el cadáver.

- ¿Dónde está mi hermana?

- Estoy aquí, Frank, estoy aquí.

Una mujer de piel morena, de unos

cuarenta y cinco años, con el pelo recogido y espejuelos oscuros se adelantó. Frank ni siquiera había reparado en ella.

- Hola, Salma.

Se le hizo un nudo en la garganta. Los policías se despidieron de él con un fuerte apretón de manos. Salma pasó por su lado como si no existiera. Frank la detuvo.

- ¿Quieres que te acompañe?

- Puedo ir sola, ¿no? –Contestó Salma con un hilo de voz y siguió su camino. Comenzaron el descenso al depósito de cadáveres. Frank los seguía, pero no se atrevió a atravesar la puerta. Prefería esperar fuera. No quería ver a

Audry otra vez. Para él era como asomarse al infierno. Un minuto después escuchó los gritos, las lamentaciones.

Kevin y Albert sacaron a su hermana prácticamente en brazos. Era incapaz de tenerse en pie. La expresión de su rostro había cambiado radicalmente. Un rictus de rabia y dolor lo atravesaba. Sus gritos eran desgarradores.

Frank se apartó. Al pasar por su lado, Salma tuvo una crisis nerviosa que demandó todas las fuerzas de los policías para evitar que agrediera a Frank. A duras penas conseguían controlarla, pero era imposible hacerla caminar.

- ¡La culpa es tuya, la culpa es tuya!

—La mujer, en un nuevo arranque de cólera, había sacado fuerzas para lanzarse contra su hermano. Por suerte, Kevin y Albert impidieron que lograra su propósito.

- ¡Estás maldito, eres un demonio, vas a arder en el infierno! ¡Es tu culpa, todo es tu culpa! ¡La ira, esta es la ira, la ira de Dios! —dijo, antes de romper a llorar y volver a sumergirse en un estado de depresión y enajenamiento que hizo a los policías solicitar la asistencia de un psicólogo a viva voz.

Dos gendarmes acudieron a la llamada de sus compañeros, y entre los cuatro la sacaron al aire libre. Frank no sabía qué hacer. Se dio cuenta en ese



momento de la presencia de Prosper. Sostenía un pañuelo de color ámbar entre las manos. Frank comprendió lo que había sucedido.

El pañuelo pertenecía a su sobrina, y ahora era una prueba determinante para su identificación. Era cuanto necesitaba saber. Dio media vuelta y comenzó a subir las escaleras.

Un gran número de policías se había congregado en el pasillo. En cuanto vieron a Frank enmudecieron. Pasó por entre ellos como una exhalación. Fue hacia el parking.

Tenía que salir de allí cuanto antes. Odelsen consiguió alcanzarlo antes de que subiera al coche. Había tenido que

echarse una carrerita y estaba sofocado.

- ¡Por fin te encuentro! ¡Aquí tienes, esto es cuanto tenemos hasta ahora! – Frank puso la carpeta sobre el asiento del copiloto.

- En cuanto tenga más información, te llamo.

- Gracias, Odelsen –dijo Frank antes de cerrar la puerta y poner el coche en marcha. No se detuvo hasta cincuenta millas después. No sabía dónde se encontraba. En algún lugar entre Ginburk y Kingsport. Cuando bajó del auto creía que iba a vomitar, pero las fuerzas le alcanzaron solo para echarse a llorar. Para llorar en medio de la soledad, mientras los autos pasaban en uno y otro

sentido.

# Dervis

¡Maldita sea!, pensó Dervis en cuanto salió de la comisaría. Encontrarse otra vez con Frank y de esa manera era imperdonable. Se la tenía jurada. ¡El muy hijo de puta! –Escupió en el suelo—. ¡Demasiado rápido, todo había sido demasiado rápido! Luego estaban allí. ¡Nada más y nada menos que en la comisaría, mierda, mierda!

Estaba verdaderamente enfadado. Tanto él como Perkins tenían pensado

darle un escarmiento a Frank. Pero uno de verdad, de esos que se recuerdan durante toda la vida.

Un par de agentes pasaron a toda prisa por su lado. Dervis los vio entrar a la comisaría. En lo que a él respecta no pensaba mover un dedo para ayudar a nadie que tuviera que ver con Frank. Ya podía morirse él y su familia.

No se le borraba el recuerdo de la humillación sufrida en pleno campo delante de todos sus compañeros. Hubiera preferido un balazo en medio de la cabeza a cargar con la vergüenza de verse sometido de aquel modo. Era verdaderamente humillante. Abrió la puerta de su coche. Puso en marcha el

motor y tomó el camino de regreso a casa.

Por suerte, su hombría estaba a salvo de nuevo. Nadie podría volver a poner en duda su valor, y eso gracias a un golpe de suerte. A ver qué iban a decir ahora. ¡Era el mejor policía de aquella ciudad, el mejor!

Gracias a él tenían a aquella pobre chica en el sótano de la comisaría. Pero eso no era todo; lo principal era que él, sin ayuda de nadie, había sido capaz de descubrir a los asesinos y reducirlos.

Todo gracias a su intuición. En la historia de aquella ciudad jamás se había visto algo igual. Era un fuera de serie. Sonrió. Enseguida le vino a la

memoria el recuerdo de la llamada de Tesla.

Lo había despertado a las dos de la madrugada. Estaba soñando con algo agradable. ¿Qué era?, se preguntó. Era curioso: no conseguía recordar el sueño pero sí el timbre del teléfono. Despertó de mal humor.

- ¿Quién es?

- ¿Dervis?

- ¿Sí, soy Dervis?

- Hola Dervis, soy Tesla –Dervis la interrumpió.

- ¡Tesla, son las dos de la madrugada!

- Lo siento, Dervis. Sabes que estamos desbordados. Iré al grano. Falta

gente en la comisaría. Necesitamos tu concurso.

- ¿Es urgente?

- Muy urgente.

- Se supone que es mi segundo día de descanso.

- Tengo la autorización del gobernador para movilizar a los hombres que hagan falta. Por si no te has dado cuenta, estamos en medio de una crisis –Dervis hizo una mueca de desaprobación.

- Si no queda más remedio, iré.

- Gracias Dervis. Te esperamos en una hora –y colgó. Aquella manera de terminar la conversación le sentó como una patada en los cojones. ¿Quién se



creía que era ella? Una don nadie, eso es lo que era, una don nadie. Mucha escuelita y mucho grado de teniente, pero seamos sinceros, ¿qué había hecho desde su incorporación a la comisaría? La respuesta era: nada. Absolutamente nada.

Se levantó de la cama a regañadientes, pero luego, acostumbrado como estaba a madrugar, no tardó más de veinte minutos en estar listo para marcharse. Echó una última ojeada en derredor antes de dirigirse al coche.

Todavía estaba somnoliento cuando se sentó al volante. Por suerte, el fresco de la noche lo hizo espabilarse. Estaba convencido de que su jefe lo estaba

puteando. Anda que no había gente en la comisaría con la misma preparación y la misma experiencia. Era la segunda vez que lo sacaban de la cama a esas horas en menos de diez días.

Lo de Tesla era tremendo. En la vida se hubiera imaginado a alguien hablando de ese modo, y muchos menos utilizando ese lenguaje, a las dos de la mañana, con un policía a quien acabas de despertar para decirle que en la comisaría “necesitaban su concurso”. ¡Mierda, todo era una mierda!, pensó antes de bostezar.

La verdad es que aquello no le hacía ni puta gracia, y estaba dispuesto a hablar hoy mismo con su jefe. ¡Tenía

derecho a descansar, hombre! O qué se creían, ¿que era un esclavo?

En la radio estaban poniendo Sex Machine, de James Brown, pero casi enseguida el locutor estropeó la canción con noticias. Sintonzó la emisora siguiente justo cuando comenzaban a pasar los anuncios.

- ¡Menuda mierda! –dijo antes de apagar la radio. Ahora conducía en silencio y malhumorado. ¡Tesla se iba a enterar, Steve se iba a enterar y todo el que se pusiera por delante se iba a enterar!

Hacía doce años que era policía. No llevaba mal el trabajo, pero siempre que se topaba con una injusticia se ponía de

los nervios, y lo que estaban haciendo con él era una injusticia en toda regla.

Su carácter era bastante peculiar. Había tenido una infancia complicada y una adolescencia turbulenta. Ambas etapas dejaron en él una profunda huella, cuyo rasgo más significativo era su intolerancia a la injusticia.

Toda su vida, o al menos una parte importante, giraba alrededor de una verdad aprendida de su padre: la libertad y el deseo de justicia es lo único que nos diferencia de los animales. Eso solía decirle.

Dervis se hizo un hombre convencido de que el bien siempre debía triunfar sobre el mal. Sus ansias

de justicia habían influido en la decisión de convertirse en policía, y hasta la fecha no se había arrepentido de ello, aunque también hay que decir que había pagado su precio.

Su temperamento irascible lo había convertido en un hombre temerario incapaz de detenerse incluso ante situaciones muy peligrosas. No soportaba que los crímenes quedaran impunes, y cuando las víctimas eran mujeres o niños se enfadaba tanto que lloraba de rabia e impotencia.

En esos momentos deseaba tener la capacidad de apilar a todos los malhechores del país en un único sitio y ajustar cuentas con cada uno de ellos. Y

eso que Ginburk era una ciudad tranquila en la que rara vez ocurrían crímenes; aunque también hay que decir que durante los últimos meses la ciudad se había visto sumergida en una ola de asesinatos y robos cuya violencia había hecho saltar la alarma social.

A veces se preguntaba cómo sería su vida si en vez de vivir en una ciudad pequeña residiera en los Ángeles o en Miami. También se había preguntado en más de una ocasión por qué seguía gastando su tiempo y su vida en aquel sitio. Alejado de las grandes urbes y de la verdadera acción.

La respuesta era simple: Dervis amaba su ciudad y todo cuanto tuviera

que ver con ella. La sentía como una parte de sí mismo. No era ajeno al dolor que experimentaba la gente de otras ciudades cuando eran robadas o agredidas, pero su reacción en dichos casos era más bien tibia; sin embargo, cuando se trataba de acciones violentas cometidas en Ginburk tenía que hacer un esfuerzo por serenarse.

Desde siempre había sido así. Nadie conocía la razón de su comportamiento, ni siguiera él. Pero a todos les quedaba claro que Dervis formaba parte de una especie rara cuya obsesión más notable era limpiar las calles de criminales, y a ella se había dedicado en cuerpo y alma.

Volvió a bostezar. La carretera hasta

la ciudad estaba desierta a esa hora. Todavía era de noche y aún pasaría un buen rato antes de que saliera el sol. Se removió en el asiento antes de tirarse un pedo. Luego se rascó la nuca. Por último, cayó en la cuenta de que necesita orinar. ¡Las putas prisas de Tesla!, se dijo.

No recordaba ni siguiera una vez en la que hubiera tenido que bajar del coche durante aquel trayecto para orinar. Ni siquiera una vez, y ahora tenía ganas, muchas ganas. Así que lo más probable era, que en breve, tuviera que detener el coche, bajarse del auto y mear. Todo por las prisas de Tesla.

Aminoró la marcha a regañadientes



hasta detener el coche. No era mala idea orinar ahí mismo, apuntando a la carretera. Sonrió. El único inconveniente era que, de pronto, apareciera un coche.

Si el conductor era un hombre le daba igual, pero, ¿y si fuera una mujer? O peor aún, si fuera una de sus vecinas, ¿qué pensaría de él? Estuvo jugando con la idea unos instantes. Seguía sin parecerle mala idea; al menos, no completamente.

Al final decidió hacer lo de siempre, y eso significaba orinar sobre la rueda trasera, justo del lado del copiloto. Ante él quedaba la carretera, y unos pasos más allá, cruzando la vía, el bosque.

Un coche pasó por la carretera. Sonrió. Menos mal que se había puesto a cubierto. Siguió la trayectoria del auto hasta la curva, pero las luces del coche, justo antes de girar y perderse definitivamente en dirección a la ciudad, iluminaron durante un instante la parte trasera de un auto aparcado al lado de la vía.

No recordaba ningún coche abandonado en aquel sitio. Estuvo pensativo unos instantes. No, no recordaba nada. Quizá era el coche de una pareja de chicos, o de alguien durmiendo la mona. Eso era lo más probable, se dijo mientras volvía al auto.

Puso en marcha el motor. Se incorporó a la carretera muy despacio, hasta comprobar que no había nadie en el interior del coche. Hizo el giro de la curva y se detuvo. Todavía dudó unos segundos con las manos al volante, hasta que por fin se decidió. ¡A la mierda con Tesla!

A primera vista, el coche no parecía abandonado. El motor estaba frío, así que debía llevar al menos una hora y media aparcado.

No había señales de violencia ni nada que indujera a pensar en un crimen. Las puertas estaban cerradas.

Entonces escuchó lo más parecido a un grito apagado por la distancia. De

inmediato, sus sentidos se agudizaron. Tomó el sendero que se encontraba a la derecha. De crio lo había recorrido cientos de veces.

Solían reunirse debajo del depósito de agua y estar hasta las tantas. Muchas chicas habían perdido su virginidad en la roca de hierro. Así era como solían llamar al antiguo depósito de agua, inmenso y herrumbroso, que llevaba más de veinte años sin utilizarse y sobre cuya base de metal se organizaban las celebraciones más raras e inauditas.

El sendero se encontraba a oscuras. Iba despacio. Teniendo cuidado de no hacer ruido. A los pocos minutos, sus ojos se habían acostumbrado a la

oscuridad. Aún quedaba un buen trecho hasta la roca, cuando escuchó el murmullo de voces entrecortadas.

Por puro instinto, puso la mano sobre la culata de su arma. Intentó relajarse. Seguramente era una fiesta de chicos. Una de tantas que se celebraban durante el verano.

Lo mejor era darse prisa. A fin de cuentas, en la comisaría lo estaban esperando. Aceleró el ritmo. Las voces se escuchaban cada vez más cerca. A menos de veinte pasos se encontraba el claro. Habían encendido una hoguera. Dervis se acercó casi hasta donde terminaba la maleza. Se quedó ahí agazapado.

Ahora podía verlos bien. Eran dos hombres. Uno de ellos muy alto y musculoso. Ambos estaban en cuclillas ante un tercero que yacía tendido en el suelo.

Alcanzaba a escuchar fragmentos de la conversación, pero no tenían mucho sentido. Uno de los hombres fue a la hoguera. Se las ingenió para sacar un trozo de rama y atizar con la misma a la persona que estaba en el suelo.

Dervis no apreció reacción alguna en el agredido. ¿Debía preocuparse? El hombre se ensañó a golpes con la víctima. Entonces escuchó claramente lo que decía uno de ellos.

- ¡Más fuerte Carl, venga, más

fuerte! ¡Haz que se entere de una buena vez! –Los músculos de Dervis se tensaron. De repente, se vio caminando hacia ellos. Recorrió la distancia tan rápido, que ni siquiera los hombres se dieron cuenta de su presencia hasta que estuvo muy cerca, cuando ya era demasiado tarde.

El que estaba de espaldas a Dervis se dio la vuelta picado por la curiosidad. La sorpresa lo hizo abrir la boca para alertar a su compañero, pero no consiguió articular palabra. La bota de Dervis lo golpeó en la mandíbula.

El daño ocasionado fue serio. Baste decir que Dervis empleó una parte considerable de su energía en descargar

el golpe. La cabeza del hombre salió disparada hacia atrás y fue a dar en el suelo de manera espantosa antes de quedar inmóvil.

Alertado por la caída de su compañero, el otro tuvo tiempo de agredir al policía. A pesar de la fuerza que imprimió al golpe, esta no fue suficiente como para detener a su atacante. La rama se hizo añicos sobre el hombro izquierdo de Dervis.

Para aquel entonces, el policía había agarrado a su agresor por el cuello. Acto seguido descargó dos ganchos con el brazo herido justo sobre las costillas. Su oponente quedó inmóvil.

Tenía los ojos desorbitados y una



expresión de pánico que satisfizo a Dervis. Se desplomó sin más. Un ruido proveniente de la maleza lo puso en alerta. Escrutó el bosque unos segundos, pero no vio a nadie.

Un instante después escuchó las pisadas de alguien que corría alejándose de ellos. ¡Se escapa uno!, pensó. ¡Debo perseguirlo! Los cuerpos de los dos hombres seguían tendidos ante él.

Necesitaba calmarse. Ya se encargarían del otro. Lo más importante era controlar a estos y atender al herido.

Al parecer, tenía todo bajo control. Uno de los hombres, el de la patada en la cara, estaba inconsciente. El otro respiraba con dificultad. No parecía

tener energía para mucho más que no fuera quejarse, aunque era extremadamente alto y musculoso.

Decidió inmovilizar a este último con un juego de esposas que tenía disponible. No le gustaba el odio que veía en sus ojos.

El hombro comenzó a dolerle casi enseguida, pero él no fue consciente hasta mucho después. Ahora se ocupaba de la víctima.

Se trataba de una chica joven, quizás de veinte o veintiún años. Estaba desnuda y ensangrentada. La dio la vuelta. ¡Por Dios!, pensó. ¡Son unos animales! El rostro de la víctima era irreconocible, y tenía un aplastamiento

bastante feo. Buscó pulso en el cuello de la víctima. No tenía. Malo, muy malo. Debería llamar a la comisaría, pensó un segundo antes de que su teléfono comenzara a sonar.

Era Tesla. Dervis estaba sudoroso y agitado. Ni siquiera había pasado suficiente tiempo como para serenarse, así que, aunque intentaba hablar con claridad, lo único que conseguía era decir monosílabos.

Por fin se tranquilizó. Para ese entonces, Tesla estaba tan enfadada que ni siquiera comprendió sus primeras palabras. Dervis volvió a tomar aire.

- No te lo vas a creer, Tesla, no te lo vas a creer.



# Henry

La golpiza que aquel hombre estaba propinando a sus amigos lo dejó inmóvil. Durante unos instantes no supo qué hacer. Mientras regresaba de orinar escuchó ruidos y, al prestar atención, casi se cae del susto. ¡Mierda, mierda!, pensó Henry mientras trataba de recuperar el aplomo.

¿Y ahora esto, qué cojones es?, se dijo mientras observaba la escena. ¿Quién diablos era ese tipo? ¿Un

policía? Imposible. ¿Tal vez un loco? De repente, tuvo una idea. Tenían que ser las setas. Entonces se relajó.

¡Qué estúpido soy! Por supuesto que tenían que ser las setas. Lo más probable era que, en breve, tuviera otra alucinación. Mucho mejor que esto, desde luego; algo así como un grupo de tías buenísimas dispuestas a follar. Se frotó las manos.

Hasta ahí todo iba bien, pero cuando Carl se desplomó en el suelo de un modo tan categórico, Henry comenzó a sospechar que aquello no era una alucinación, sino el mundo real.

Lo peor no era que Carl se desplomara. Lo peor era que, en caso de

que esa pelea fuera real, estaban jodidos. No jodidos como decir ‘pobres chicos vaya problema que tienen’; que va, aquello era jodido, jodidamente malo; tan malo que, en vez de caminar hacia adelante, lo hizo hacia atrás, reculando de mala manera, porque, después de lo que habían hecho, ningún tribunal iba a tener piedad.

Nadie iba a decir ‘son jóvenes e inexpertos’. No se es joven e inexperto para meterle un palo afilado por el culo a una chica de veinte años y torturarla de todas las maneras posibles. Sin contar el accidente de la barra de hierro que la había hundido la mitad de la cara. ¡En qué cojones estaba pensando cuando

se metió en esto! Siguió reflexionando hasta que llegó a una conclusión: ¡No era su culpa! ¡Él no tenía nada que ver! ¡No había sido su idea!

- ¡Estoy jodido, muy jodido! –No tardó nada, uno o dos minutos, en salir pitando hacia el interior del bosque.

La caída de George lo había impresionado profundamente. Se desplomó así, sin más. Como si lo hubiera derribado una masa de acero. Si eso le había ocurrido a Carl, un tipo alto y musculoso, entonces qué le pasaría a él. La sola idea de pensarlo le hizo apurar el paso.

No tenía ninguna posibilidad de ganar. Si se hubiera enfrentado al



agresor, ahora estaría con aquellos dos, camino de la comisaría. Sólo de pensarlo se le pusieron los pelos de punta.

Corría sin rumbo fijo. A paso de liebre. Atento a cada sonido del bosque. Acelerando el trote, de un modo frenético, cuando escuchaba ruidos. Imaginaba emboscadas por doquier. Las sombras más vulgares se le antojaban hombres agazapados a punto de caer sobre él. En una ocasión rodó por el suelo, y cuánta fue su angustia mientras tuvo los ojos cerrados.

No quería morir. Eso es lo que pasaría cuando lo atraparan. Pero antes iría a prisión, donde se encargarían de

convertir su vida en un infierno, en un calvario. Viviría día tras día arrepentido. Con la carga del crimen a sus espaldas. Un crimen que él no había cometido y del que se consideraba inocente. No había matado a aquella chica. Tampoco había sido idea de él.

Pero, ¿cómo demostrarlo?, ¿quién iba a creerle? Nadie, absolutamente nadie creería su versión. Y eso no era lo peor. Lo peor era que estaba arrepentido. Completa y profundamente arrepentido. De su error, de sus errores.

Todo hombre tiene derecho a equivocarse y a ser perdonado. Todos merecemos una oportunidad; al menos una oportunidad para reivindicar

nuestros actos, para demostrar quiénes somos en realidad o lo que somos capaces de hacer. Pedía esa oportunidad. Se negaba a que fuera este el final de su vida, el final de su historia.

Así razonaba Henry mientras permanecía en el suelo, tumbado sobre la hojarasca, con los ojos cerrados, y convencido de que lo habían atrapado. Esta vez, de manera definitiva. Se imaginaba en prisión. Sodomizado por el resto de los presidiarios. Convertido en la ‘chica’ más popular del penal.

¡Dios mío, Dios mío! ¡Perdóname, perdóname! ¡Por favor, ten piedad! Alguien se había detenido ante él. De un

momento a otro le echarían el guante. Después de leerle sus derechos, lo recluirían en la cárcel para siempre, hasta el día del juicio final.

Pasó varios minutos en ese estado. Pensaba en los momentos gloriosos de su infancia. En su madre, en sus hermanos. En todas las personas que, sin saberlo, influyeron en su vida y de las que no sabía nada. ¿Dónde estarían ahora? ¿Qué pensarían cuando leyeran en la prensa que él, Henry Sodorosky, iba a morir en la silla eléctrica por un asesinato repudiable?

Comenzó a llorar como nunca antes lo había hecho. Con la sinceridad que brinda el hecho de estar a las puertas de

la muerte. Juraba y perjuraba que era inocente. Quería otra oportunidad. No sabía repetir otra cosa; y así, poco a poco, lo venció el cansancio hasta quedarse dormido.

Durmió sólo una hora, pero fue suficiente para borrar buena parte del cansancio. Estaba más tranquilo. No había rastros de la policía. Lo que antes le pareció el brazo de un agente que tiraba de sus piernas, era simplemente un pedazo de cuerda semipodrida enredada entre sus pies.

Al darse cuenta de la confusión, se echó a reír. Primero de manera discreta, como si todavía dudara de su buena suerte; luego de manera más relajada.

Pero, ¿qué hacía en el suelo aún? Venga, a levantarse, se dijo.

Suponía que estaba a unas dos millas al norte de la roca de hierro y a unas doce de la ciudad. Para confirmar su apreciación, bastaba con salir a un descampado y localizar la enorme estructura de metal; y eso fue lo que hizo.

Era muy temprano. Alrededor de las seis y media de la mañana. El sol asomaba por el este. Después de buscar durante un rato, encontró la roca de hierro. La estructura se elevaba majestuosa, empinándose por encima de las copas de los árboles más altos.

Tras contemplarla unos instantes,

experimentó una sensación de tranquilidad y sosiego. Algo había cambiado en él para siempre durante esa noche, y ese mismo algo lo llenaba de una extraña determinación.

Sabía que, de algún modo, estaba viviendo otra oportunidad. No era capaz de explicarlo y apenas alcanzaba a comprender lo que había ocurrido, pero estaba seguro de ello. Lo que sucediera de ahora en adelante iba a determinar su vida futura de una manera profunda.

Tenía que marcharse y empezar de cero en otro sitio. Lejos de sus amistades, lejos de aquel mundo. Encontraría una mujer para casarse y tener hijos como Dios manda. Quizá

montara un pequeño negocio. Era bueno arreglando coches. Debía ir al oeste; allí nadie lo buscaría, y en caso de que lo hicieran, sería difícil dar con él.

Desaparecer no era complicado. El verdadero problema era que George y Carl mantuvieran la boca cerrada. Porque claro, si esos dos mantenían la boca cerrada, ¿qué podía pasarle?

El héroe de los cojones ni siquiera lo había visto, así que, en última instancia, si aquellos ‘dos piezas’ hablaban, seguramente nadie les creería. Luego estaba la cuestión del orgullo. George jamás reconocería haber sufrido una humillación tan grande. En resumen: seguía teniendo ventaja. Este



razonamiento, en parte, lo reconfortó.

Fue como una brisa que vino a aliviar su miedo a ser encarcelado, aunque todavía lo horrorizaba la sola idea de contemplarlo como una posibilidad. Entendía, por supuesto, que la situación era delicada.

Aun así, se había repuesto considerablemente del susto inicial. Pensaba en el futuro con optimismo. Se imaginaba rodeado de hijos, dueño de un negocio próspero y siendo amado por una hermosa mujer.

¿Qué más podía desear? ¿Acaso no era eso lo que todo hombre quería: una casa, dinero, amor? ¿Y el pasado? Por mucho que huyas, jamás podrás escapar

de ti mismo. No sabía por qué le había venido este pensamiento a la cabeza. Era la frase favorita de su profesor de letras en la enseñanza secundaria. El muy capullo le había jodido el cerebro a fuerza de frasecitas y mierdas por el estilo.

Aunque, a decir verdad, en este caso la frase se ajustaba perfectamente a la realidad. ¿Qué podía hacer con el pasado? Siembre iba a estar ahí fastidiando. Siempre lo acompañaría el fantasma de lo ocurrido aquella noche. Entonces tomó una decisión trascendental. Viviría con ello sin lamentarse.

Estaba dispuesto a rehacer su vida; y

quién sabe, puede que incluso se convirtiera en un ejemplo para la comunidad e inspirara a otros. Pero para conseguir ese sueño lo primero era escapar.

Necesitaba llegar a la ciudad. La forma más rápida era utilizando la carretera. Nadie esperaría encontrarse a un fugitivo caminado tranquilamente por la carretera a plena luz del día.

Para que su plan tuviera éxito debía extremar las precauciones. Durante unos instantes tuvo dudas. Era mucho mejor que seguir en el bosque, esperando a ser cazado como un animal. Eso era por un lado; por el otro, la posibilidad de burlar a la policía y salirse con la suya

lo reconfortaba profundamente.

Llegó a la carretera con la convicción de que lograría su propósito. En contadas ocasiones había experimentado una sensación de fortaleza tan placentera. Eso por no decir que nunca antes tuvo tan claro lo que debía hacer.

Se encontraba mucho más recuperado del susto inicial. Es cierto que tenía mala cara y que el aspecto de su ropa dejaba mucho que desear, pero podía confundirse con el de un conductor que tras sufrir una avería e intentar arreglar el coche por su cuenta, se había convencido de que era imposible.

Respiró hondo. La ciudad se encontraba a unas once o doce millas en dirección noreste. En coche tardaría unos veinte minutos en llegar. Cinco minutos después estaría en su habitación, y eso sería todo.

Aún era muy temprano. Apenas las siete de la mañana. Pocos coches circulaban a esa hora. Hizo señas a un par de conductores, pero ninguno se animó a llevarlo. Media milla después divisó una estación de servicio. Empezaba a cambiar su suerte, pensó mientras sonreía.

# Audry Brooke

Audry Brooke contestó al teléfono. Los últimos clientes ya se habían marchado del establecimiento y Dios sabe lo que tardaría en aparecer otro coche. A veces, en toda la noche solo brindaba servicio a un auto. Sin embargo, en otras ocasiones no paraba de moverse de un lado a otro.

Los coches se sucedían con gran velocidad. Aunque se esforzaba por servir a todos, ni siquiera con ayuda era

capaz de atender la demanda. Pero eso era sólo de un tiempo a esta parte; y, sobre todo, algunos días de verano en los que todos parecían haberse puesto de acuerdo para coger las vacaciones.

Ahora estaban a mediados de agosto. Hacía muchísimo calor. Después de las once de la mañana, la gente se retiraba a sus casas y no volvían a salir hasta bien entrada la tarde.

Por las noches era diferente. Las terrazas y los bares se llenaban. Principalmente de gente joven con ganas de fiesta. Audry extrañaba las salidas nocturnas. A veces, por la noche, sus amigas iban a visitarla; pero esto ocurrió sólo al principio.

El verano estaba acabando y Audry sentía cada vez más el rigor del trabajo nocturno. La soledad a la que se veía confinada y las constantes discusiones con su madre se le antojaban insoportables. Por eso pidió a su novio, Flann O'Brien, que le hiciera compañía aquella noche; y ahora O'Brien la estaba llamando posiblemente para decirle algo importante.

- ¡Vaya sorpresa! No esperaba que llamaras a esta hora. ¿Qué te cuentas?

- Lo de siempre –dijo Flann. Se notaba cansado—. ¿Alguna novedad?

- Ninguna, salvo que ya puedes venir –la respuesta de Audry lo tomó por sorpresa.



- ¿Tan pronto?

- ¿No era lo que querías? –Flann dejó escapar una sonrisa. Audry permaneció en silencio.

- Verás, Audry, aún es demasiado temprano –la chica lo interrumpió.

- ¿Cómo qué demasiado temprano?

- Todavía es muy pronto. Estoy con mis amigos. Estamos viendo el partido.

- ¿Pero dijiste que vendrías?

- Claro que iré, pero más tarde.

- Repito. Eso no fue lo que dijiste anoche.

- Claro que sí lo dije –Audry respiró hondo. No deseaba iniciar otra pelea, aunque ya estaba enfadada.

- ¡Mentira! ¡Anoche no dijiste nada!

¡Lo pasamos de puta madre en el coche y...! –Hizo una pausa–. ¡Luego me llevaste a casa y quedamos en que hoy vendrías; y ahora dices que no!

- ¡No he dicho eso!

- ¡Entonces soy una puta loca! ¿Eso es lo que quieres decir?

- ¿Vas a dejar que hable?

- ¡Responde!, ¿dime si no dijiste eso? –Flann comenzaba a estar de mal humor. Se había prometido tener paciencia con Audry. Las últimas semanas las cosas habían estado tensas entre ellos. Creía que era una mala racha. Todas las parejas pasaban por etapas parecidas, pero lo de ellos ya era exagerado.

Discutían día sí y día también. Cada intento de reconciliación terminaba en pelea. Audry lo acusaba de ser un mentiroso y de verse con otras chicas. Lo de verse con otras chicas podía perdonarlo, pero odiaba que lo llamaran mentiroso. Y eso no era lo peor; lo peor era que Audry lo sabía.

- Audry –dijo, apelando a la paciencia y con el mejor tono que pudo encontrar–. No sé la razón por la cual me estás diciendo esto, pero te aseguro... –Audry lo interrumpió.

- ¿No sabes por qué digo lo que digo? ¡Te lo diré una vez más: porque eres un mentiroso! –Fue la gota que colmó el vaso. O Brien perdió los

estribos. A partir de ese momento cada uno se esforzaba por gritar más alto que el otro.

- ¡No escuchas cuando hablo, cojones!

- ¡No, no, no, tú eres el que no escuchas cuando hablo! ¡Te dije que era muy importante que vinieras hoy, y eso lo sabes! ¡No sé por qué me haces esto, no lo sé! –Audry se quedó en silencio. Estaba dolida y a punto de romper a llorar. Nunca antes, en los dos años que llevaba siendo la pareja de O'Brien, había visto tan clara la posibilidad de una separación.

La idea de terminar con él la llenaba de ira y de rabia. Una rabia que volcaba

incluso contra sí misma, contra su pareja y en general contra quien se pusiera por delante. Antes habían tenido dificultades, como cualquiera, pero lo de ahora..., lo de ahora escapaba a toda lógica, a toda comprensión humana.

Se conocían lo suficiente como para contarse los secretos más íntimos. Eran capaces de trazar planes juntos y de alcanzar objetivos. Se amaban, o al menos ella lo amaba con tanto ímpetu que no le importaba hacer sacrificios por él. Esos pequeños y constantes sacrificios renovaban su cariño y su amor.

La hacían creer que su relación era sólida como una roca y que siempre

tendría el apoyo de su pareja. Pero ahora, en medio de la tormenta y con los ojos abnegados en lágrimas, se daba cuenta de que había algo más por lo que no se atrevía a decir lo que pensaba.

Sentía miedo. Un miedo inmenso como un lago que estaba agazapado y que seguía ahí, expectante. Flann comenzó a hablar muy despacio:

- Audry, iré esta noche, pero más tarde –Audry seguía sin decir una palabra. Por fin se decidió a hablar.

- ¿A qué hora?

- Cuando termine el partido.

- ¿Eso cuándo es?

- No lo sé. A la una o las dos de la madrugada.

- ¿Eso es lo que vas a hacer?

- Fue en lo que quedamos.

- Está bien, Flann O'Brien.

- ¿Te parece bien?

- Me parece muy bien –Audry iba a

seguir hablando, pero prefirió cerrar la

boca. Era todo cuanto iba a decir. Se

estaba conteniendo para no estallar.

Unos instantes más y lo lograría. Se

callaría la boquita y esperaría

tranquilita en la estación de servicio, a

doce millas de la ciudad, en medio de la

soledad más espantosa, a que su novio

fuera a verla. Pero al final no pudo

aguantarse:

- ¡Queda con tus amigos y pásatelo

en grande, pero si esta noche no vienes a

verme olvídate de una puta vez que tienes novia! –Colgó el teléfono con violencia.

La sensación de soledad y tristeza que la invadió se hizo insoportable. Comenzó a sollozar en silencio. Estaba cansada y dolida. Ni siquiera tenía la certeza de que aún tenía novio; o, para decirlo con otras palabras, su relación con Flann se encontraba en un punto de no retorno peligroso. El teléfono volvió a sonar. Era Flann.

Dudaba entre contestar o no la llamada. ¿Debería hacerlo?, se preguntó. ¿Debería contestar a la llamada, hablar con Flann, arreglar las cosas? Quizá eso es lo que debería haber hecho, pero no



tenía fuerzas suficientes como para hablar otra vez con él.

Extendió la mano para contestar. El teléfono seguía sonando. Estaba indecisa. Tal vez esperaba una señal o un indicio, por pequeño que fuera, de que las cosas iban a cambiar, a ser diferentes a partir de ahora. Nada ocurrió. El teléfono siguió sonando un minuto, tal vez dos. Luego enmudeció, y no se volvió a repetir la llamada.

Audry se reclinó sobre la silla. Quizá esta era la señal que estaba esperando. Que no ocurriera nada, a fin de cuentas, también podía interpretarse como una señal.

Si era una señal, ¿qué significaba?

No estaba segura. Ahora mismo no estaba segura de nada. Quería desaparecer, perderse para siempre en un sitio donde nadie la conociera. Vivir el resto de su vida en el anonimato. Y escapar, escapar de su madre, de sus tías. Incluso de sus amigas.

Todas ellas sabían qué hacer en cada momento y jamás se equivocaban. Siempre lo tenían todo claro. Ella no era así. Sus dudas eran su león, el talón por el que todos la atacaban; y ella estaba cansada de aquella mierda.

Estaba cansada de obedecer a su madre y a sus amigas. Cansada de no saber decidir o de esperar el beneplácito de los demás cuando se

trataba de decisiones que incumbían sólo a ella. En suma, cansada.

Quizá fuera el cansancio, el calor, el resultado de su reflexión o de las emociones tan intensas que estaba viviendo aquel día, lo que motivaron que empezara a llorar nuevamente; esta vez de manera desconsolada y en silencio.

Durante un rato estuvo así. No era dueña de sí misma. Aunque lo deseara, no hubiera sido capaz de parar. Asistía a aquella escena como una espectadora más, aunque era la protagonista. En su fuero más interno observaba su desaliento con sorpresa y se preguntaba cómo había llegado hasta este punto.

Pero sobre todo, se preguntaba qué iba a pasar en el futuro y cómo se comportaría de ahora en adelante. Entonces fue cuando se convenció de que tenía que aprender a tomar sus propias decisiones, aunque ello supusiera cargar con el estigma del fracaso.

Ni siquiera era consciente del proceso a través del cual había llegado a esta conclusión. Fue una certeza que emergió de pronto de lo más profundo de su alma, y ahora, una vez tomada la decisión, la veía como algo natural y se preguntaba cómo es que antes no lo había visto.

Poco a poco se fue tranquilizando.

En cuanto supo lo que tenía que hacer, sintió un alivio tremendo que se tradujo en un sueño placentero y reparador.

# Flan O Brien

- Oye Flann, ¿qué coño haces, tío? –dijo Philip O Connel. Había salido del local a buscar a su amigo. Se había tomado dos copas y estaba contento.

- Terminó en un momento –contestó Flann. El teléfono seguía sonando y nadie contestaba. Philip comenzó a rascarse el culo. Luego eructó—. Dios, que ganas tenía –Flann sonrió.

- ¡Que cerdo eres! –Philip miró a Flann extrañado. Acto seguido soltó un

eructo de proporciones épicas.

- ¿En serio? –dijo con cara de pena.

Los dos se echaron a reír.

- Creo que ha sido suficiente –dijo

Flann. Guardó el teléfono en la cazadora.

- ¿Malas noticias? –preguntó Philip.

- No exactamente –el teléfono de

Flann empezó a sonar en ese momento.

Philip puso mala cara.

- Tío, no irás a cogerlo. Nos están

esperando dos tías buenorras. Deja el

puto teléfono y vamos a divertirnos –

Flann dudaba. Al final decidió contestar.

La llamada no era de Audry, sino de

Ellie Rodger.

- Hola preciosa, cuánto tiempo –

Philip se enfadó.

- Pero qué haces, tío; las chicas van a irse –O Brien le hizo una seña para que se callara. Philip se enfadó aún más.

- ¡Encima quieres que me calle! ¡Putita vida! ¿Sabes lo que voy a hacer?, ¡Voy a irme cagando leches y no me voy a despegar en toda la noche del culo de esas chicas, y tú haz lo que quieras!

Philip se alejó en dirección a la discoteca. Flann lo llamó un par de veces antes de perderlo de vista. Ellie seguía al teléfono.

- ¿Flann, estás ahí?

- Sí, claro. Perdona cielo, ¿qué decías?

- Necesito verte ahora mismo.



- ¿Qué ha pasado?

- Es urgente.

- ¿No puedes esperar a mañana?

- No.

- Está bien. ¿Dónde estás?

- En el parque regional.

- ¡Joder, Ellie, eso está fuera de la ciudad!

- ¡Flann, necesito hablar contigo! ¡Es muy importante!

- ¡Joder! –dijo Flann.

- ¿Qué pasa? –se asustó Ellie.

- ¿Estás embarazada?

- ¡Eres un puto bocazas! ¿Lo sabías?

¿Vas a venir o no?

- ¡Sí voy a ir, joder! Es sólo que... –

Flann guardó silencio. Se presionó las

sienes con la mano izquierda.  
Comenzaba a dolerle la cabeza.

- Flann, ¿qué pasa? –volvió a escuchar la voz a través del teléfono.

- Nada, Ellie, no pasa nada. ¿Dónde quieres que nos veamos?

- Ven al Parque Este. Hay una fiesta. Cuando llegues, me llamas.

- ¿No puede ser en otro sitio? Lo digo porque tardaré bastante en llegar allí. ¿Qué tal en mi casa? –Ellie lo cortó:

- Flann, te dije que teníamos que hablar.

- ¿Y no puede ser en mi casa?

- ¡No! ¿Alguna otra pregunta?

- De momento ninguna. Escucha

Ellie. Quizá podamos vernos en un punto intermedio –La chica lo pensó unos instantes. En realidad, la molestaba sobremanera la insistencia de Flann. Decidió vengarse.

- Está bien, entonces quedamos en la gasolinera de Port Rock –Flann abrió los ojos desmesuradamente. El cambio de Ellie lo había tomado por sorpresa.

- ¡Estás loca!

- ¿Te parece que lo estoy? –Flann comenzó a ponerse nervioso.

- ¡Sabes perfectamente que Audry trabaja ahí!

- Te dije que teníamos que hablar.

- ¡Pero Ellie, por Dios, razona! ¡Existen mil lugares donde podemos

vernos sin...!

- ¿Sin qué? –interrumpió ella. Flann no sabía que decir—. ¡Parece que te has quedado sin palabras!

- Ya sabes lo que hay. No lo hagas más difícil.

- ¡Flann!

- Dime, Ellie.

- Interpretas muy mal el papel de hombre atormentado. Además, pareces poco varonil.

- ¡Pero...! –Ellie no lo dejó continuar.

- Guarda esas energías para después –dijo cortante—. Estoy segura de que te harán falta. Quiero que estés en Port Rock a la una y media –Ellie se disponía

a colgar.

- ¡Un momento!

- ¿Qué?

- Que sea fuera.

- ¿Cómo que fuera?

- Sí, que sea fuera de la gasolinera.

Si luego tengo que hablar con Audry, pues ya entraré, pero primero prefiero verte fuera –Ellie reprimió una risita.

- Como quieras cielo. Tú mandas –y colgó.

Estaba satisfecha con la conversación. Al parecer, las cosas iban encajando. Y de qué manera. Nadie iba a decirle qué hacer con su vida, pero, sobre todo, nadie iba a decirle que su futuro iba a ser una mierda. No señor,

eso nunca.

- ¿Cómo fue? –preguntó Helen.

- Bien, ¿cómo crees que iba a ir?,

bien.

- ¿Qué parte viene ahora?

- George –ambas se miraron.

- ¿Estás segura de que no quieres que vaya contigo?

- Muy segura. No quiero que se ponga nervioso.

- Ellie –dijo Helen seria–, espero que sepas lo que haces.

- Nunca he estado más segura. Los hombres son como niños. Lo único que necesitas es aprender a tratarlos.

- ¿Por qué no lo llamas? –Ellie lo pensó unos instantes.

- No lo creo. Será mejor hablar con él personalmente.

- Ellie, sabes que George no me gusta nada. ¿Por qué no puedo ir contigo?

- Porque lo conozco. Por eso tengo que ir sola. Apenas serán veinte minutos.

Helen acompañó a su amiga hasta el coche. Se dieron un abrazo y le deseó buena suerte. Ellie puso en marcha el motor, sonrió a su amiga y se fue.

Apenas eran las doce. En un cuarto de hora vería a George. Una vez que estuviera todo aclarado, sería libre para hacer lo que le viniera en gana, y eso

básicamente significaba formalizar su relación con Flann.

Desde luego que no se conformaría únicamente con echar el lazo al cuello a Flann. ¡Vamos hombre!, quería formalizar su compromiso a lo grande. Durante unos instantes quedó pensativa. Claro que a alguna gente aquello no iba a hacerle mucha gracia ¿Qué pensaría Audry? La pregunta se deslizó sigilosa, y la mantuvo unos segundos en suspenso.

A la mierda Audry. Flann no la quería. Era un chico joven y caprichoso que necesitaba una mujer a su lado, no una niña. Sacó un cigarrillo de la guantera. Llevaba días dándole vueltas a aquel asunto, y en cierto sentido era lo



que más la molestaba: la reacción de Audry cuando se enterase de que ella, Ellie Rodger, sería la mujer de Flann O'Brien, el primer y gran amor de Audry.

Aquella misma tarde se habían visto. Camino a la ciudad había pasado por Port Rock. A eso de las siete de la tarde. Audry la recibió con entusiasmo.

- Pero Ellie, ¿qué haces aquí?, ¿has venido a verme? –Elli se bajó del coche y fue a abrazarla.

- ¿Qué esperabas?

- Lo mejor, de ti siempre espero lo mejor –dijo Audry.

- ¿Qué tal las cosas?

- Bien.

- ¿Cómo de bien, anda, cuéntame?

- Pues no hay mucho que decir. Últimamente mi vida es como una montaña rusa. Flann no hace más que discutir. A veces tengo la sensación, incluso, de que no me quiere. No sé Ellie, es muy raro. No sé qué voy a hacer.

- Pero ¿te ha dicho algo en concreto? ¿O son sólo suposiciones?

- No me ha dicho nada, pero no sé..., es como si lo sintiera.

- ¿Qué es lo que sientes?

- No sé explicarlo, es una sensación rara. Quizá sea una tontería. Ya sabes, a veces me pone de los nervios. Flann tiene esa capacidad. Tiene la misma capacidad de mi madre. Con solo una

palabra es capaz de agotar mi paciencia.  
De verdad, Ellie, a veces es agotador.

Ellie la miraba mientras fumaba.

- Cielo, ¿puedes ponerme veinte dólares de gasolina? –Audry reaccionó:

- Ah, sí, perdona.

- ¿Y qué piensas hacer? –preguntó Ellie mientras su amiga llenaba el depósito de combustible.

- Pues no lo sé. La verdad es que no lo sé. Supongo que esperar –se encogió de hombros–. ¿Puedo hacer otra cosa? –retiró la manguera para colocarla en su sitio.

- Esperar. A veces las respuestas llegan más rápido de lo pensamos –respondió Ellie.

- Tú, ¿adónde vas?

- Al Parque Este. Hay un concierto esta tarde.

- Sí, ya me enteré.

- Por cierto, tengo tus cosas en el coche.

- ¿No irás a dejármelas ahora?

- ¿No las quieres? –Audry lo pensó unos instantes:

- Puedes quedártelas con una condición.

- Soy todo oídos.

- ¡Que nos veamos mañana! –la respuesta de Audry tomó a Ellie por sorpresa.

- No lo sé, es tu día libre. Supongo que querrás estar con Flann.

- Una amiga es una amiga. Puedo ver a Flann por la tarde. ¿Qué te parece a las doce?

- ¿Dónde?

- En el Wal Mar. Quiero comprar algunas cosillas. Luego comemos juntas. Así nos dará tiempo a hablar.

- Tía, eres una máquina –Ellie la besó en la cara–. Iré, pero también tengo una condición –Audry miraba a su amiga expectante–. Mañana te devuelvo tus cosas. Sólo me quedaré con el fular. Lo guardaré como recuerdo.

- No eres tonta, es un Serapian.

- Exacto –dijo Ellie y la guiñó un ojo. Las dos se echaron a reír. Se despidieron con un abrazo.

Ahora tengo que irme.

- ¿En serio? –susurró Audry.

- No quiero llegar demasiado tarde.

- Diviértete –dijo Audry cuando el

coche se puso en marcha. Ellie le lanzó un beso. Salió a la carretera y tomó rumbo al Parque Este.

Eso era lo último que había hablado con ella, pensaba mientras conducía. Ahora se encontraba en silencio. En parte la molestaba la situación, pero no había sido su culpa. Flann era demasiado hombre para Audry, demasiado. Además, por mucho que quisiera, no podía remediarlo.

Las cosas habían ocurrido de esa manera y ella se había comportado bien.

Durante semanas mantuvo a raya a Flann, pero no pensaba seguir así toda la vida. Por Dios, Flann no estaba nada mal. A cualquier mujer se le mojarían las bragas de placer sólo de verlo.

De hecho, no comprendía qué había visto aquel tipazo de hombre en Audry. Una completa mojigata incapaz de controlar las circunstancias de su vida, con una madre histérica perdida de mucho cuidado.

Disminuyó la velocidad. Dentro de poco llegaría a su destino. Detuvo el coche en un recodo del camino y llamó al móvil de George. Al segundo timbrazo contestó:

- ¿Dónde estás? –George sonaba

furioso.

- Muy cerca. Estoy fuera, en la autopista.

- Entra, estamos en la roca.

- ¿No puedes venir? -George se mantuvo en silencio unos segundos.

- ¿Tienes algún problema en entrar a verme?

- George, tenemos que hablar.

- ¡Ya lo creo que tenemos que hablar! ¿Dónde coño llevas el día entero?

- Pues dónde va a ser, en casa.

- ¡Ellie, Ellie, Ellie, no juegues conmigo! -Ellie escuchó a alguien dirigirse a George, y la respuesta de éste-: ¡Cállate Carl, estoy hablando!



- ¡Ellie! -dijo George-. Lo mejor es que hablemos. Estoy en la roca. Entra y hablaremos.

- ¿Por qué no sales tú?

- ¡No te muevas! –dijo George rabioso. Empezó a andar en dirección a la autopista. La distancia era corta. Quizá ocho o diez minutos. Había que ascender por un camino no muy escarpado.

George iba maldiciendo en voz baja hasta que, por fin, salió a la carretera. Ellie tenía las luces del auto encendidas. Estaba fumando un cigarrillo. George se paró frente al auto.

- ¿No piensas bajarte? –Ellie no lo pensó dos veces. Se bajó del coche y fue

a encontrarse con George.

- ¿Qué pasa, no puedes vivir sin mí?

- ¡Ellie, Ellie, Ellie, te dije que no me tocaras los cojones, pero a ti te da igual! ¡Lo que diga te da lo mismo; no hay manera de que cojas el buen camino! —la chica sonrió.

- George, déjate de jueguecitos. Esto es serio —George la miraba en silencio. Le gustaba aquella hembra. Era joven y bonita, y además estudiaba en la universidad. Nunca en su vida había estado con una mujer que hubiera superado la enseñanza secundaria. Quizá esto era lo que lo fascinaba de ella. Su manera de hablar, de moverse—. ¿Por qué me miras así?

- Estoy esperando.

Para Ellie, aquella era una relación sin importancia. Dos meses antes se habían conocido en un club de carretera llamado Infierno, famoso por acoger a las bandas de motoristas más duras de la región. De él, partía cada año una peregrinación de más de mil moteros cuya meta era recorrer los cincuenta estados de la unión pasándose en grande.

Ellie había ido aquella noche al club en la moto de Ben, uno de sus amigos piltrafa. Lo incorporó al grupo piltrafa cuando Ben fue incapaz de partirle la cara a George y puso pies en polvorosa olvidando su chica, su moto y su orgullo.

La situación de verse codiciada por dos hombres la excitaba. Uno atlético y refinado, con apariencia de tipo malo, pero que en realidad era un metrosexual, o lo que es lo mismo, un perrito faldero; el otro un tío enorme y musculoso, lleno de tatuajes salvajes y un pasado sembrado de locura y testosterona; en suma, el malo de verdad.

La pelea no duró ni veinte segundos. Terminó cuando Ben, su amiguito piltrafa, le dijo a George delante de toda la panda de moteros que no le tenía miedo. A ninguno de esos putos jodidos lameculos le tenía ningún miedo. Rompió la botella de cerveza contra la mesa, con tan mala suerte que un

fragmento de vidrio se encajó en la palma de su mano.

La sangre empezó a manar. Primero con lentitud, luego en abundancia. Ben casi se desmaya al ver brotar la sangre. Todavía hizo un último esfuerzo antes de esfumarse.

- ¡Volveré, tíos, os lo juro! ¡Volveré y lo van a pagar caro! ¡Lo juro! –besó la cruz que llevaba en el cuello y desapareció. Un par de moteros lo siguieron a toda prisa para asegurarse de que dejara las llaves de la moto. Era una Harley Davidson custom center del setenta y nueve, con alforjas de cuero especial victory y asiento tras fxs, nada despreciable.

George, su lugarteniente Carl y el resto de los chicos se mantenían en silencio. Ninguno se molestó en salirle al paso a Ben cuando tuvo el exabrupto. De hecho, ninguno de ellos entendía por qué se había molestado.

George no hacía nada del otro mundo. Al intentar seducir a Ellie, simplemente jugaba su papel, el mismo papel de siempre. Antes de que Ben rompiera la botella, lo había interrumpido para decirle que dejara a su novia. George lo miró de arriba abajo. El chico era bastante alto para su edad, y debía tener unos veinticuatro o veinticinco años.

- ¿Qué haga qué? –contestó George.

- ¡He dicho que dejes a mi chica en paz! –el tono de voz de Ben sonaba amenazador. George sonrió.

- Ten cuidado con esa botella, chico, puede que se te rompa entre las manos. Aquella indicación sentó muy mal a Ben, quien se dejó llevar por el impulso y rompió la botella de mala manera.

Lejos de conseguir su objetivo, lo que hizo fue convertirse en el hazmerreír del bar. Todos reían a pierna suelta. Incluida Ellie, quien sentía una especie de fascinación por la experiencia que estaba viviendo.

- ¿Ese es tu novio? –preguntó George cuando Ben se hubo marchado. Ellie negó con la cabeza.

- Ya me parecía a mí que no.

- ¿Por qué no?

- ¿De verdad quieres que te lo diga?

—Ellie intentaba disimular su interés. Aquello era nuevo para ella. El ambiente del bar, la indumentaria de George y sus amigos y, en general, la situación que se había creado, ejercía una especie de subyugación sobre ella de la que no se podía desprender; pero por encima de todas las cosas, la actitud varonil de George le parecía tan exótica y salvaje, que la había puesto cachonda desde el primer momento en que lo vio.

Lo que sucedió a partir de ese momento ya era cosa del pasado, pensó Ellie mientras miraba a George en



silencio ante ella: el sexo duro y desenfrenado, su coqueteo con las drogas, las noches en vela aullando por la carretera, seguidos por una veintena de moteros envueltos en llamas, todos locos, libres de reglas, ebrios de euforia, poder y libertad.

Había sido una época hermosa: pero, como todo lo bueno, tenía que acabar algún día. George, en cambio, no lo tenía tan claro. Aquella chica había marcado un antes y un después en su vida. Nunca hubiera imaginado que la relación iba a encaminarse por aquellos derroteros.

Lo que comenzó como una aventura, amenazaba con transformarse en algo

extraño y desconocido para él. Ese algo era tan grande y tan fuerte que lo hacía pensar antes de atreverse a decir una palabra. Si bien es cierto que ante la banda de moteros seguía tratándola con la misma brusquedad de siempre, en la intimidad, sin embargo, se había convertido en un hombre tierno y cariñoso dispuesto a complacer las excentricidades más absurdas de Ellie, quien no daba tregua a su paciencia.

En cuanto conseguía una pequeña victoria con George, comenzaba a trazarse un nuevo objetivo, siempre diferente, siempre más arriesgado que el anterior, más exigente..., como apartarse de sus amigos durante un tiempo.

Luego venía una pelea. Cuando se trataba de mostrar fuerza, George siempre era cruel. La humillaba sin miramientos: para él, darle una paliza no significaba nada. Ellie tampoco se echaba atrás. Era capaz de enzarzarse a golpes en una pelea con George para demostrar su valor.

Por eso la admiraban los moteros y por eso la quería George. Ellie era una fuera de serie, y así lo entendía él, pero durante las últimas semanas las cosas no marchaban.

Ellie cada vez se reunía menos con él; y ahora estaba allí, esa noche. Con cara de tener algo muy importante que decirle. Por primera vez en su vida,

George tuvo miedo.

Ellie encendió un cigarrillo. George seguía sin decir una palabra.

- Escucha, George, sé que hemos pasado tiempos muy buenos juntos —el corazón le dio un vuelco a George. Ellie siguió hablando. Deseaba marcharse cuanto antes de aquel sitio, así que fue clara y directa—: Lo nuestro terminó, George. Lo siento mucho, pero es así.

Aunque George se olía la ruptura, no prestó demasiada importancia a estas palabras. De hecho, estaba convencido de que al final tendría la capacidad de arreglar las cosas. No estaba acostumbrado a que las chicas pasaran de él así sin más, como si fuera un trozo

de pan viejo y mohoso.

Al principio se irritó mucho. Sentía un nudo en medio del pecho que no lo dejaba respirar. Sus sentimientos y sus emociones eran contradictorios. Por un lado, estaba atrapado por la pena, un vacío inmenso cuyo rasgo más significativo era el dolor. Un dolor profundo y temible del que no era capaz de liberarse. Por otro, la gigantesca fuerza de su orgullo.

La sensación de opresión lo asfixiaba. Nunca se había visto en semejante situación. Hubiera dado lo que fuera por que Ellie reconsiderara su decisión, y eso fue lo que intentó durante los siguientes minutos. Su amor

era más grande que el orgullo; o, lo que es lo mismo, esa noche se estaba jugando una partida extraordinaria, quizá la más importante de su vida. Estaba dispuesto, incluso, a dejar la banda y sentar la cabeza. El sueño de cualquier chica dura hecho realidad. La redención del ángel caído.

Ni siquiera supo cómo salieron de su boca esas palabras. Pero las había dicho, y estaba allí, en aquel sitio. Deseando que le dieran una oportunidad; porque sólo quería eso, una puta oportunidad para demostrar que también era bueno. La gente se había pasado la vida señalando todo el mal que había hecho; pues bien, quizá había llegado el

momento de demostrarles que también era capaz de construir cosas buenas y hermosas.

El discurso de George tomó por sorpresa a Ellie. Aquella propuesta la dejó boquiabierta. En la vida se hubiera imaginado un giro tan radical. Siempre había tenido a George por un hombre rudo, amante de la vida nómada, del peligro que ofrece la carretera y del hecho de ser el líder de unas de las bandas de moteros más famosas del país por su crueldad.

Sin embargo, al sopesar la propuesta de George, la idea no dejaba de parecerle atractiva. Al fin tenía aquello por lo que tanto había luchado: la

sumisión incondicional de George a ella, una chica de apenas veinticuatro años.

Ellie no lo sabía, pero la propia revelación de amor por parte de George descartaba por completo cualquier posibilidad de analizar seriamente su propuesta. Ellie simplemente era así, deseaba aquello que era inalcanzable.

Era el tipo de persona que no escatimaba esfuerzos para conseguir sus objetivos. No importaba cuáles fueran estos. Cuanto más arriesgados y difíciles, más grande era su satisfacción.

Se entregaba a la tarea como si fuera la única cosa que existiera en su vida. Cuando fracasaba, redoblaba sus



esfuerzos. Insistía una y otra vez sin perder el ímpetu. Así podía estar mucho tiempo, desde días hasta meses.

Su voluntad era inquebrantable, y se valía de todos los recursos posibles para alcanzar su diana; pero una vez conseguida esta, perdía todo interés. Claro que no era un proceso de un día para otro; el cambio se producía de manera paulatina; a veces ni siquiera se daba cuenta de que sus prioridades habían cambiado, pero cuando era consciente de la nueva situación, volvía grupas y otra vez comenzaba a buscar un nuevo juego, un nuevo reto que satisficiera su sed de poder. Porque al final se trataba de eso, de imponer su

voluntad costara lo que costara, de que los demás cumplieran sus deseos; y eso implicaba poder.

George había sido un reto ambicioso; se había probado en uno de los lances más arriesgados de su vida y había vencido. Saboreaba la victoria con alegría. George seguía allí, en medio de la noche, esperando que ella respondiera. En vez de contestar, Ellie esbozo una sonrisa que George interpretó erróneamente.

La sonrisa de Ellie no significaba que estaba de acuerdo con su propuesta; de hecho, Ellie estaba a mil millas de empatizar con George, porque lo único que venía a su cabeza era que lo había

conseguido, había conseguido dominar a aquel hombre rudo de cuarenta años, curtido en la escuela de la vida y poseedor de una de las peores reputaciones como delincuente del país.

Lo tenía en sus manos. Esto era lo único que importaba ahora, pensó Ellie. Y este fue su primer error. El segundo error fue dejar que su rostro mostrara lo que estaba pasando por su cabeza.

El silencio de Ellie y su sonrisa a medio esbozar pusieron nervioso a George, e hicieron que éste se volviera suspicaz.

Reconoció, en ese instante, un gesto casi imperceptible en la joven que lo hizo dudar de la sinceridad de Ellie. Fue

sólo un segundo, pero bastó para ponerlo en guardia. Aunque no iba a servirle de mucho, porque entonces recibió un golpe en la nuca.

El dolor lo hizo arrodillarse. Todavía le quedaron fuerzas para volverse. Su agresor era un hombre alto y fornido. Iba vestido de negro y usaba una máscara de demonio. Los gritos de Ellie la hacían parecer una loca con un ataque de nervios.

El desconocido con la máscara de demonio se acercó a George y le hizo un guiño antes de volver a atacarlo. Ellie intervino a tiempo para librarlo de un golpe mortal que hubiera acabado con su vida. El agresor, entonces, se abalanzó

contra Ellie. Lejos de amilanarse, la joven se defendió con uñas y dientes. Se entabló una pelea cuerpo a cuerpo en la que Ellie, casi desde el inicio, comenzó a ganar terreno.

No podía competir, en cuanto a fuerza, con su oponente, pero, por alguna razón, éste no se empleaba a fondo. Aún así, Ellie sabía que no podía hacer mucho más para dominarlo. En un arranque de cólera, le clavó las uñas en los ojos. El diablo dio un grito y le propinó un mazazo en pleno rostro que la hizo caer en redondo.

El cuerpo cayó a tierra. Un reguero de sangre comenzó a manar de la cabeza de Ellie. George observaba todo aquello

sin comprender lo que estaba ocurriendo. ¡Quién cojones era aquel pirado y cómo había llegado hasta allí! Lo último que vio antes de quedar inconsciente fue el rostro del diablo, quien, conmocionado, se quitó la máscara. George no podía creerlo: era Ben.

¡Mierda!, pensó Ben cuando Ellie cayó al suelo. Aquello había sido un accidente. Se arrodilló a su lado. La joven respiraba. El corte que tenía en la cabeza no era profundo. Durante unos instantes dudó en cuanto a lo que debía hacer ahora. Los pasos de varias personas que iban a su encuentro lo sacaron de su ensimismamiento.

- ¿Qué ha pasado? –dijo uno de los enmascarados. Detrás de él había otros dos hombres. Todos enmascarados y con barras de acero. Ben levantó los ojos.

- ¿Acaso no lo ves?, un accidente. ¿Dónde están los demás?

- Vigilando al amiguito de éste –el enmascarado señaló a George—. Tiene una pegada de acero el muy cabrón. Pero le dimos una buena. Estará inconsciente un buen rato.

- Bien, inmoviliza a George y llévenlos a la roca. Dentro de nada empezará la diversión.

- Perfecto.





# Ben

Ben salió del bar con un humor de mil demonios, pero fuera su sorpresa fue aún mayor. Dos cabronazos de mucho cuidado lo estaban esperando.

- ¿Qué quieren? –los tíos silbaban.

- Las llaves de la moto.

- ¿Cómo que las llaves? –el cabronazo uno desenvolvió una cadena. Parecía dispuesto a usarla.

- ¿Te quieres resistir, perra? –el cabronazo dos comenzó a reír.

- No le partas el cuello Alt. Queremos que sea nuestra perra –Ben tragó saliva antes de arrojar las llaves al suelo. El cabronazo uno lo miró con cara de pocos amigos.

- Eso es, perrita. Mejor así –luego añadió:

- ¿Le perdonamos la mala educación?

- Por supuesto que sí. ¿Qué fiasco? –dijo el cabronazo dos a Alt mientras iban a inspeccionar la moto de Ben—. Ya no fabrican hombres como antes. Mira que perder la moto así como así. Ni siquiera peleó, tío. ¿Puedes creerlo?

- Ya te lo dije. Me debes veinte dólares.

- Hoy en día ya no hacen hombres como nosotros.

- El mundo está podrido, tío –Alt escupió.

- ¡Pero nosotros tenemos una moto nueva! –ambos comenzaron a reír.

Ben se quedó boquiabierto. Si hubiera tenido un arma, seguramente la habría usado para darles una lección a aquellos cabrones.

Al día siguiente no dejaba de darle vueltas a aquel asunto. La facultad se encontraba prácticamente desierta. La mayoría de los estudiantes volverían el lunes. Dempsey llegó en aquel momento.

-¿Qué te cuentas, tío? –Ben no contestó—. ¿Qué te pasa?

- ¡Una mierda! ¡Una puta mierda! –

Ben contó la historia con ligeras variaciones. No se había cortado al romper la botella contra la mesa, sino evitando las cuchilladas de los moteros.

La moto se la quitaron después de pelearse con cinco de ellos y propinar una paliza bestial a dos, pero cinco eran demasiado.

- Esto no va a gustarle nada a Ralf.

- ¡Ralf me importa un carajo! ¡Es a mí a quien no tiene que gustarle, y no me gusta nada!

- ¿Cómo tienes la mano?

- ¡Bien! ¡No ha sido nada! ¡Es una herida de mierda! ¡Ni siquiera tengo esa justificación! –Dempsey observó la

mano unos instantes. Tenía un vendaje sencillo que era necesario cambiar a diario.

- ¿Quién te puso la venda?

- La enfermera de la universidad.

- Es una mierda lo que enseñan a las enfermeras de aquí. Mejor deja la herida al aire libre. Sanará más pronto.

- ¿Tienes un cigarro? –preguntó Ben.

- Te lo debo, tío. Pero ahí llega Ralf; quizá él tenga –Ralf entró en la residencia de estudiantes y subió al segundo piso. En cuanto se vieron, comenzaron a chillar.

- ¡Familia! –Ralf los abrazó—. Ustedes sí que son mi familia.

- No lo dudes, Ralf, no lo dudes –Se dieron un beso en la cara.

- ¿Tienes un cigarro?

- Por supuesto –Ralf le dio un cigarro a Ben.

- ¿Qué te pasa en la mano?

- No te lo vas a creer –dijo Dempsey–. Fue George.

- ¿Qué George?

- ¡El puto George de Los Mirlos!

- ¡No jodas!

- Al final, tendremos que hacer algo con ellos. No los soporto más –agregó Ben–. Me ponen enfermo.

- ¡Cuenta conmigo, tío! –dijo Ralf.

- Les tengo tantas ganas como tú.

- Y yo –soltó Dempsey.

- Deberíamos ir ahora mismo y partirles la cara.

- Tranquilos, chicos, tranquilos. Antes tenemos que pensar muy bien las cosas. No quiero cabos sueltos. Pero el castigo será ejemplar.

- ¡Deberíamos tener una reunión hoy mismo! –dijo Ralf.

- Henry debe estar por llegar. Me dijo que caería sobre el mediodía.

- ¿Estás seguro?

- Completamente. Pero vamos, podemos llamarlo.

- Sí, eso será mejor. Es buen día para ir a ver al loco.

- ¿Alguien sabe dónde vive ahora?

- Seguro que Henry sabe –dijo Ralf.

- Pues llámale. No quiero perder más tiempo –Ralf marcó un número de teléfono. Dempsay reflexionaba. Del otro lado de la línea contestaron:

- ¡Qué pasa, colega!, ¿todo bien?

- De puta madre. ¿Qué tal las cosas con tus viejos?

- Regular. Cualquier día me largo de una puta vez y no vuelven a verme en la vida.

- Te lo tomas demasiado a pecho, Henry. Ya sabes cómo son los padres.

- Unos plastas. Lo que son es unos plastas. Bueno, colega, no llamaste para preguntarme por los viejos. ¿Qué tal?, ¿cómo va todo?

- Pues mal.



- ¿Cómo que mal?

- Al final pasó lo que dijimos.

- ¿El hijo de puta de Roger suspendió a Dempsey?

- No, que va. Ese, con el arreglito que le hicimos tuvo bastante. Se trata de algo más serio –Ralf tomó aire antes de proseguir–. Se trata de los Mirlos. Ben ha tenido un problema gordo con ellos. Tuvieron una pelea y le quitaron la moto. Eso sin contar que se las agenciaron para quedarse con Ellie.

- ¡No me jodas, tío! ¡Esos hijos de puta! ¡Hay que darles una lección!

- Mejor que eso: hay que hacerlos desaparecer del mapa.

- ¿Pero cómo?, ¡son demasiados!

- No lo sé, tío, pero hay que hacerlo. Ben está que se sube por las paredes. Yo creo que si consigue un arma es capaz de montar una grande, tipo la matanza de Waco.

-Tú dirás tipo la matanza de Sandy Hook.

- Es igual. El caso es que necesitamos hablar con el loco. ¿Sabes dónde está ahora?

- En la cueva.

- ¿Estás seguro?

- Claro que sí.

- Bien, nos vemos allí entonces.

- Sí claro. Estoy de camino a la universidad, pero mejor me desvíó y voy directo a la cueva.

- Ok –Ralf colgó.

- Está en la cueva –dijo a sus compañeros.

- Estupendo. Nos vamos allá –dijo Ben–. Esto no se va a quedar así.

- ¿Tu qué crees, Henry? –preguntó Ben. Llevaban desde el mediodía en la cueva. Así llamaban a un pequeño apartamento que había alquilado el loco en un motel de carretera, a medio camino entre la universidad y Ginburk.

El motel era un tugurio de mala muerte habitado por prostitutas, maleantes y delincuentes. Lo regentaba Molly, una de las mejores estafadoras del condado, que decidió retirarse a los cincuenta años y montar un pequeño

negocio junto al amor de su vida.

Ahora era una mujer solitaria y amargada que bebía demasiado. El amor de su vida se largó a los cuatro meses con todo el dinero que pudo reunir. Desde entonces, el carácter de Molly se volvió taciturno y huraño.

Era inflexible con el pago del alquiler y siempre cobraba por adelantado. Esa había sido su vida durante los últimos diez años. Siempre se lamentaba de los impuestos y de los vagabundos que venían a pedir su caridad, pero ella los echaba. No quería tratos con nadie. No le importaba nada. Sólo el dinero.

La policía consideraba que el motel

era el peor asentamiento de bandidos del condado. Tras una redada, encontraron armamento suficiente como para equipar un pequeño ejército. Por supuesto que nunca atraparon a nadie; los bandidos fueron demasiado rápidos.

Molly, desde luego, no tenía ni idea, y puso el grito en el cielo cuando la policía habló de cerrar el negocio. “¡Una polla es lo que van a cerrar!”, gruñó la vieja mientras se movía airada, de un lado a otro.

El loco había escogido aquel sitio para establecer su campamento porque era una leyenda. Algunos de los atracos más increíbles del país se habían planificado en aquellas habitaciones. Y

siendo sinceros, en los dos meses que llevaba allí, sus habilidades como hombre de la calle habían aumentado notablemente.

- ¿Que si creo qué? ¿Qué debo creer sobre qué? –Ben miró a Henry.

- ¡Tío, no puedes fumar! ¡En cuanto te fumas medio porro empiezas a decir chorradas!

- ¡Tu puta madre!

- ¡Anda y que te den por culo, mamonazo, y pásame el puto cigarro, joder, que parece como si quisieras tragártelo tú solo! –El loco entró a la habitación en ese momento. Llevaba una botella de whisky y seis vasos.

- ¿Para quién es el vaso que sobra?

-dijo Ralf.

- Para Cindy.

- ¿Esa quién es?

- Es mi chica.

-¿Tienes una chica nueva?

- ¡Y qué te pensabas, que iba a estar toda la vida esperando a la calentapollas de Susan!

El loco repartió los vasos con whisky entre los asistentes. La habitación era pequeña, pero confortable. Estaba cerrada a cal y canto. El humo estaba concentrado e iba de un lado a otro hasta deshacerse.

Los principales muebles eran: dos sofás bastante grandes, que quedaban uno frente al otro, una butaca raída y

varios cojines dispersos por el suelo, sobre los que solían sentarse las chicas; pero hoy no había chicas con ellos, al menos de momento.

- Henry –insistió Ben–, ¿pregunté tu opinión?

- Oye, Ben, eres un pesado –Ben se removió en su butaca.

- Pesado o no, vas a decirme lo que quiero escuchar.

- ¿Qué quieres escuchar? A ver –Ben se incorporó en la butaca.

- ¿Quiero que me des tu opinión sobre lo que vamos a hacer?

- Pues qué quieres que te diga, tío, mis viejos son un coñazo, un puto coñazo. No los soporto más, de verdad



–dio una calada al cigarro y pasó el porro a Ralf–. Ojalá tuviera los huevos del loco, ojalá.

- El loco únicamente se adelantó a lo que pensamos hacer.

- Pues mira, le puso huevos –agregó Ralf.

- Hace falta mucho más que huevos, Ralf; hacen falta cabeza, inteligencia y... –permaneció en silencio antes de soltar la última frase–: Los huevos tienes que tenerlos duros.

- ¡Eso! –gritaron a coro.

– Sí tío, sí. Así se habla –susurró Dempsey.

- Pero eso también lo hizo el loco. Es el tipo con los huevos más duros que

jamás he visto –dijo Henry.

- ¡Tonterías! –se apresuró a decir Ben–. ¿Recuerdas cuando estábamos entrenando el año pasado en el campo de fútbol y el nuevo no paraba de jodernos vivos?

- Oh, sí. Sí que lo recuerdo –dijo Henry–. Fue increíble.

- ¡Eso sí es tener huevos! Había lesionado a dos jugadores, a dos. Benson y Stuar, que no son precisamente ligeros.

- Son unos putos animales –aclaró Dempsey.

- Sí, son unos putos animales –repitió Ralf. Ben los miró.

- Ustedes parecen dos jodidos

hermanos, siempre diciendo lo mismo; primero uno, luego el otro. Pero sigamos. Hablaba de tener huevos, y ese tío era un tipo duro; y ¿quién le fue arriba? ¿Quién fue el único que le fue arriba a aquel cabronazo y le jodió el tobillo? ¡Yo!

- ¡Sí, es cierto! –reconocieron Henry y Dempsey.

- ¿El tipo no quiso seguir jugando después de aquello? –preguntó el loco, aunque conocía muy bien la respuesta.

- ¡Cómo va a seguir jugando si le fracturé el puto tobillo!

- Quiero decir después, Ben. ¿Nunca más jugó? –Ben echó un vistazo al loco. Durante unos instantes se miraron en

silencio, hasta que Ben volvió a hablar:

- ¡Escuchen todos! ¡Cuando pregunto qué les parece lo que vamos a hacer, es porque sé que allá fuera hay una panda de hijos de putas descerebrados que se van a encargar de decirles lo mal que lo estamos haciendo! ¡No me miren con esa cara, porque estoy harto de tragarme los sermoncitos del rector, del vicerrector, del tutor y hasta de la madre que me parió! –Ben permaneció en silencio–. ¡Si queremos hacer algo, tenemos que hacer algo grande, algo serio! ¡Algo que haga que esos capullos chupatintas que dejan a su mujer meterles el dedo en el culo, y que ni siquiera son capaces de chuparles el coño como Dios manda,

reconozcan nuestro talento!

- ¿Qué quieres decir, Ben? –dijo el loco.

- Quiero decir que tenemos que fundar una hermandad en condiciones! ¡Quiero decir que no quiero pasarme el resto de la vida metido en una oficina de mierda, trabajando no se sabe cuántas horas! ¿Para qué? ¿Para ganar doscientos mil al año, medio millón, un millón! ¿Y luego qué? ¿Qué voy a hacer con ese dinero si no voy a tener tiempo para gastarlo? ¿No lo ven?, ¡es una trampa, una puta trampa! ¡Hay que vivir el aquí, el ahora! ¡A la mierda todo lo demás!

- Eso lo vemos todos, Ben –dijo

Dempsey—, pero la universidad es una buena inversión.

- ¡A la mierda la universidad! ¡Piensa en grande, piensa en los tipos que han sido de verdad grandes! ¡Ninguno llegó a la universidad, o peor, no fueron buenos estudiando! ¡Edison, Pascal, Einstein, Benjamín Franklin!

- ¡Pero esos son buenos chicos! — dijo el loco. Ben lo enfocó con una de sus miradas poco amistosas. Comenzaba a perder la paciencia.

- ¡Joseph Kennedy, Meyer Lansky, Antony Salermo!... —titubeó unos instantes—. ¡Jordan Belfort! ¡Ahí tienes a los malos!

- ¿Quién demonios es ese? —preguntó

Henry.

- ¡El lobo de Wall Street! –un murmullo de aprobación recorrió la estancia–. ¿Lo ven, ahora lo ven?

- ¡Yo sí lo veo! –dijo Dempsay–. ¡Estoy cansado de esta mierda! ¡Mi padre no sabe más que darme órdenes! ¡Que sí haz esto así, que si haz aquello! ¡Que le den por culo! ¡El tipo se desloma cada día durante catorce horas para darme una educación decente, dice! ¡Que le den, no pienso vivir así!

- ¡Ese es el espíritu! ¡Nadie, absolutamente nadie tiene derecho a decirnos lo que tenemos que hacer! ¿Saben por qué?, ¿alguien sabe por qué? ¿Nadie lo adivina? ¡Esto que voy a

decirles es transcendental! –Ben se quedó en silencio y miró, uno por uno, los rostros de sus amigos. La expectación generada fue interrumpida por un sonoro pedo del loco. La carcajada fue general.

Ben se puso rabioso. Estaba que se subía por las paredes. Los demás reían a más no poder. La puerta principal de la casa se abrió. Una chica rubia, de no más de veintidós años, asomó la cabeza. Tenía el pelo muy corto. Era Cindy.

- ¡Vaya risas! –dijo alegre–. ¡Qué celebramos! –el loco la recibió con un beso en los labios.

- Hola cielo. Estamos celebrando la creación de la hermandad.



- Una hermandad, eso sueña muy loco.

- Y lo es –sonrió El loco. Ben aprovechó para tomar las riendas de la situación.

-Me alegra que lo vean de esa manera –Ben prefirió guardar la rabia para otro momento–. Pero necesitamos seriedad.

- Eso es, seriedad –interrumpió El loco.

- ¡Puedes callarte de una puta vez! –gritó Ben. El loco fue a sentarse en una butaca.

- Por supuesto que sí, Ben. Te tomas las cosas demasiado a pecho. Paz hermano, paz –El loco atrajo a su chica

hacia sí y prestó atención a Ben.

- Lo que voy a decirles es muy sencillo. No pienso conformarme con esta mierda de vida, y creo que ustedes tampoco deberían hacerlo. Si quieren destacar, si quieren hacer algo grande, hay que pensar en grande.

- ¿Y qué propones? –dijo Demsey.

- Tenemos que atacar. Hay que dar un golpe. Necesitamos que nos respeten. Todo empieza por el respeto.

- En la universidad ya nos respetan. Nadie se atreve a echarnos de ella.

- Eso no es respeto, Henry. Eso es miedo. El respeto vendrá cuando hagamos algo grande, algo que sea digno de nosotros.

- ¿Y qué propones?

- No tengo ni idea, pero tenemos que encontrar una forma, un modo. De eso se trata.

- Se me acaba de ocurrir una muy buena idea –dijo El Loco–. Ahora hay que ver si tenemos huevos para ponerla en práctica –Ben puso mala cara. Hizo acopio de paciencia.

- Cuéntanos tu idea para acabar con los Mirlos; estamos ansiosos por oírla.

- Esto les va a encantar. Es algo muy loco –todos se echaron a reír, menos Ben.

# La revancha

Cuando George despertó, los diablos llevaban un rato trabajando. Lo habían atado a un árbol, no muy lejos del claro. Desde donde estaba, podía oír sus risas y el golpeteo de un martillo contra la madera, que se repetía sin cesar.

A su lado estaba Carl con la cabeza caída sobre el vientre. Los troncos de los árboles impedían que pudiera ver los movimientos de sus enemigos. No

paraban de moverse.

En vano trató de desasirse de las cuerdas. Habían hecho un nudo corredizo. Cuanta más fuerza invertía en desatarlo, mayor era la presión que ejercía sobre las muñecas.

La cuerda era fina, pero muy resistente. Jamás podría quebrarla. Hizo el esfuerzo por levantarse y el dolor lo paralizó. Uno de los diablos apareció ante él. Durante unos instantes se miraron.

El diablo tenía una máscara que ocultaba sólo el entorno de los ojos. Hubiera jurado que sus rasgos simulaban los de un fauno. ¡Un maldito fauno!, pensó George. El diablo sonrió.

- ¡Eh chicos, adivinen quién despertó! –enseguida acudieron los otros. Eran cinco en total. Uno de ellos debía de ser el carpintero, porque los martillazos cesaron cuando los tuvo delante.

- Se ve bien, tíos –dijo uno.

- Demasiado bien –soltó otro.

- Así es mejor –acotó Ben. Se había quedado rezagado. Al hablar, se puso enfrente de la tropa. Ahora George podía verlos. Ben tenía una máscara pintada de negro y rojo. El siguiente, a su derecha, usaba una máscara con rasgos aindiados. Había un tercero y un cuarto, cuyos disfraces no diferían mucho entre sí; los llamaban Beztse y

Asrael. El quinto era el fauno.

- Y bien –dijo Ben–. ¿Por dónde quieres empezar? –George los miraba en silencio–. ¿No estás muy hablador esta noche?

- La que le va a caer –escuchó Ben murmurar al fauno.

- ¿Qué tal unos latigazos? –Ben se agachó hasta ponerse a la altura del prisionero. ¿Cómo los quieres George, crudos –enseñó una fusta cuyas terminaciones eran pequeñas puntas de acero afiladas– o revueltos? –el que tenía la máscara de fauno desenrolló un látigo tradicional y lo hizo restallar sobre la hierba. El sonido del látigo rasgó el silencio de la noche.

Los diablos no perdían detalle del rostro de George. Sobre todo, les interesaba su reacción, pero este permanecía en calma. Sólo los miraba una y otra vez, en silencio, como si a fuerza de acumular rabia pudiera matarlos a todos.

- ¡Lo ven, es un chico duro! –Ben se levantó—. ¡Veremos cuán duro eres! –Ben hizo una seña al diablo aindiado, quien desapareció para volver con Ellie. Ben dio otra orden. Esta vez en voz baja. Asrael se ausentó unos instantes. De inmediato, una melodía comenzó a rasgar el silencio y la oscuridad fue disuelta por dos potentes reflectores que iluminaron la explanada.



- ¿Lo recuerdas, Ellie? –Ben la agarró del brazo–, ¡dime si lo recuerdas! –Gritó. La canción era de Guns N Roses. Ben tarareaba fragmentos cerca de la oreja de la chica. El resto de diablos también tarareaba fragmentos.

Bienvenida a la jungla

Tenemos diversión y juegos

Tenemos todo lo que quieres

Cariño, sabemos los nombres

Somos gente que puede encontrar

Lo que sea que necesites

Bienvenida a la jungla

Siente mi, mi, mi serpentina

Yo, yo quiero escucharte gritar

Bienvenida a la jungla

Se pone peor cada día  
Aprende a vivir como un animal  
En la jungla donde jugamos  
Si tienes hambre de lo que ves  
Lo tomarás eventualmente  
Puedes tener todo lo que quieras  
Pero mejor lo tomas de mí

Y cuando llegaste alto nunca  
Jamás querrás bajar, SI!  
Sabes dónde estás  
Estás en la jungla nena  
Vas a morir  
En la jungla

La canción parecía haber vuelto locos a todos; especialmente a Ben, quien estaba fuera de sí. El baile, los

gritos de los diablos y las amenazas que realizaban con los puños a los prisioneros, convertían aquella escena en una situación extraña y grotesca.

Los diablos siguieron danzando durante un rato. La euforia no tenía fin. Ellie estaba en el suelo. Miraba horrorizada lo que sea que estuvieran haciendo aquellos imbéciles. Al principio, cuando recobró la conciencia, todavía conservaba un poco de orgullo y ganas de pelear, pero ahora tenía dolor de cabeza y la boca reseca; pero, sobre todo, estaba aterrorizada.

El miedo recorría su espinazo y la hacía temblar como una hoja de papel. Ben puso la mano derecha sobre la

espalda de la joven y empezó a acariciarla.

- ¿Tienes miedo, cielo? –gritó para que lo pudiera oír. La chica estaba paralizada. No sabía qué contestar.

- ¡Responde! –Ellie tenía los ojos como platos. Lo miraba atentamente. Ben la golpeó en el rostro. La violencia del ataque la hizo dar una vuelta y caer bocarriba, sobre la hierba. Ben hizo una seña a Asrael, y éste le arrancó la falda.

- ¡Esto es lo que le pasa a las putas! ¡Adelante, chicos, a divertirse! –dos de los diablos, Asrael y Betze, cayeron sobre Ellie. Uno la sostenía mientras el otro terminaba de arrancarle las ropas. La chica se removía a uno y otro lado.

Entonces Ben hizo algo que dejó a todos perplejos. Sacó un cuchillo enorme y lo colocó bajo el cuello de Ellie.

- ¡Adelante, nena, muévete ahora! – hizo una seña a Asrael para que continuara su trabajo. Ellie se había quedado quieta. Sus ojos parecían los de un animal herido en busca de refugio. Sintió que le abrían de piernas y un tirón enorme que le hizo daño, pero no se movió.

Lloraba en silencio mientras los hombres se turnaban. A veces se le escapaba un gemido de dolor. Entonces Ben la miraba y Ellie bajaba los ojos como si pidiera perdón. Estaba desesperada, a punto de desmayarse... y

eso fue lo que ocurrió.

Llegado el terror a su punto máximo, se deshizo de tal modo que Ben temió por su vida. Sin embargo, había sido lo suficientemente rápido como para apartar el cuchillo sin cortarle el cuello.

Hasta ese momento, George se había mantenido tranquilo. Conservaba suficiente sangre fría como para acabar con aquellos estúpidos a la menor oportunidad, pero ver caer a Ellie de aquella forma fue demasiado.

Llevado por la ira, dio un tirón a la cuerda acompañado de un grito que tomó por sorpresa a sus atacantes. Betzie, que se encontraba a su lado, dio un salto tremendo. Acabó provocando

las carcajadas de sus compañeros.

- ¿Qué pasa, Betzie, tienes miedo a la fiera? –dijo el diablo aindiado—. ¡Por Dios, hombre, está atado y bien atado! – el diablo aindiado se acercó. De una patada en el rostro, dejó a George inconsciente.

- ¿Lo ves?, por mucho que lo intente no podrá soltarse.

Llegados a este punto, Ben consideró que la chica había recibido suficiente castigo. El fauno seguía sobre ella, aunque la joven se encontraba inconsciente.

- ¡Ya basta! –dijo Ben—. ¡Chicos, llevad a los condenados! ¡Ha llegado la hora!

-¡Sííí! –gritaron al unísono antes de abalanzarse como buitres sobre George y Carl. Los reanimaron con una garrafa de agua antes de conducirlos a la explanada. Carl despertó aterrorizado. Había perdido la noción del tiempo y no sabía dónde se encontraba. Despertar allí y verse rodeado de aquellos hombres con máscaras de diablos, lo puso enfermo.

- ¿Pero qué es esto, qué hacen? –los diablos lo miraban y reían–. ¡George!, ¿adónde me llevan?, ¡George! –gritaba a viva voz. George comenzaba a dar muestras de consciencia. Seguía con las manos atadas. Lo obligaron a ponerse de pie y a caminar.



A menos de quince metros se encontraba la explanada. Carl llegó allí antes que George; y en cuanto vio lo que tenían preparado los diablos, las piernas le fallaron. Cayó de rodillas; era incapaz de moverse o de pronunciar palabra alguna. Sus captores lo miraban con curiosidad.

¡Dios mío, qué es esto! —pensaba Carl—. ¡Tengo que estar muerto, tenemos que estar muertos! ¡Dios mío, perdóname!

Ante él se extendía la explanada iluminada por dos potentes reflectores. En el centro de la misma había dos cruces de madera enterradas en el suelo. George se quedó sin habla apenas las

vio. Aquello, ¿qué diablos era? La cabeza comenzó a dolerle. Un sudor frío lo recorría de arriba a abajo. A fuerza de empujones lo obligaron a avanzar.

- ¡Tu problema es conmigo, Ben, deja a los demás en paz! –gritó George, mientras ataban a Carl a la primera de las cruces. El diablo disfrazado de fauno lo azotó en ese momento.

- ¡Silencio, esclavo! –Ben sonrió. Cuando los dos estuvieron atados a las cruces, Ben se dispuso a contemplar su obra. Tanto George como Carl se encontraban maltrechos. De los dos, George era quien mantenía la dignidad. Carl seguía considerando que estaban muertos y que aquello era el infierno.

Miraba a George resignado sin decir nada, ni una palabra, absolutamente nada.

Lo que más temor le producía era la pira que tenía bajo sus pies. Fijo que los quemaban, ¡oh Dios!, pensaba. Sería un suplicio horrible.

Acudían ahora a su mente las historias del infierno que de pequeño escuchó en la iglesia. Era tal cual se lo habían descrito, y él no había aprendido nada; en cuanto salía de la iglesia su fe se evaporaba, y ahora estaba camino de pagar su desobediencia.

De esta no había quien lo librara; el poder de Dios es infinito; nada escapa a sus ojos. Recordaba fragmentos de

sermones que había escuchado cuando era pequeño, y esto no hacía más que profundizar su pena.

Betze y Asrael comenzaron a apilar más leños secos alrededor de las cruces, ante la mirada de George. Por suerte, no habían utilizado clavos para fijarlos a las cruces, sino cuerdas.

Pronto, George comprendió la suerte que les esperaba. Este era el final de su historia, pero no tenía miedo. Ni siquiera una gota de miedo; y eso era raro, pero lo reconfortaba.

A pesar de la situación, estaba relativamente calmado. Descubrió entonces que no sentía miedo a la muerte, o lo que es lo mismo, no sentía

el más mínimo respeto por la vida. Había una cosa que sí lo molestaba sobremanera: morir en manos de un cobarde.

Ellie despertó en ese momento. Con la ropa hecha jirones y adolorida. Sentía frío y dolor. Por entre las piernas manaba un hilillo de sangre. Oía la música y las blasfemias de los demonios a poca distancia.

Era su oportunidad para escapar. Probó a levantarse y no pudo. ¡Pero qué le habían hecho! La zona genital era una brasa que la obligaba a ir despacio, dando tumbos.

Se detuvo junto a un árbol a respirar. Necesitaba aire. Hasta donde estaba

llegó el resplandor de las llamas y las voces de socorro de Carl. Aterrorizada, sofocó un grito y echó a correr a trompicones.

- ¡Dios mío, los estaban quemando vivos, los estaban quemando vivos! -era lo único que atinaba a decir. Iba ciega, deseando escapar de aquel infierno, cuando notó que la seguían.

Se dio la vuelta. El fauno iba detrás de ella. Apretó el paso, pero no avanzó mucho y, finalmente, rodó por el suelo. Yacía ahora sobre la hierba. Incapaz de levantarse. Lloraba.

Lo primero que hizo el fauno fue darle una patada en las piernas.

- ¡Pensaste que ibas a escapar! -

comenzó a desabrocharse la bragueta—. ¡Eso fue lo que pensaste, puta! —la zarandeó—. ¿Qué vas a hacer ahora?, ¡esto es entre tú y yo! —sacó la verga.

- ¡No —gritó Ellie—, otra vez no! ¡Por favor, no!

- ¡Cállate! —dijo el fauno—. ¿Crees que alguien va a oírte? ¡Nadie va a oírte! ¿Sabes por qué?, ¡porque esto es el infierno! —el fauno puso a Ellie boca abajo y empezó a violarla. La joven no paraba de gritar.

- ¡Si no te callas voy a meterte un palo por el culo y te aseguro que eso sí va a dolerte! —pero las amenazas del fauno no eran tan convincentes como el cuchillo de Ben, así que, desesperado

por la actitud de la víctima, comenzó a darle puñetazos en el abdomen y la espalda.

- ¡Cállate, cállate puta de mierda!

En aquel momento ocurrió lo que el fauno consideraba una de esas revelaciones que tenía sólo en contados momentos. Hormigas, veía hormigas sobre la piel de la joven, en su cara, entre sus piernas, un ejército de hormigas que iban hacia él. ¿Con qué intención? ¡A saber!

- ¡Te lo advertí, te lo dije! –el fauno buscó la rama de un árbol y empaló a la chica. Ellie gritaba a más no poder. De un puñetazo, el fauno la dejó inconsciente. Se dio cuenta entonces de



la presencia de Asrael.

Había llegado hacía unos instantes. Miraba la escena como si fuera irreal. El fauno siguió empalando a la joven. Movía la rama hacia adentro y hacia fuera. Ellie no se movía. ¡Hormigas!, pensaba el fauno, ¡hormigas! Comenzó a masturbarse con la mano que estaba libre.

Asrael seguía allí sin saber qué hacer. El fauno no tardó en eyacular, y entonces se detuvo. Asrael se acercó a la chica. No daba señales de vida. Dejó la barra de acero en el suelo.

- ¡Dios, está muerta! –el fauno comenzó a reír. Se subió la bragueta.

- ¡Que va a estar muerta!

- Digo que está muerta, te las has cargado. ¿Y ahora qué? ¡Te has pasado; se suponía que era un ajuste de cuentas, un maldito ajuste de cuentas, y mira lo que has hecho!

- ¡No hice nada!

- ¡Cómo que no has hecho nada! –el fauno era bastante más corpulento que Asrael, así que le plantó cara:

- ¡Dije que no he hecho nada!

- ¡Serás hijo de puta! –Ellie comenzó a moverse, pero ellos no se percataron. El fauno se abalanzó sobre Asrael. Durante unos instantes forcejearon, hasta que el fauno consiguió arrojar a Asrael al suelo de un empujón.

- ¡Cuida tu lenguaje, capullo, o

tendré que partirte los dientes!

-¿Tú y cuántos más? –Ellie veía borroso. A su lado estaba la barra de hierro. La agarró como pudo y con todas las fuerzas que le quedaban descargó un golpe sobre la espalda del fauno.

Cuando Ben escuchó el grito del fauno, los efectos del alcohol ya estaban pasando. Comenzaba a aburrirse de la fiesta. George y Ellie habían tenido su escarmiento, y qué escarmiento. Pero escuchar aquel grito lo puso en guardia. Decidió poner fin a aquello; la fiesta se había extendido demasiado.

- Chicos, encárguense de esto.

- ¿Qué quieres que hagamos, Ben? – dijo Betzel.

- Apaguen la pira y hagan desaparecer todo esto.

- ¿Y ellos? –preguntó el diablo aindiado.

- Bájenlos de las cruces; ya han tenido suficiente.

- ¿Estás seguro? –volvió a preguntar el diablo aindiado. Ben lo miró de reojo.

- Quizá estén muertos –sugirió Betzel.

- Sólo están aturdidos por el humo y cagados de miedo.

- Entonces, los bajaremos –dijo Betzel.

- Los quiero en la roca de hierro. Pónganlos allí y hagan una hoguera –

Betzel y el diablo aindiado apagaron las llamas y se dedicaron a la tarea de transportar a los prisioneros hasta la roca de hierro.

Ben tenía un mal presentimiento. Empezó a andar en dirección adonde había escuchado el grito. Aceleró el paso. Hasta ahora las cosas habían ido bien. ¡Qué digo bien, divinamente bien! El cabronazo de George y su amiguito se habían cagado de miedo. Y eso que eran de los tipos más duros del país. Eso lo colocaba a él, de manera automática, en el ranking de los diez más duros.

Cuando la gente viera en YouTube el numerito de las hogueras iban a alucinar. Se frotó las manos.

No tuvo que avanzar mucho para escuchar al fauno discutir. Echó a correr. A menos de diez pasos había un pequeño claro donde Asrael y el fauno peleaban.

-¿Qué cojones hacen? –gritó Ben. Entonces vio a Ellie en el suelo, inerte, con el rostro hundido y la barra de hierro a su lado.

-¿Pero qué demonios han hecho? ¡Imbéciles, son unos imbéciles! –Ben agarró al fauno por la solapas y lo lanzó contra un árbol-. ¡Eres idiota! Y tú, pequeño mierdita, tú, ¿por qué lo dejaste? –pateó a Asrael en las piernas, pero no le produjo demasiado daño.

- ¡No tuve tiempo! –gritó Asrael-. ¡Fue muy rápido, demasiado rápido! ¡No

llegué a tiempo!

- ¡Así que no llegaste a tiempo! – Ben volvió a lanzar una patada, pero esta vez le dio al aire. Asrael se había puesto a buen recaudo.

- ¡Son idiotas, son estúpidos! ¡Cómo que no llegaste a tiempo gilipollas, hijo de la gran puta!

- ¡Te juro que no llegué a tiempo, Ben, por Dios te lo juro!

- ¡Me tienes harto, harto! ¡Esto es culpa tuya, culpa tuya, me tienes harto, harto!

- ¡Yo no hice nada!

- ¡Cállate! ¡Es tu culpa, tú lo permitiste, tú lo hiciste! –el fauno empezó a reír en ese momento. Tanto

Ben como Asrael lo miraron.

-¿Y tú de qué te ríes?

-¡La culpa es de él! –sonrió el fauno–. Siempre es él. Dale una paliza, Ben, entrégalo a la policía. Es el culpable –se acercó al líder para susurrarle–. Los demás apoyaremos lo que digas. Imparte justifica, eres nuestro jefe. Te seguiremos adónde sea.

El diablo aindiado y Betzel llegaron en aquel momento. Todos miraban a Ben. El diablo aindiado se acercó a la joven. Le tomó el pulso y la examinó unos instantes.

- Todavía está viva, pero no tardará en morir –se quitó la máscara. El resto hizo lo mismo.



- Debemos matar a los otros dos – dijo el diablo aindiado.

- ¡Hagámoslo, es la única salida que tenemos! –lo apoyó Betzel.

- ¡No! –se impuso Ben–. ¡Con una muerte es suficiente! ¡Nadie va a extrañarse de la muerte de George y su amiguito, pero esta chica..., la muerte de esta chica nos traerá problemas! – agregó Ben.

- Si dejamos a los otros con vida, iremos a la cárcel, o peor aún, al cementerio –el fauno miró a todos y cada uno de los presentes. Hablaba con tranquilidad–. ¿Quién quiere ir a la cárcel? Ninguno de nosotros tiene la culpa de lo que ha pasado. Sólo él –

señaló a Asrael.

- ¡Cállate de una puta vez, demonio! ¡No va a morir nadie más esta noche, y Asrael se va con nosotros! ¡Si alguien quiere hacer lo contrario, juro que voy a partirle el espinazo en dos!

Ben estaba molesto. Tenía una barra de hierro en la mano y miraba al fauno. Este dio un paso atrás. Estuvo pensativo unos instantes, hasta que por fin habló:

- Entiendo. Eres el jefe; eso es lo que debemos hacer.

- ¡A callar! –dijo Ben–. ¡Lleven a la chica con los otros dos, rápido, capullos! ¿Pero que hacen?, ¡muevan el culo ya! –los cuatro hombres cargaron a la joven y la llevaron hasta la roca de

hierro.

George y Carl ya estaban allí, uno al lado del otro. Todavía inconscientes. Ben llamó al diablo aindiado.

- ¿Qué quieres?

- Mira a ver si estos siguen vivos – el diablo aindiado les tomó el pulso.

- Están vivos; supongo que se despertarán en un rato.

- ¿Podemos reanimarlos de alguna manera?

- No tengo material aquí, no creo.

- ¡Inventa algo, rápido! –el diablo lo pensó unos instantes.

- Alcohol, podemos reanimarlos con alcohol.

- Encárgate de ello. Yo iré hasta las

motos, los espero abajo. No tarden.

- Bien –respondió el diablo aindiado.

-¡En diez minutos nos largamos, chicos; el que no esté en las motos volverá caminando! –todos se miraron entre sí y apuraron lo que estaban haciendo—. ¡Sólo hay tres motos, así que ya saben! ¡Asrael, Betzel, muevan el culo, siempre llegan tarde a todas partes!

- ¿Y si le damos unas friegas? –dijo Betzel cuando Ben se hubo marchado.

- ¿Una friegas con whisky, capullo? –el fauno lo miró—. ¡En la vida he escuchado semejante estupidez!

- Deja en paz a Asrael –dijo el

diablo aindiado—. Tiene razón —sacó un poco de whisky y empezó a darle una friega a George. Los otros hicieron lo mismo con Carl. Poco a poco, los hombres fueron recobrando el conocimiento.

- Un poco más y nos largamos —dijo el diablo aindiado. Asrael tuvo ganas de orinar. Podía haber meado allí mismo, pero al día siguiente el sitio estaría atestado de policías y no quería que tuvieran su orina. Eso ni pensarlo. Se alejó del grupo.

- Vengo enseguida chicos —nadie contestó. El diablo aindiado seguía entretenido con su trabajo. George fue el primero en reaccionar. Era un hombre

bastante fuerte. Carl tardó un poco más en recuperarse. Por fin abrió los ojos.

- Listo. ¡Vámonos! –dijo el diablo aindiado. Los tres echaron a correr colina abajo dando brincos.

Asrael seguía adentrándose más y más en la maleza. Quería asegurarse de que nadie encontraría su pis. Acusar podía cualquiera, pero incriminarlo, eso ya era otra cosa. Necesitaban pruebas y esas eran las que no tendrían.

Por fin encontró un sitio que le pareció lo suficientemente alejado como para orinar. ¡Dios, qué ganas tenía! Hizo el camino de regreso en silencio.

Tras equivocarse el camino dos veces, por fin divisó la roca de hierro.

Quedaban aún varios metros para llegar hasta ella cuando escuchó ruido de pasos. Se detuvo. Apartó una rama con cuidado. La escena que vio fue impactante. ¡Pero qué diablos es esto!

# Audry

A las siete y dieciséis minutos de la mañana, la alarma programada por Audry en su teléfono comenzó a sonar por décima vez. Al contrario de lo que había ocurrido las veces anteriores, en esta ocasión se levantó de la silla a gran velocidad y fue a la puerta de salida como si un cliente la estuviera esperando. Tropezó con una silla y casi vuelca el dispensador de agua. Se detuvo.



Estaba realmente asustada. Sentía un miedo atroz. Miedo a que sus jefes la hubieran pillado mientras dormía en horario de trabajo. Si la echaban de este empleo, ya podía despedirse de la universidad.

Es cierto que siempre quedaría la opción de su madre. Ella podía prestarle el dinero. No era la mejor opción; simplemente una posibilidad más que hubiera sido válida de no estar harta de su familia, y en especial de su madre. Harta de que la dijera en el infierno que se convertiría su vida si no hacía las cosas tal y como ella lo tenía planificado.

Por eso había estado trabajando el

verano pasado, y también este. Para pagar la matrícula de la universidad. Luego, durante el curso académico, se las ingenió para encontrar un empleo los fines de semana, y así terminó el primer año.

Era un logro del cual estaba orgullosa, a pesar de que su madre opinaba completamente diferente. Salma creía que había sido un año perdido. “Mal rumbo llevaban los hijos cuando se atrevían a contravenir el consejo de su madre”, repetía constantemente.

En lo que respecta a la carrera, no podía haber seleccionado peor. Estaban en el siglo veintiuno. ¿A quién se le ocurría estudiar letras? La propia

carrera no tenía razón de ser, salvo para quienes pensaran dedicarse a la investigación o al mundo académico. Dos áreas para las que Audry, según su madre, carecía de dotes.

Seguía parada en medio del despacho. Con el miedo a flor de piel. Quizá su jefe no viniera hoy, o tal vez llegara más tarde. Volvió sobre sus pasos. Fue a sentarse en una silla.

Miraba a través del cristal de la recepción. Desde su puesto de trabajo podía ver casi toda la estación de servicio. Incluso la carretera estaba desierta. Justo en ese momento se detuvo un coche en la entrada.

El conductor aparcó en el arcén. Era

un hombre de mediana edad. Tenía dificultades para andar. Su paso era lento y metódico, primero a un lado luego al otro, como si tuviera una pierna más corta que otra.

Mierda, pensó Audry, aquello podía ser un control de la empresa. Fue al baño. Necesitaba arreglarse con urgencia. Regresó justo a tiempo para verlo llegar a la recepción. Era un hombre mucho mayor de lo que un principio había supuesto.

Debía tener al menos sesenta y cinco años. Se detuvo ante la recepción e hizo una seña a modo de saludo. El viejo le preguntó si podía salir afuera.

- ¿Necesita ayuda, señor? –dijo

Audrey a través del intercomunicador.  
El visitante parecía tener prisa.

- Me llamo Ethan. Soy de la compañía.

- Entiendo.

Ethan vio a la joven levantarse de su puesto y desaparecer tras la puerta. Aprovechó para echar una ojeada. La estación seguía desierta. La chica salió fuera.

- ¿En qué puedo servirle, señor?

- Soy Ethan Oliver, y estoy haciendo un control. Esta es mi identificación – Audrey se inclinó para ver la credencial. Tenía el mismo aspecto de las credenciales que usaban en la empresa—. ¿Puedo ver la caja?

- Eso no es posible, señor. Pero puedo darle un extracto si rellena el formulario de solicitud correspondiente –Ethan sonrió.

- ¿Puedo rellenar uno?

- Permítame su identificación –Ethan le extendió su credencial. La chica volvió a entrar al establecimiento.

El tiempo pasaba con lentitud. Ethan miraba los dispensadores de combustible. Parecían no haber sido utilizados en mucho tiempo. Luego tocó el turno al área de descanso y, por último, a la calle asfaltada que conducía a la carretera.

Nada. No había un alma. Ni siquiera transitaban coches a esa hora. Por Dios,

pensó, qué desastre.

Audry verificó el código de la credencial en el ordenador y pasó a emitir el certificado. Aquel hombre debía de ser un pez gordo, se dijo mientras salía afuera y le entregaba el documento.

A pesar de sus años, el viejo era bastante alto y conservaba en su porte cierta dignidad. La joven se imaginó trabajando a una edad tan avanzada. Dios mío, debería estar prohibido.

- ¿Puedo retirarme? –Ethan levantó la vista del reporte.

- Si necesito algo más te lo pediré.

Audry volvió a su sitio de trabajo. Recordó una vez más la conversación

mantenida con su novio. Durante unos instantes estuvo a punto de echarse a llorar, pero fue capaz de dominarse.

No merecía que la trataran de esa manera. Como cualquiera, tenía unos límites, y la noche anterior su novio había superado con creces los suyos. Por supuesto que estaba asustada ante la posibilidad de una ruptura inminente, pero su dolor era más grande que el miedo a perderlo, y eso era precisamente lo que la impulsaba a tomar una decisión. Debía decidirse entre seguir con él o terminar para siempre.

Prefería la ruptura a vivir con el miedo constante a ser herida. No



soportaba la posibilidad de perpetuar el fracaso en un amor lacónico, a ojos vista carente de sentido. Donde era él quien imponía las condiciones y a ella le tocaba esperar en un rincón a que fuera su momento. No quería vivir a las sombras del amor, sino en su gloria. Eso, lo tenía claro.

Ethan se llevó una sorpresa al leer el reporte. Aquellas eran malas noticias, mucho peor de lo que creía. Henry entraba a la estación de servicio en ese instante.

Cualquiera se hubiera fijado en su aspecto, pero Ethan no le prestó atención. Lo único que resonaba en su cabeza una y otra vez era la cifra

facturada: doscientos noventa dólares con cuarenta centavos en toda la noche. ¡Dios mío! Mantener aquella estación era una ruina.

Levantó la vista del papel con cara de preocupación. El joven que había visto unos segundos antes parecía indeciso entre seguir de largo o entrar a la tienda de comida. El humor de Ethan cambió repentinamente. Se preguntaba cuánto tiempo tardaría la empleada en atender al cliente. Aunque no era su obligación, Audry volvió a salir fuera.

- ¿Necesita ayuda? –Henry la miró de arriba a abajo. La chica debía tener unos veinte o veintiún años. Era morena y muy delgada. Henry pensó que no

estaba mal para echarle un polvo.

- Tengo el coche averiado. Necesito una grúa para llevarlo al taller más cercano. Además, me corre prisa – Audry lo miró con cara de pena.

- El año pasado teníamos un taller, pero lo cerraron después del verano. Donde únicamente pueden ayudarlo es en la ciudad, pero me temo que, con las fiestas, no habrá ningún taller abierto.

Henry hizo una mueca de insatisfacción. Parecía contrariado.

- Eso explica por qué nadie contesta al teléfono. Llevo un rato llamando a un par de agencias, pero nada, no hay manera de que respondan.

- Quizá sea por la hora o por las

fiestas. Aún es muy temprano –Henry consultó la hora en su reloj. Luego miró al suelo y, por último, al firmamento, como si la respuesta se encontrara entre las nubes. Tenía una mirada limpia y clara. Audry pensó que sus ojos eran hermosos.

- ¿Supongo que tendrán un servicio de urgencias o algo por el estilo?

- No estoy segura. En teoría, deben tener un servicio de guardia, pero eso es en teoría –Henry parecía preocupado. Audry lo miró de reojo. Comenzaba a darle pena. Era un chico bastante atractivo.

Encontraba en él una suerte de fascinación cuyo origen no conseguía

definir. Quizá eran sus ojos, la manera como hablaba, su rostro o el conjunto de su personalidad.

- Necesito llegar a la ciudad cuanto antes –dijo Henry–. ¿Otra opción sería coger el autobús?

- No es una buena idea. El próximo pasa a las doce.

- Demasiado tarde. Apenas son las ocho –dijo Henry con cara de disgusto.

- Quizá alguien lo acerque hasta la ciudad.

- Sí, es la única opción que me queda –respondió Henry como si hablara consigo mismo.

Audry estaba a punto de retirarse, cuando Ethan la llamó. Henry continuaba

ante la puerta del establecimiento sin saber qué hacer.

Al lado de la gasolinera había un área de reposo en la que solían descansar los viajeros después de repostar. Era el sitio típico en el que la gente aprovechaba para estirar las piernas, comer un bocadillo o fumarse un cigarro.

Estaba compuesto por una mesa de madera y dos bancos atornillados al suelo de gravilla. Si quería que alguien lo llevara a la ciudad, ese era el sitio ideal para encontrar candidatos; así que fue a esperar allí.

Mientras tanto, Ethan lo había estado observando. Cuando Audry se acercó,

tenía varias preguntas.

- ¿Qué quería ese chico?

- ¿El muchacho?

- Sí, el muchacho –se desesperó

Ethan.

- Tiene el coche roto. Necesita llegar a la ciudad.

- ¿Dónde está su coche?

- A cinco o seis kilómetros de aquí.

- ¡A cinco o seis kilómetros de aquí!

–repitió Ethan–. Es bastante distancia.

- Así es.

- Supongo que nadie llegó hasta aquí haciendo autoestop.

- Creo que no –Ethan se volvió a mirar a Henry. Este caminaba hacia el área de descanso.

- ¡Es raro...! –Audry no dijo nada. Ethan se mantuvo en silencio unos instantes–.

En mi época esto no pasaba. Si se veía a alguien caminando, lo normal era parar el coche y preguntar qué ocurría. Cualquiera puede tener una desgracia, y más nos vale que haya alguien cerca para ayudarnos –Audry no sabía qué decir. Lo único que se le ocurrió fue encogerse de hombros.

Ethan hizo una mueca de desaprobación con la boca. Bajó los ojos al suelo. Acto seguido, volvió a mirar a Henry. Por último, reparó en la empleada. La chica era demasiado joven para su gusto, pero tenía aptitudes.



- ¿Le vendiste algo?

- No, señor.

- En ese caso, será mejor que vuelvas al trabajo y pienses cómo venderle algo al próximo que venga a decirte que su auto está roto.

- Pensaré en ello, señor –Audry iba a retirarse a toda prisa, pero Ethan la detuvo.

- ¿Un momento? –dijo con tono autoritario–. ¿Dónde está tu relevo?

- No ha llegado todavía –el viejo se mordió los labios.

- Está bien, puedes volver a tu puesto.

Ahora eran las ocho y cuarto de la mañana y su relevo seguía sin aparecer.

Audry tenía todo listo para entregar la estación desde mucho antes. Philip se iba a llevar una buena reprimenda. No era difícil adivinar que el viejo tenía mal carácter.

Un coche entró a la gasolinera a toda velocidad. La curva era demasiado pronunciada, así que las ruedas traseras derraparon lo suyo. Ethan vio al chico aparcar a toda prisa. Al igual que Audry, era muy joven. El muchacho entró a la estación por la puerta de empleados.

El sonido de la puerta al cerrarse avisó a Audry de la llegada de Philip.

- Llegas tarde –dijo Audry sin levantar la cabeza del reporte que estaba rellenando. Philip la miró de arriba a

abajo.

- Lo siento, Audry; esta mañana tuve un par de movidas. Me fue imposible llegar antes. ¿Puedes adelantar la hora del reporte?

- ¿Estás loco?

- Tía, de verdad que lo siento, pero necesito que adelantes la hora. Con esta van a ser tres las veces que llego tarde.

Philip estaba parado en medio del despacho. Tenía mala cara. Durante unos segundos, Audry estuvo valorando la posibilidad de alertar a Philip sobre la presencia del viejo. Al final, decidió ser cautelosa.

- Lo siento Philip, pero ya sabes que no digo mentiras –Audry puso el

informe sobre la mesa y echó a andar en dirección a la salida. Cuando estaba a punto de salir, Philip la agarró del brazo.

- ¿No quieres saber qué pasó anoche?

Audry no confiaba en Philip. Eran conocidos de toda la vida, pero nunca sintió simpatía hacia él. En cierta ocasión tuvieron un desacuerdo por un reporte, que se solucionó sin que la cosa fuera a más.

Ahora bien, Philip tenía fama de pendenciero y bebedor. Las chicas lo adoraban, y para los jóvenes era un ídolo. En cambio, Audry lo detestaba. Hasta la fecha, las cosas entre ellos

transcurrían con relativa normalidad, pero cuando Philip se atrevió a retenerla sin permitirle marcharse, cruzó la sinuosa línea que separa la paciencia de la ira.

- Philip, suéltame el brazo –dijo Audry apelando a la razón.

- ¿Adivina quién estaba en el bar Dos Hermanos?

- ¡Tu puta madre! –dijo Audry, a la par que se zafaba del brazo de Philip de un tirón.

Salió por la puerta lo más rápido que pudo. Aún así escuchó lo que dijo Philip. Las palabras la hirieron como puñales.

Apenas pudo caminar dos pasos

antes de romper a llorar. No era capaz de avanzar, ni siquiera era capaz de moverse. Así estuvo un buen rato. Llorando a moco tendido.

Afloró en ese momento la tristeza y el pesar de la noche anterior. Revivía de golpe los detalles de la conversación que tuvo con su novio. Las palabras agrias y duras que convirtieron su mundo en un hervidero de angustia, sin que mediara siquiera la intención de un acercamiento.

Tal y como ocurrió horas antes, cuando a las cinco de la madrugada su novio no dio señales de vida, se le hizo difícil respirar.

Entonces fue cuando se puso

nerviosa de verdad. Hasta ese momento no había pensado que su vida era un fracaso. No había caído en la cuenta de que todo la salía mal. No mal como a las demás personas, sino muy mal. Mal de cojones.

Para colmo, la única relación con un chico que la había hecho feliz se estaba desmoronando, y eso dolía.

Además de ser su pareja, durante años, Flann también fue su paño de lágrimas. Era su único apoyo, quien mejor la entendía. ¿Ahora, qué iba a hacer? ¿Cómo iba a recuperar el amor? O, dicho de otro modo, ¿quedaría amor después de lo que había dicho Philip?

Si Flann era capaz de pisotear tres

años de relación, exhibiéndose con putas en vez de venir a arroparla cuando más lo necesitaba, había demostrado con creces que la palabra amor tenía significados diferentes para cada uno de ellos.

No podía parar de llorar. Se encontraba herida en su amor propio. Audry se consideraba una mujer de principios. Se creía capaz de soportar los más grandes sacrificios en nombre del amor. Incluso la infidelidad. Pero había una cosa con la que nunca estuvo cómoda, que la causaba repulsión. Algo que para ella era rebajarse de un modo inaceptable, ese algo era la vergüenza.

Ante ella huía desconsolada. Nunca



había sido capaz de enfrentarse a ella con dignidad. Y justo, esto era lo que sucedía ahora. Por mucho que intentara encontrar una solución, al final del camino siempre iba a darse de bruces contra una muralla infranqueable que, finalmente, terminaba por doblegar sus esfuerzos.

Desesperada, hizo un esfuerzo por calmarse. Estaba, en ese punto especial en el que, agotada toda esperanza, sólo nos queda apelar a la fe para seguir adelante. Sin embargo, de pronto descubrió que ni siquiera la fe y la esperanza son capaces de conservar la ilusión, y que cuando esta se pierde, más nos vale dar media vuelta e irnos.

Debía separarse de Flann. Era eso o morir en un océano de vergüenza, ser pasto de los comentarios de la ciudad, a partir de ahora y para siempre. A esa conclusión había llegado la lógica, pero cada vez que mencionaba el nombre de Flann o pensaba en él, su corazón volvía a traicionarla.

Era un hecho que lo amaba. Sufría sólo con la idea de perderlo. Este pensamiento, y su propia debilidad, la irritaron profundamente. Debía abandonar a Flann cuanto antes; era necesario. Por su bien.

No había vuelta atrás, repitió una, dos, tres veces, hasta que el sonido de sus propias palabras la dieron suficiente

fuerza como para subirse al coche.

Aún reflexionó varios minutos antes de poner en marcha el motor. Sentía que el mundo se le echaba encima, pero estaba dispuesta a superar cualquier obstáculo para ser feliz.

Si no era con Flann, sería con otra persona. Eso lo tenía claro. En ese momento se percató de que el chico de esta mañana aún se encontraba allí. Después de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y tras comprobar que estaba presentable, puso la marcha atrás, dio un giro a la izquierda y detuvo el coche frente al área de descanso.

Henry estaba acostado sobre el banco. Audry tuvo que tocar el claxon un

par de veces hasta que se dio por enterado. Miró a un lado y a otro. Luego, hacia donde estaba Audry.

- ¿Piensas seguir ahí todo el día? – dijo Audry. Henry sonrió. Aunque hizo visera con su mano izquierda, el reflejo del sol sobre el metal del auto impedía que viera a la chica. Fue hasta el coche.

- Ni por un millón de dólares me hubiera imaginado que eras tú –dijo con un entusiasmo no exento de malicia.

- ¿Esperabas a alguien más?

- Bueno, no sé cómo responder a esa pregunta –Audry le regaló una sonrisa.

- Si yo fuera tú, diría que no.

- Entonces no esperaba a nadie más –Audry volvió a sonreír. Henry se

reclinó sobre la puerta del copiloto.

- Veo que no has tenido mucha suerte.

- ¿Eso crees? –Audry asintió levemente.

- La suerte va y viene. Puede cambiar en cualquier momento –hasta entonces Henry no había sonreído. Al menos no como él sabía hacerlo. De esa manera cálida y tierna que volvía locas a las mujeres.

Sabía cómo conseguir este efecto y lo explotaba a la perfección. El secreto, le dijo una vez una chica, consistía en ser auténtico; y, según ella, lo más auténtico que tenía Henry era su sonrisa: “con ella serás capaz de conseguir

cualquier cosa de una mujer”. Y no se equivocó.

- ¿Cuántos años tienes? –preguntó Henry.

- Cumplo veintitrés en septiembre – mintió Audry. En realidad tenía veintiuno, aunque es cierto que aparentaba dos o tres años más.

- ¿Vas a la ciudad?

- Sí.

-¿Y piensas llevarme? –dijo Henry, mientras miraba al suelo. De repente levantó la cabeza y volvió a sonreír. El coche dio un respingo antes de apagarse. Después del susto inicial, ambos echaron a reír.

- Anda, sube –dijo Audry mientras

abría la puerta. La chica puso en marcha el motor, salió de la gasolinera y tomó el desvió en dirección a la ciudad.

El coche transitaba por la interestatal a una velocidad media. De vez en cuando se cruzaban con uno o dos coches. Salvo estos encuentros ocasionales, el viaje transcurría con normalidad.

El próximo paso era desaparecer, perderse en el Sur. Si permanecía en Ginburk, más tarde o más temprano darían con él.

La policía iba a tardar en hacer su trabajo, pero, una vez hecho, impartiría justicia con total severidad. El castigo sería ejemplarizante. Aunque, claro,

todo era relativo. Dependía de muchos factores que no podía controlar. Probablemente, lo que dijeran George y Carl en su declaración fuera lo más importante. Eso, en caso de que decidieran contar lo que pasó.

La carretera comenzó a empinarse. Audry hizo un cambio de marcha. Tras pegar un acelerón, el auto comenzó a subir la cuesta. El ruido producido por el cambio de marcha hizo que Henry dirigiera la vista hacia la palanca de cambios.

La chica tenía el brazo derecho en reposo, encima de la palanca de cambios. Su piel lucía suave y tersa. Tenía un pantalón corto y una camiseta



negra ajustada al cuerpo. Todavía era temprano. Habían transcurrido cinco o seis minutos de iniciado el viaje cuando reanudaron la conversación.

- ¿Te apetece fumar? –preguntó Audry. Henry seguía mirando sus piernas. Lo que hizo a continuación lo sorprendió incluso a él.

- No vendría mal.

- Tengo un paquete en la guantera. ¿Puedes sacarlo? –Henry buscó el paquete. Sacó dos cigarrillos. Puso uno en la boca de la joven. Cuando lo hizo, esta sonrió. Era una chica mona, pero esto no era lo sorprendente; sino cómo había reaccionado la piel de sus dedos al tocarla, y toda su naturaleza.

Jamás en su vida había experimentado algo similar. Sentía una gran confusión; a tal punto que olvidó encender los cigarros. Sólo cuando Audry lo dijo, cayó en la cuenta de que estaba haciendo un pésimo papel como galán.

- Perdona, llevo una mañana bastante movida –encendió los dos cigarros.

- ¿Eres nuevo en la ciudad?

- La verdad es que no. Llevo una temporada fuera.

El teléfono móvil de Audry empezó a sonar. Era su madre. Audry hizo una señal a Henry para que guardara silencio. El teléfono siguió sonando.

Finalmente quedó en silencio.

Audry no agregó nada más. Al cabo de un par de minutos, Henry comenzó a hablar.

- ¿Quién era?

- Salma –Henry se encogió de hombros.

- ¿Y esa, quién es?

- Mi madre.

- Ah, bueno –Henry hizo una pausa antes de proseguir–. Las madres siempre tienen algo que decir –dijo, a la par que miraba hacia adelante.

- La mía dice demasiado. Todo el tiempo dice, dice y dice. No para de hablar –Audry volvió a quedarse en

silencio. Estaba preocupada. Aquella llamada significa que su madre estaba nerviosa. Era seguro que volverían a discutir en cuanto llegara a casa. Dios, qué aburrida estaba de aquella mierda.

Podía entender la preocupación de Salma. Aunque, ¡qué diablos, ya no era una niña! Pensó en llamar a su padre. Sin embargo, en vez de esto, giró la cabeza hacia su acompañante. Tenía un mal presentimiento.

Henry se masturbaba a pierna suelta con toda la ansiedad y el frenesí de una persona que está a punto del orgasmo. Todo en él lucía ajeno y extraño, como un loco en medio de un ataque de ira. Los ojos desorbitados, y saliva en las

comisuras de los labios. La mirada ausente y un glande rojo y tenso, cada vez más crecido, que apuntaba a las piernas de ella.

Audry no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Estaba paralizada. Había abierto los ojos y la boca para gritar, pero el ataque de pánico era superior a sus fuerzas. El claxon de un Ford gris, que venía en dirección contraria, la hizo reaccionar.

De un volantazo, volvió a su carril. Detuvo la marcha. Hasta ese momento, no había vuelto a mirar a su acompañante. Aún guardaba en la retina la imagen de Henry masturbándose mientras la miraba a las tetas,

completamente fuera de sí. ¡Pero qué coño había pasado durante los últimos cinco minutos!

Quería moverse, pero no era capaz. Ni siquiera encontraba fuerzas para hablar. Así estuvo unos instantes. Sollozando en silencio. Convencida de que la vida era una puta mierda; pero, sobre todo, cansada de ser una víctima de las circunstancias, cosa a la que se negaba rotundamente.

Poco a poco, la rabia se fue apoderando de ella. Una rabia, nunca antes experimentada, que resumía todo el dolor, la frustración y la impotencia de sus veintiún años, atada primero a su madre y luego a su novio. Se produjo

entonces un cambio profundo y salvaje en Audry, un cambio que la afectaría para el resto de su vida.

Cuando levantó la cabeza, ya no era la misma Audry dulce y cariñosa que había salido a trabajar la noche antes, convencida de que las cosas iban a cambiar en cualquier momento. En su lugar, se alzó una mujer poseída por la rabia y la desesperación. Dispuesta a pelear hasta el final.

Henry percibió este cambio en su mirada, porque de inmediato la prestó atención. Entonces empezó a sentir miedo.

Audry hablaba y hablaba. Al principio escogía sus palabras con

cuidado, pero poco a poco fue levantando la voz, hasta estallar en un ataque de cólera. Henry la miraba en silencio. Observaba su rostro, el gesto de su boca, la silueta de sus ojos.

Era un admirador de la belleza, y Audry no estaba exenta de belleza. No una belleza cualquiera, sino una belleza transcendental. Pero ahora todo se había estropeado. Tenía la boca seca, los puños apretados, el cuerpo en tensión..., pero sobre todo tenía miedo, y no soportaba el miedo.

El primer puñetazo dejó a Audry inconsciente. Su cabeza quedó colgando sobre el volante después de golpear contra la puerta del coche. Un hilillo de



sangre empezó a gotear de su boca. Henry la arrastró fuera del auto. A duras penas pudo colocarla en el asiento trasero.

Se encargó de dejar las piernas fuera; casi tocaban el arcén. Estaba muy excitado. Con prisa le arrancó el pantalón. Quería observar su desnudez. Ahí estaba, boca abajo, a su merced. Tenía el vello de la piel erizado. Pasó la mano sobre la nalga de la chica. Luego le abrió las piernas y comenzó a violarla.

Al principio, su pene estaba erecto, pero pasados unos minutos la erección se desvaneció. Ni siquiera pudo consumar el acto. No entendía lo que

estaba pasando. Audry era una chica preciosa. Tenía un culo espectacular y no había otra cosa en el mundo que deseara más que disfrutar de aquella belleza.

Mientras reflexionaba, Audry recobró el conocimiento. Se sentía mareada y confusa. En cuanto vio a Henry, comenzó a gritar. Este, no tuvo más remedio que golpearla. Primero con reticencia, como si no quisiera hacerle daño. Luego con furia, una furia creciente que se iba adueñando de él hasta que se descubrió completamente enajenado, encima de un cuerpo inerte.

¿Pero, qué había pasado? ¿Qué había hecho? ¿Cómo era posible? Se

tapó la boca con la mano ensangrentada. No podía creerlo. ¡Dios mío, Dios mío!, susurró.

- Audry –dijo tímidamente. La chica no respondió. La puso bocarriba. Un hilillo de sangre manaba de su boca. Henry levantó la cabeza de la joven, pero esta se movía a uno y otro lado.

- ¡Audry, Audry, despierta! –dijo, mientras la sacudía. Apenas eran las ocho y cuarenta de la mañana. El sol comenzaba a calentar.

Henry se encontró, de repente, cansado. Tanto que no hizo nada más por reanimar a la chica. Aquello era lamentable. No quería hacerle daño, pero así eran las cosas. Puso el cuerpo

en el maletero. Se subió al coche y, tras encender el motor, puso rumbo a la ciudad.

## El camino

A las cinco de la tarde, Frank estaba de vuelta en Ginburk. Hizo un par de gestiones infructuosas antes de localizar a Flann. Accedió a encontrarse con él en el parque Lincoln. Frank llegó temprano a la cita. La entrevista debía efectuarse ante la estatua del presidente. Había poca gente en el parque: un par de madres con sus críos, que se divertían en el área de juegos, y algún que otro transeúnte.

Flann llegó con cinco minutos de retraso. Debía tener unos veintitantos años, pero aparentaba, al menos, cinco años más. Estaba demacrado. Después del saludo, Frank lo invitó a sentarse.

- Gracias, señor. No sabía si venir. Estuve casi toda la mañana en comisaría —se notaba nervioso. Movía las manos continuamente y gesticulaba en exceso—. La verdad es que me encuentro cansado, pero no me importa haber venido; supongo que debo hacerlo, debo hacerlo por ella.

- ¿Quién es ella? —Flann lo miró extrañado.

- Mi novia, señor; ella era mi novia.

- ¿Cuándo fue la última vez que la

viste?

- Hace dos noches.

- ¿Notaste algo fuera de lo normal?

- No. Ya se lo dije a la poli.

También les dije que esa noche estuve de fiesta con un amigo.

- ¿Qué amigo?

- Philip O'Connell –Frank anotó el nombre en una libreta.

- ¿Hasta qué hora estuviste con él?

- Hasta las once.

- Después de esa hora, ¿qué hiciste?

- Fui a encontrarme con Audry.

- ¿Y?

- Estuve toda la noche esperándola en la gasolinera del Rock Mountain. Habíamos quedado en vernos allí.

- ¿No te pareció extraño que hubiera abandonado su puesto de trabajo?

- Sí me lo pareció, pero Audry era así –Frank lo miró unos instantes.

- ¡Venga ya! ¡Vas a decirme que estuviste la noche entera esperando en una gasolinera donde no había nadie! ¿Crees que soy tu abuelita? ¿Dónde estuviste durante ese tiempo?

- Ya se lo dije. Estuve en la gasolinera esperando.

- ¿Desde qué hora estuviste ahí?

- Desde las doce y veinte.

- Flann, esto no es una broma. Creo que no sabes el lío en que estás metido. Estás a nada de ir a la cárcel. ¿Eso es lo que quieres? –Flann se removió en el



banco.

- He dicho la verdad.

- ¿Cómo que has dicho la verdad?

¿Qué verdad?

- La verdad. Estuve ahí desde las doce y algo. Audry estaba enojada conmigo y yo no sabía qué hacer.

- ¿Cómo que no sabías que hacer?

- ¡No sabía qué hacer! –Frank agarró a Flann por el brazo.

-¡Escúchame de una maldita vez! ¡Dime todo lo que sepas, porque te juro que me voy a encargar yo mismo de que te metan en la cárcel, y te garantizo que no va a ser un lugar agradable! ¡Habla! – Frank lo removi6 un par de veces—. ¡Habla de una vez!

- ¡Yo no quería! –Flann comenzó a llorar—. ¡Yo no quería que le pasara nada!

- ¿Por qué estuviste allí tanto tiempo?

- ¡Estaba esperando!

- ¡Eso ya lo dijiste! ¿A quién estabas esperando?

- ¡A ella!

- ¿Quién es ella? ¡Habla!

- ¡Ellie, estaba esperando a Ellie! – la respuesta tomó a Frank por sorpresa.

-¿Qué tiene que ver Ellie en esta historia? –Flann no se atrevía a mirar a Frank. Estaba completamente desecho.

- ¡Ellie era... era mi segunda novia! –Frank se contuvo para no darle un

puñetazo.

- ¿Cómo que era tu segunda novia?

¿Te estabas tirando a Ellie?

- ¡Sí, señor!

- ¡Hijo de puta! –Frank se levantó del banco.

- ¡Qué más! ¡Dime qué más!

- ¡Nada más, señor!

- ¡Dime todo lo que tengas que decir o atente a las consecuencias!

- ¡Lo juro, esa es la verdad!

- ¡Toda la verdad!

- ¡Sí, toda la verdad!

- ¿Qué pasó con Ellie?

- No apareció.

- ¿No la llamaste?

- No contestaba al teléfono. Me

quedé allí, sin más. Luego me dormí. A las cinco desperté y fui a la gasolinera. Si Audry estaba allí, no abrió la puerta cuando llamé. Eso fue todo.

- Entonces, ¿no viste a Audry en toda la noche?

- No, señor.

- Bien, eso está bien. Dame el nombre completo de esa chica.

- Ellie Rodger –Frank hizo una anotación en su libreta.

- ¡Ahora, márchate!

- Señor, lo lamento mucho.

- ¡Que te marches he dicho! –Flann echó a andar en dirección a la salida.

- ¡Oye, Flann! –dijo Frank—. ¡Sabes que eres un mierda! –Flann estaba más

recuperado del susto inicial. Siguió caminando en silencio. De repente, se volvió para hacerle un gesto obsceno a Frank con la mano izquierda sobre los genitales. Acto seguido echó a correr.

A las siete de la tarde, Frank estaba de vuelta en casa. Después de tomar un café, se había puesto a analizar el informe del caso. A medida que leía se encontraba peor: “...lesiones internas severas debido a la introducción de un objeto extraño, con desgarrones en la mucosa vaginal de diverso grado...”.

Pero esto no era lo peor; lo peor era que su sobrina estaba embarazada: “...desprendimiento del útero y aborto, lo que explica parte de la pérdida de

sangre...”. Frank puso el escrito sobre la mesa, dio unos pasos hasta acercarse a la ventana y rompió a llorar como un niño. Quienquiera que fuera, iba a pagarlo caro. Lo juraba.

Durante esa noche, y el resto del día, analizó en detalle cada una de las fotos y la evidencia disponible. Los peritos habían rastreado la zona en un perímetro de unos doscientos metros. Los datos eran contradictorios; a cien metros de la roca de hierro había vestigios de otra hoguera mucho más grande que la primera y dos agujeros que habían sido rellenados con restos de madera, latas de cerveza y pomos de plástico, literalmente calcinados por la acción del

fuego.

Los restos parecían ser frescos, con lo cual quedaba descartada la posibilidad de que se tratara de otra reunión de amigos, independiente por completo de la de George. Pero entonces, ¿qué sentido tenía rellenar los agujeros? O mejor, ¿quiénes habían estado abajo? ¿Acaso se habían marchado horas antes de que llegaran George y Carl?

No lo sabía. Era una incógnita. Recibió un mensaje de texto en su móvil en ese momento. La compañía de teléfonos le hacía una oferta para ampliar su tarifa. ¡Mierda! Saltó de la silla. El teléfono de Audry. ¿Por qué no

estaban rastreando el teléfono de su sobrina? Recibió una llamada en ese instante. Era Odelsen.

- ¡Frank!

- Hola, Odelsen, ¿qué te cuentas?

- Tengo una buena noticia –Frank guardó silencio—. Tu sobrina salió viva de su trabajo a las ocho y veintidós minutos –Franky enmudeció—. Pero eso no es todo. La vieron recoger a un chico que tenía el coche estropeado para acercarlo a la ciudad. Y ahora viene lo mejor –Frank tragó en seco—. Desde hace dos horas, estamos siguiendo la señal del teléfono de tu sobrina. El conductor está en la autopista I40, en dirección oeste. Hemos montado un



dispositivo para detener el vehículo. Dentro de veinte minutos salgo en helicóptero, ¿quieres venir?

El vuelo hasta Pasadena no tardó más de cuarenta minutos. El plan era adelantarse unas cien millas al coche problemático y ponerle colas, dos delante y dos detrás. Si el conductor hacía una parada, lo detendrían en el acto. En caso de que siguiera huyendo, simularían un accidente para detener la circulación o ralentizarla lo más posible.

Una vez que el coche estuviera

detenido ante el punto de control, una brigada de asalto lo neutralizaría. El plan era sencillo y podía funcionar. Pero Frank no las tenía todas consigo.

En Pasadena les recibió el ayudante del gobernador. Era un hombre de baja estatura y obeso. Sudaba a mares.

- Hola Odelsen –dijo en cuanto se bajaron del helicóptero. Odelsen le estrechó la mano.

- Danny, te presento a Frank. Es uno de mis hombres.

- Bienvenido, Frank –después de las presentaciones, Danny los llevó en coche hasta el punto de control. Habían montado el dispositivo a pocas millas de la ciudad, donde la autopista hacía un

giro abrupto. Danny se despidió de ambos con un fuerte apretón de manos.

- Espero, sinceramente, que todo se resuelva con éxito. Si tenéis cualquier inconveniente, estoy a vuestra disposición para lo que sea. El gobernador me ha pedido que me encargue personalmente de este caso.

- Gracias, Danny. Agradecemos tu confianza –un oficial alto, de unos cuarenta y cinco años, se acercó al auto.

- Me temo que se acabó el paseo; el capitán viene a recogerlos –el oficial hizo un saludo marcial antes de dirigirse a ellos.

- Ya estamos listos, señor.

- Gracias, Kraus. Dejo en tus manos

a nuestros colegas. Espero que todo salga según lo previsto.

- Eso esperamos todos –dijo el capitán. Frank y Odelsen se bajaron del coche.

- Por favor, vengan por aquí –el capitán los apartó de la carretera. A pocos metros había una estación de servicio y, al lado, un bar de carretera.

En el aparcamiento se encontraban varios coches. Kraus abrió la puerta de una camioneta estacionada y entraron.

- Hola, Kraus –dijo uno de los técnicos que monitorizaba un ordenador. Había en total cuatro agentes de policía enfrascados en diferentes tareas.

- ¿Cuánto falta? –preguntó Kraus al

primero de los técnicos.

- Unos quince minutos.

- ¿Se sabe algo del conductor?

- Aún no; únicamente que se encuentra solo –Frank salió fuera. Necesitaba tomar el fresco. En las últimas cuarenta y ocho horas su vida había dado un giro repentino. Durante unos instantes pensó en Bloomsky.

Una sensación de desarraigo y fragilidad comenzó a invadirlo. Jamás se imaginó, ni siquiera por un instante, que las cosas entre ellos fueran a terminar así, de esta manera. Ni siquiera tuvo la oportunidad de despedirse; y ahora, ¿qué iba a hacer?, ¿adónde iba a ir? ¿Cómo proseguiría con su vida?

Caminó hasta unos arbustos cercanos. Fue a sentarse bajo un seto. Bastaba con dejar de pensar en el asesino para que los recuerdos y el dolor aflorasen. Todo le recordaba a él. Su sonrisa, sus ojos, la manera que tenía de mirarlo.

Durante unos instantes quedó pensativo. Se sentía infeliz y tremendamente desafortunado. Los gritos de Odelsen lo sacaron de su ensimismamiento. Fue a su encuentro.

- ¿Dónde estabas?

- Necesitaba orinar.

- Un segundo más y te hubieras perdido lo mejor. La operación está a punto de comenzar. Será mejor que

vengas conmigo.

Volvieron al furgón. El tráfico estaba detenido. Los coches pasaban el control con lentitud; primero uno, luego otro. El técnico identificó el coche sospechoso en la pantalla del ordenador.

- Este es nuestro hombre. Hace unos cinco minutos que tenemos contacto visual. El conductor parece muy tranquilo. Si todo sigue así, habremos terminado en menos de cinco minutos.

Un policía hizo señas al conductor para que se detuviese, y este obedeció. Una vez que hubo aparcado en el arcén, aparecieron tres policías, dos al lado de cada puerta y uno que avanzaba desde el frente. Portaban armas automáticas.

- ¡Las manos donde pueda verlas! – gritó uno—. ¡Las manos donde puedas verlas! –el conductor parecía confundido. Uno de los policías abrió la puerta.

- ¡Las manos, levante las manos! –el conductor estaba muy nervioso. Uno de los agentes lo sacó del coche y, de inmediato, le puso las esposas. Otros dos policías aparecieron en ese momento y empezaron a revisar el auto palmo a palmo. El detenido estaba en el suelo.

Frank miraba la operación con desconfianza. Algo fallaba. Un agente encontró el teléfono de Audry en el asiento trasero. Escoltaron al detenido



hasta un coche patrulla, que salió de inmediato hacia la comisaría. Odelsen estaba satisfecho.

- ¿Qué te parece?

- No lo sé –respondió Frank–. Hay algo que no termina de convencerme – Odelsen lo miró intrigado.

- ¿El qué?

- No lo sé. Todo en general. Creo que este no es nuestro hombre –Odelsen parecía contrariado.

- ¿Cómo que no es nuestro hombre?

- Creo que no.

- Ya veremos –respondió Odelsen–.

Vayamos a comisaría; eso es lo primero.

Veinte minutos después, Odelsen tuvo que darle la razón a Frank.

- Eres un bocazas, Frank, no es nuestro hombre –Frank se encogió de hombros. En realidad, no era difícil dejar el teléfono de Audry en un coche que fuera en la dirección contraria. El asesino necesitaba tiempo y lo había conseguido. Ahora tenía una ventaja a su favor difícil de recuperar. El tiempo.

# La huida

En menos de una hora fue capaz de recoger sus pertenencias, en la habitación que tenía alquilada en Ginburk, y salir de la ciudad. Se había alejado lo suficiente. Al menos tenía un día de ventaja. Pasó la primera noche en un motel de mala muerte. Estaba tan nervioso que prácticamente no pudo dormir.

A las siete de la mañana ya estaba de nuevo en la carretera. Sin embargo, a

medida que transcurría el día, se iba tranquilizando, y ahora se encontraba incluso de buen humor. Se detuvo en un bar de carretera a comer. Eran más de las cuatro cuando la camarera le puso la comida delante.

¡Dios, aquellos huevos revueltos con beicon sí que estaban buenos! La camarera lo miraba con insistencia. Por fin se acercó a la mesa.

- ¿Terminó?

- Sí.

- ¿Quiere algo más?

- Tal vez un plato de patatas crujientes con mostaza y ketchup.

- A ese paso no vas a mantener la figura –Henry la miró con detenimiento,

mientras se pasaba la mano por el vientre.

- ¿Tú crees? –la camarera sonrió y fue a buscar el pedido.

- Anda, pues claro que no. Y sabes que... –se detuvo a echarle un último vistazo antes de ir a la cocina–, pues que es una pena.

Aquel comentario le hizo olvidar durante unos instantes la preocupación que lo asediaba. La verdad es que la chica merecía la pena. Era joven, bonita y estaba buena, tanto que Henry comenzó a imaginarse desnudo, sentado sobre aquel par de tetas mientras la chica le hacía una mamada gloriosa.

Sí señor, así se hace. Aquello era

justo lo que necesitaba. Una buena mamada; y se olvidaría de una vez de toda aquella mierda en la que llevaba sepultado las últimas veinticuatro horas.

Un cuarto de hora más tarde, la chica regresó con la comida. Henry no le quitaba los ojos de encima. El bar estaba prácticamente vacío. Salvo un par de camioneros que entraron a tomar café, no había nadie más.

- ¿Cómo te llamas? –preguntó Henry.

- Margaret. ¿Y tú?

- Henry.

- Es un nombre bonito.

- No tanto como tú –la chica sonrió.

- ¿Eso es lo que les dices a todas? –

Margaret se apoyó en la mesa. Henry no

paraba de darle vueltas a la cabeza. La miraba una y otra vez como si estuviera resolviendo un acertijo, pero no había nada que resolver.

- ¿Qué miras tanto?

- A ti.

- ¿Te gusta lo que ves?

- ¿A ti qué te parece, guapa?

- No sé, puede que te guste, puede que no. ¿Te gusto? –Margaret le miró a los ojos. Henry entornó la mirada. Aquella chica tenía algo mágico; no sabía explicar qué. Por el momento, se sentía fascinado; a tal punto que hubiera sido capaz de seguirla al mismísimo infierno si fuera preciso.

- Eres una mujer hermosa.

- ¿Entonces, te gusto? –Henry la atrajo hacía sí con suavidad. La chica ofreció resistencia y se fue detrás del mostrador. Los hombres que estaban tomando café pidieron la cuenta. Henry comenzó a engullir las patatas crujientes. Masticaba sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo a su favor.

Vio cómo los hombres pagaban la cuenta y se iban. Margaret limpió la mesa donde un minuto antes habían estado los clientes y luego se acercó hasta donde estaba él.

- Qué, ¿están ricas?

- Me encantan.

- Tienes cara de felicidad.



- ¿De verdad?

- Llegaste con cara de pena, pero ahora pareces contento. ¿Lo estás?

- Mucho. Eres, cómo decirlo, un sorpresa muy grata.

- ¿Lo soy?

- Sí. Definitivamente. Supongo que tendremos que celebrarlo.

- Mi turno termina en quince minutos. ¿Qué tal si me esperas?

- Quince minutos no es mucho tiempo.

- Supongo que no. ¿No eres de por aquí?

- No. Estoy bajando al oeste.

- ¿Vives muy al oeste?

- En realidad, estoy empezando otra

vez desde cero. Estoy buscando un lugar, un sitio donde haya oportunidades.

- ¿Veó que estás solo?

- Así es. ¿Puedes traerme café?

- Claro que sí –la chica fue hasta la máquina de hacer café y volvió con una taza.

- ¿Lo quieres con leche o sin leche?

- Sólo.

- Me lo imaginaba. Aquí tienes – Henry comenzó a beber.

- ¿Entonces, vas camino al oeste?

- Así es –la conversación fue interrumpida por el sonido de la puerta al cerrarse. Margaret levantó la cabeza.

- Amy, llegas con diez minutos de antelación –Henry se volvió. Una mujer

de unos treinta y cinco años, morena y de baja estatura, había entrado al establecimiento. Se movía con prisa. Fue directamente a la barra.

- Lo de siempre, Margaret, lo de siempre. No puedo estarme quieta en casa, necesito hacer cosas y, bueno, mejor aquí que en casa. ¿Verdad?

- Espera un momento –Margaret saludó a su amiga.

- ¿Quién es el figura? –dijo Amy en cuanto la dependienta se puso a su lado.

- Pues quién va a ser, un cliente – Amy pasó al cuarto trasero y empezó a cambiarse de ropa. Margaret la siguió.

- ¿Seguro que es sólo un cliente?

- Pues claro que sí –Amy la miró–.

Bueno, es un amigo.

- Eso está mejor. ¿Un amigo con derecho a roce?

- ¡Amy!

- Calma, chica –Amy terminó de vestirse y se puso a fumar–. -En cuanto termine el pitillo me entregas la caja. Dios, va a ser una mierda de turno.

- ¿Por?

- ¿Cómo qué por? Hoy transmiten las mejores jugadas de la Super Bowl, lista –Margaret se encogió de hombros.

- ¿Vendrá alguien a ayudarte? –Amy le dio una calada al cigarro.

- ¿Estás de broma?

- Supongo que mandarán a alguien

de la empresa.

- Sí, sí. Como el año pasado –Las dos se quedaron en silencio–. Eh –prosiguió Amy–, ¿por qué no vas a atender a tu amigo? ¿No querrás que se impacienta?

- ¿Dejas que me vaya?

- Claro que sí. ¿La caja está cuadrada?

- Sí.

- Dame un segundo para terminar con el cigarro, me entregas todo y te vas.

- Gracias Amy –Margaret fue a la caja registradora y empezó a contar el dinero. A veces echaba un vistazo a Henry. Este seguía en su sitio. Había setecientos cuarenta y tres dólares con

noventa centavos. Después de organizar las hojas de pedido fue a la mesa de Henry.

- ¿Qué tal?

- Bien.

- ¿Tienes un cigarro? –preguntó

Henry.

- Claro –Margaret sacó una cajetilla de cigarros y le ofreció uno. Henry lo encendió.

- ¿No te animas a fumar conmigo?

- Aquí no puedo fumar.

- Entiendo –la voz de Amy interrumpió la conversación.

- ¿Esto es todo lo que hay, Margaret? –la dependienta se volvió.

- Sí, son setecientos cuarenta y tres

dólares con noventa. Las hojas de pedidos están en su sitio. ¿Necesitas que vaya?

- Para nada, ya me las arreglo.

- Gracias, Amy.

- Bueno –dijo Margaret dirigiéndose a Henry–. Oficialmente terminó mi jornada de trabajo. ¿Ahora qué hacemos?

- Lo que tú quieras, cielo.

- ¿Qué tal si vamos a la feria? Hoy empieza un espectáculo de magia.

- ¿Te gusta la magia?

- Me encanta –se miraron y sonrieron. Henry se guardó la cartera en el bolsillo y salió detrás de ella.

- ¿Tienes coche? –Henry le dio una

calada al cigarro.

- Por supuesto. Es ese de allá –  
señaló un Volkswagen del año 2000.

- Pues vamos –Henry puso en  
marcha el motor.

- Tú dirás por dónde.

- A la izquierda. Sigue recto por la  
interestatal, luego coges el primer  
desvío y, antes de entrar al pueblo, verás  
la noria. No se tarda nada; apenas cinco  
minutos.

- Bien –Henry siguió las  
indicaciones de Margaret. El viaje  
transcurrió con normalidad. Llegaron a  
la feria en un abrir y cerrar de ojos.  
Había mucha gente. Sobre todo, niños y  
jóvenes. Tampoco faltaban las parejitas



de enamorados.

- ¿Quieres beber algo? –dijo Margaret.

- ¿Qué tal una cerveza? –la chica fue a un puesto de bebidas. Compró una cerveza y un refresco.

Al volver Henry le pidió otro cigarro:

-¿Tienes algo para fumar?

- Seguro –dijo Margaret. Sacó dos cigarros, uno para ella y otro para él. La animación de la gente era contagiosa. Henry bebía en silencio. Margaret sacó un pañuelo para secarse el sudor. Miraba a Henry de hito en hito.

- ¿Qué miras?

- A ti.

- ¿Y?

- Eres hermoso.

- ¿Eso crees?

- No lo creo, lo eres –Margaret se

acercó a sus labios y lo besó. Al principio, Henry se sintió incómodo. No estaba acostumbrado a que una chica tomara la iniciativa. Eso le causaba cierta incomodidad, pero después de unos instantes se acostumbró al sabor cálido de sus labios y se dejó arrastrar por una sensación extraña y desconocida.

Porque no se parecía en nada al placer que experimentaba normalmente cuando se encontraba con chicas. Aquel era principalmente carnal, éste, en

cambio, suponía un descubrimiento, una sensación nueva, frágil y hermosa.

- Sabes... –dijo Henry cuando el beso terminó– eres la primera mujer que me besa de ese modo –Margaret lo miraba.

- Oh, Henry, eres tan mono... –la chica volvió a besarlo. Esta vez fue un beso largo lleno de ternura. Para Henry significó el renacer de los sentimientos. Durante toda su vida había estado esperando una mujer como Margaret.

Alguien que con solo una mirada fuera capaz de subyugarlo. Que obedeciera sus deseos sin protestar, sin complicar las cosas. Para qué complicarse; las mejores cosas de la

vida eran fáciles y sencillas. Faltaba, eso sí, la prueba definitiva. ¿Cómo se comportaría en la cama? Tan sólo de pensar en eso, se puso tenso. Margaret notó su reacción de inmediato.

- ¿Qué pasa?

- Ah, nada. Lo siento.

- Comprendo. Vamos demasiado rápido, ¿es eso? –Henry no contestó. Margaret le acarició el rostro.

- Lo siento, cielo, no volverá a ocurrir. Haré lo que tú digas, cuando lo digas y como lo digas.

- ¿En serio? –Margaret sostuvo la mirada.

- Sí, estoy hablando en serio –No sabía qué decir. Por una parte tenía unas

ganas tremendas de dejarse arrastrar por aquel sentimiento que comenzaba a volverse un torbellino, un huracán. Sin embargo, por otro lado no hacía más que preguntarse una y otra vez, una y otra vez, ¿y si sale mal y si sale mal? ¿Qué hago?, ¿no será mejor huir, irse, marcharse? Tragó saliva en seco. La pregunta de Margaret lo sorprendió:

- ¿Tú crees en el amor a primera vista? –Henry carraspeó confuso.

- ¿Cómo se responde a esa pregunta?

- Muy fácil. Con la verdad.

- No lo sé –un par de chicos chocaron con Margaret. No debían tener más de veinticinco años. Estaban pasados de tragos.

- Margaret, ¿qué sorpresa? –dijo uno de ellos–. ¡Cuánto tiempo sin verte! –el que hablaba era Jhon Calver. Jhon era bastante alto para su edad, medía un metro ochenta y tres, era rubio y tenía los ojos azules. Lo llamaban el destructor, porque cuando jugaba al rugby no dejaba a su paso títere con cabeza.

Así había sido durante toda la enseñanza media. Ahora estaba en la universidad y, según parece, no le iba mal. Era una promesa del deporte.

Desde la noche anterior se encontraba en casa de sus padres. A media mañana decidió llamar a Robert, uno de sus mejores amigos, para ir

juntos a la feria. A ver qué se pega, le había dicho Jhon, y mira tú por dónde, se les había pegado una tía buena que además follaba como los dioses.

- No has contestado a mis llamadas –Henry seguía bebiendo. Margaret se puso a la defensiva. Durante unos instantes estuvo tentada de montar una escena. Luego lo pensó mejor.

- ¿Qué querías?

- Verte.

- ¿Para qué?

- Ya sabes para qué. No somos nuevos en esto, ¿o sí? Te da vergüenza porque está tu amiguito delante –la agarró del brazo–. ¿Cuánto le has pedido?, te pagaré el doble.

- ¡Suéltame! –Margaret se liberó de un tirón–. ¡Eres un capullo, Jhon! ¡Un hijo de puta!

-¡Pero qué pasa, vaya alboroto que montas! –Jhon comenzó a reír. La gente se detenía a mirarlos. Margaret se alejó de ellos.

- ¡No quiero verte más! –Henry la siguió en silencio. Lo mejor era alejarse de aquel problema. Si venía la policía, estaba perdido. ¡Dios mío, pero cómo se le había ocurrido desviarse de sus planes! ¡Bien se ve que no aprendía, por Dios! ¡Era cosa de ver un culito gracioso y a la mierda con todo!

Suerte que se había controlado, porque le faltó nada para romperle la



cara al tal Jhon de los cojones. Era un niñato de mierda. Si quería pelea iba a encontrarla, pero bien se ve que estaba aprendiendo. Se sintió orgulloso de sí mismo. Por una vez, no se había dejado llevar por los impulsos.

Alguien lo agarró del brazo. Al volverse, vio a Jhon.

- ¡Sabes que es una puta, tío, folla como Dios! ¡Ni se sabe las veces que me la he tirado! ¡Todos aquí se la han tirado! ¡Pero me da a mí que tú no!

Decir esto y recibir un directo al mentón fueron la misma cosa. Jhon se tambaleó, dio un paso hacia atrás, y luego otro. Parecía mareado.

- ¡Pero qué cojones! –dijo Robert,

que arremetió de inmediato contra Henry. La gente comenzó a gritar. Henry estaba en forma: esquivó rápidamente el ataque de Robert y empezó a encajarle puñetazos a diestra y siniestra.

Los niños y las mujeres gritaban. Un policía, grande y gordo, llegó corriendo seguido de otros dos, pero no eran capaces de detener la pelea. Incluso ellos recibieron golpes de Henry, que se movía por entre la turba hecho una fiera. Con fintas que los dejaban descolocados.

Margaret dificultaba aún más su captura. Atacaba sin piedad a cualquiera que se acercara a Henry. Por fin, llegó un coche patrulla con tres policías que

lograron controlar la situación.

Robert tenía un ojo amoratado y la nariz rota. Respiraba como un toro a punto de embestir. Jhon no había salido mejor parado. Debía tener una costilla rota, o vaya a saber cuántas. Los dedos de la mano derecha estaban hinchados. Sentía mucho dolor en la zona del hígado.

Un policía lo ayudó a levantarse.

- ¿Estás bien, hijo?

- Sí, señor.

- ¿Puedes caminar?

- Desde luego que puedo –respondió con desdén.

- Acompáñanos a la estación –se levantó con dificultad. Daba pasos

cortos. Hacía descansos breves cada tres o cuatro metros. El policía no lo forzaba.

El coche patrulla partió con los detenidos. En la estación, Jhon tuvo un ataque de rabia.

- ¡Quiero irme de aquí inmediatamente!

- ¡Ve a sentarte! –le dijo un policía.

- ¿Que me siente? –el agente lo miró con cara de pocos amigos.

- ¡Escucha, Jhon, me da igual quién sea tu padre! ¡Vas a estar aquí el tiempo que haga falta, entérate de una vez! –el oficial se apartó de las rejas.

Paul enderson, el oficial de guardia, llegó en ese momento.

- ¿Qué ha pasado? –Preguntó a sus compañeros. El oficial gordo que había estado desde el inicio de la pelea fue quien explicó la situación.

- Los chicos, que han montado una en la feria que no veas –El gordo tenía la camisa sudada. Usaba un pañuelo gris para limpiarse. A pesar del aire acondicionado, dentro de la comisaría hacía calor.

- ¿Quiénes fueron?

- Jhon, su amigo Ben, Margaret y... –en cuanto escuchó el nombre de Margaret, Paul lo interrumpió.

- ¿Qué Margaret? –todos se quedaron mirando a Paul.

- ¡No me jodas que es la Margaret

que estoy pensando! –Paul parecía enfadado—. ¡Me tienen hasta los cojones, harto! ¡A ver si se aclaran de una vez estos putos críos y dejan de pelearse!

- Es Jhon. Jefe, la chica no hizo nada esta vez.

- ¡La chica nunca hace nada, pero vaya a saber! ¡Esa zorra! ¡Tiene más veneno en la boca que toda la ciudad junta! ¿Y ahora qué, qué vamos a hacer con Jhon? ¡Su padre no tardará en venir! ¡Adivinen a quién va a darle el coñazo!

Jhon miró a cada uno de los policías. Ninguno dijo nada.

– ¡Exacto, a ninguno de ustedes, porque me lo dará a mí! ¡Y no tengo ningún deseo de tener al amigo íntimo

del alcalde dándome el coñazo aquí!  
¡Eso, ni soñarlo!

- ¿Qué hacemos entonces? –preguntó uno de los policías.

- ¡A la puta calle!

- ¿Cómo que a la calle? –dijo el gordo. Paul hizo una mueca de desagrado.

- ¡Pónganles una advertencia a todos y a la calle! ¿Entendido?

- Entendido –respondieron varios policías a coro. Paul fue a su oficina. Estaba cansado de aquella mierda. Joder, ni siquiera lo dejaban descansar un día, un puto día. Antes de que tuviera tiempo para sentarse, tocaron a la puerta.

- Adelante –dijo Paul. Era el gordo—. ¿Qué quieres, Tony?

- Creo que debería ver esto, señor.

- ¿Que debería ver qué?

- Han encontrado a una chica en el maletero de un coche –Paul se levantó de un tirón.

- ¿Está viva?

- Sí, está en el hospital. Según parece, no tiene nada serio.

- ¿Es de aquí?

- No.

- Pero habla rápido, por Dios, dame detalles. ¿En qué coche la encontraron, quién la encontró, cómo llegó allí? – Tony se puso nervioso.

- El caso es que no sabemos nada,



señor.

- ¡Cómo que no sabemos nada! –  
Bramó Paul.

- Acabamos de recibir la llamada desde la feria, señor. Hopkins la encontró en el maletero de un coche. Lo único que sabemos es su nombre y que vive en Ginburk.

- ¿Por qué diablos sólo saben eso?

- Porque se desmayó, señor.

- Bien, eso está mejor. Pero, y el coche, ¿de quién es el coche?

- Eso es lo que venía a decirle. Parece que el coche es del chico que tuvo la pelea con Jhon –Paul abrió los ojos como platos.

- ¡Corre y que no lo liberen! ¡Corre!

—Tony salió del despacho a toda prisa. Sus gritos de que no soltaran a los prisioneros retumbaban en toda la comisaría—. ¡A ninguno! —bramó Paul antes de que el policía desapareciera. De inmediato marcó el número de la comisaría de Ginburk. Contestó un oficial:

- Comisaría de Ginburk, dígame.

- Soy el capitán Paul, de la comisaría de Winona. Acabamos de rescatar a una joven que se llama Audry. Dice que vive en Ginburk —el oficial se quedó en silencio unos instantes.

- ¿Está seguro de que se llama Audry?

- Fue el nombre que nos dio.

- Espere un momento –dijo el policía–. Tengo que llamar al oficial a cargo. Le devolvemos la llamada en cinco minutos.

- Esperaré su llamada –y colgó. Paul se levantó del despacho y, tras acomodarse el cinturón, fue a encontrarse con los detenidos. Aquello sí que era una sorpresa.

# La llamada

Tanto Odelsen como Frank estaban enojados. Aquel capullo estaba jugando con ellos como le daba la gana. Odelsen seguía en la comisaría cuando su teléfono empezó a sonar. Frank lo vio ponerse al habla y anotar un número. Cuando colgó, estaba pálido.

- Frank –dijo serio–, ha pasado algo importante –Odelsen estaba sobresaltado–. No vas a creer lo que me han dicho. Acaban de encontrar a tu

sobrina. Parece que está viva.

# Epílogo

Los funerales de Ellie tuvieron lugar una semana después del arresto de Henry. Toda la ciudad acudió al velatorio. La ceremonia fue sencilla. Dervis fue invitado a decir unas palabras, que conmovieron a los asistentes. Incluso Frank tuvo que reconocer lo certero que fue su discurso.

Eran las siete de la tarde. Poco a poco, los asistentes comenzaron a marcharse, pero Frank se negaba a

hacerlo. Siguió allí un rato más, hasta que prácticamente no quedó nadie.

Se negaba a irse. Meditaba sobre lo que había dicho Dervis: cada vez que damos un paso en una dirección, iniciamos un camino, sea bueno o malo; pero es un inicio, y esta capacidad de cambiar a voluntad, de seguir en una dirección o en otra, es lo que en realidad merece la pena; porque, a fin de cuentas, eso es vivir.

Seguía parado allí. Como si el tiempo se hubiera detenido. Aferrado a la intimidad de aquel momento. Se imaginó conversando con Bloomsky. A él le hubiera gustado el discurso.

Comenzó a alejarse lentamente. No

estaba seguro sobre lo próximo que iba a hacer, pero no deseaba seguir en el cuerpo de policía. Quizá comenzara a trabajar por su cuenta. Había muchos crímenes aún por resolver. El caso del hombre cortado en trocitos era el que más llamaba su atención. Subió al coche. Sí, estaba decidido a iniciar un nuevo camino, fuera bueno o malo. Si equivocaba su elección, no era importante. Lo importante era vivir.

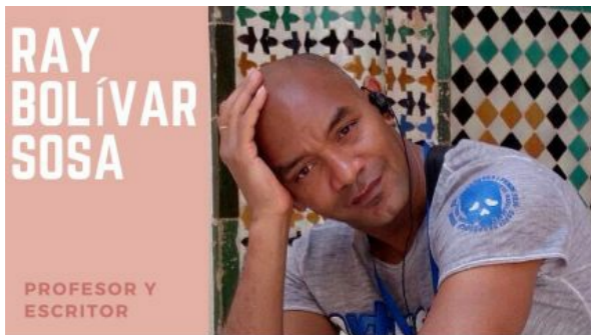
Madrid, 25 de julio de 2015

Ray Bolívar Sosa.





# El autor



Si estás leyendo esto es porque has llegado al final de la historia y supongo que te ha gustado. La verdad es que me alegro tremendamente porque tenía

muchos deseos de conectar con el lector.

Si deseas estar actualizado sobre las próximas novelas te pido que des un [like](#) en mi [Facebook](#).

Esta es mi página web [www.ray-bolivar-sosa.es](http://www.ray-bolivar-sosa.es) En ella podrás dejar un comentario sobre la novela. También puedes hacerlo en Amazon. Ir al [Sitio del autor en Amazon](#)

Agradecería mucho que dejaras un comentario. Me ayudan a mejorar y a crecer como escritor. Contesto a cada uno de los lectores que me escriben. Para mí es un placer y una obligación.

# Servicios

- Profesor de escritura creativa.
- Coach literario.
- Corrector de textos.

- Ofrezco seminarios, cursos y charlas a cualquier grupo, entidad o asociación que desee contratarme.

Si necesitas formación en alguna de estas áreas no dudes en contactar conmigo. Nunca rechazo los trabajos y mis precios son económicos.

Muchas gracias por comprar mi libro, nos vemos online

Y que la fuerza te acompañe

# Bono descuento de 50€

Utiliza este bono descuento para cualquiera de los servicios que ofrezco en mi página web.

Referencia: M12

Válido sólo para nuevos estudiantes.  
No es aplicable con otras promociones y descuentos.

Otras obras del autor

El Secreto de Sophia. Género,  
novela.

Sinopsis

Sophie es una joven periodista admiradora de la moda que ha conseguido un puesto en la revista Vogue. Recibe el encargo de ir a Francia a cubrir un evento de moda. Todo hubiera salido a pedir de boca de no ser

por el fortuito encuentro que tiene con Frank, el último día de su estancia en París.

Novela de autor, íntima y visceral, que refleja las pasiones del ser humano en su máxima expresión.

Mantente informado de los libros que publico

Sígueme en Facebook o remite tu email a través de mi web ([www.ray-bolivar-sosa.es](http://www.ray-bolivar-sosa.es)), recibirás un correo a la semana o dos, como mucho, con contenido exclusivo sobre mis obras, descuentos y promociones exclusivas solo disponibles en mi lista de distribución.



Además, puedes darte de baja cuando quieras.